PEDRO W. BERMÚDEZ ACEVEDO

HOJARASCA

(CAMPO Y PUEBLO)

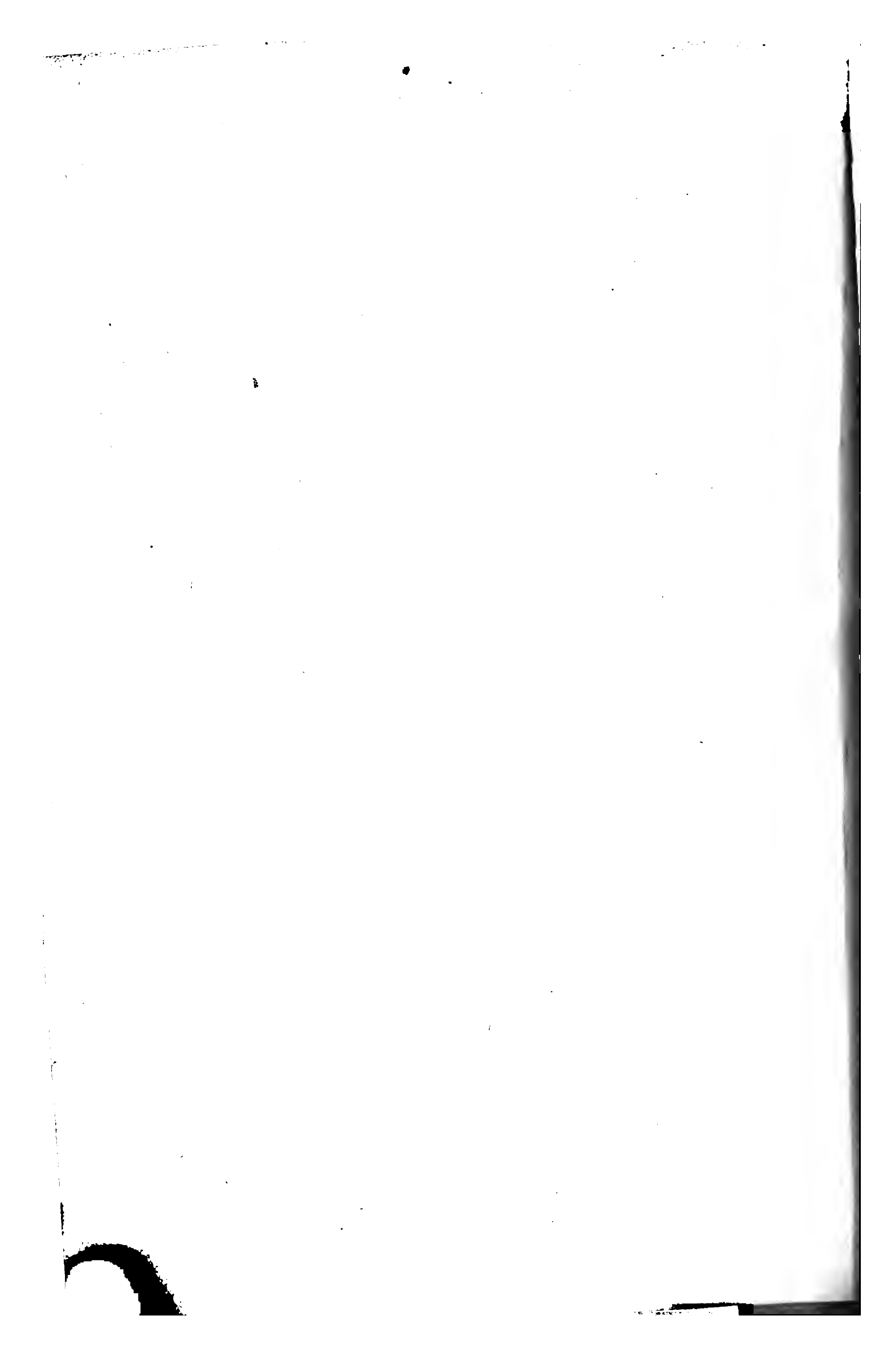
CON UN PRÓLOGO

DE

GUZMÁN PAPINI Y ZAS

MONTEVIDEO
IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79
1901

HOJARASCA



PEDRO W. BERMÚDEZ ACEVEDO

HOJARASCA

(CAMPO Y PUEBLO)



MONTEVIDEO
IMPRESORES DORNALECHE Y REYES,
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79
1900

PRÓLOGO

PRÓLOGO

El autor de este libro no es un recluta de las letras. HOJARASCA no es su obra primogénita. Su pluma es veterana, tal vez es una espada con melladuras gloriosas, pues ya en el periodismo ha tenido choques chispeantes. Bermúdez, en rojas épocas de revolución, fué soldado, así como en los días arrebolados por los celajes de oro de la paz, es un enamorado de la novela, cuya personalidad literaria es como la fuente de nácar que en los patios del Oriente, con su chorro de perlas musicales, canta la canción de la Naturaleza. Por su doble condición de guerrero y soñador, si hubiera que compararlo, yo lo compararía con el león de Venecia, con el bravío león que sobre el dorso lleva dos alas, como dos castillejos albísimos del vuelo. Temperamento vario y ágil, también ha pirueteado, como un funámbulo del teatro social, en la cuerda alegre de la sátira. En las mascaradas de la frase, en los carnavales de su prosa, cuando su estilo se ha desfigurado, para parecer grotesco y provocar la risa, su estilo se [illegible] esto la bombacha de Polichinela, la hinchada de [illegible] y teñida en colores papagayescos, la cubierta [illegible] res que se asaltan, en un brioso desorden de

tonos, como se asaltan los murciélagos de azabache, las arañas de amatista y los escarabajos de plata que corren, en una fuga de dibujos extraños, por los trajes de los payasos opulentos.

Bermúdez hoy se presenta, en su último libro, con una vestidura nunca usada por él, y con un escudo flordelisado con una margarita silvestre, con esa flor que es el símbolo primaveral de la vida de nuestra campaña. ¿Á qué causas obedece esa transformación? Á que Bermúdez ha puesto su oído sobre la tierra uruguaya y ha escuchado el rumor casi apagado de un galope que se aleja. Ha oído la retirada de la raza gaucha, que sobre sus baguales impetuosos se va hacia el Pasado, de la raza arcádica que busca la selva oscura de las sombras eternas, que abandona sus florestas sorprendidas, que le huye á la civilización, porque la desnudez de su alma primitiva, de su alma indiana, Eva sin pecado de nuestro Paraíso, evita con rubor las miradas de la ciudad que la persigue.

Bermúdez, impresionado por ese alejamiento de una raza, le ha rendido á los ejemplares rezagados de ella un homenaje de observación. La blanca paloma de su talento ha hecho un nido en esa ruina social, y ha encontrado en ella un ocaso lleno de resplandores tristes, igual á una pupila iluminada por claridades de llanto. En la vida sociológica hay ocasos y auroras de generaciones distintas. Cada ocaso presagia una noche poblada de estrellas que, como mariposas d luz, anuncian la llegada de una aurora del espíritu

humano, que es una primavera de la sociedad, un florecimiento de nuevas costumbres y de nuevos ideales. En ese caso las estrellas son las constelaciones de lágrimas esparcidas sobre las sombras de la muerte, por la generación, por el pueblo ó por la raza que sucumbe. Huye el alma gaucha, porque la civilización la ha derrotado: los rieles de la locomotora, como dos puñales inexorables, cruzáronle el corazón á la vida salvaje de nuestros campos, y los alambres del telégrafo ziszaguean por el aire campesino, como firmas del Progreso trazadas en el espacio...

Seducido por la campaña oriental, enamorado de los tréboles y jilgueros de ella, Bermúdez ha puesto sobre la página la pluma, y en la página, en vez de pintar al sonrosado paje de sus cuentos románticos, ha bocetado con gruesos rasgos al hijo de nuestros campos, á los amaneceres y á las inflamadas puestas del sol americano; á la morocha del rancho, que, por lo tostada y tropical, parece una hermana de la Siesta; á la « carreta de hierro », y al rincón arcádico en donde se amontona, se arremolina en abundantes pliegues la túnica de rosas y claveles de Flora. Todos los paisajes, todas las escenas de la campaña uruguaya tienen alguna belleza reflejada en este libro, donde hay párrafos de tan silvestre poesía, que parecen hojas desmigajadas de las líricas moreras en que canta sus canciones, como un Verano melodioso, la soleada y armoniosa musa de Mistral. Puede decirse, que en él ·re el arroyo, el arroyo que parece una vía láctea la Espuma; que flautea la Tarde, al llenar con sus

brisas las carcomidas cañas; que incendia la aurora con sus llamas sonrosadas al ébano misterioso de la Noche, como la llama en rubíes envuelve al trozo de carbón; que bailan el vals de las esmeraldas las verdes y agitadas hojas del selvaje; se agitan los penachos del maizal, como banderolas enarboladas en una fiesta de la agricultura; gime la guitarra, la que, según la armoniosa frase de Rubén Darío, tiene «talle y caderas como una mujer»; trina la décima criolla como un *boyero* de la palabra; juegan sus regatas los floridos camalotes, como pequeños bajeles con velas azules; y duerme, en plena luz, el blanquísimo rebaño de corderos que parecen, por sus alburas eucarísticas, haces de azucenas ó montones de plata de la riqueza pastoril.

No revuela en este libro la mariposa azul de los cuentos de Cátulo Méndez, la divina mariposa que con el abanico de sus alas refresca el ambiente de las hadas del Ensueño, ni tampoco florecen en sus páginas parques modernistas de orquídeas y crisantemos, ni en sus párrafos se mece en un columpio de perlas románticas el orientalismo soñador de Teófilo Gautier, porque Bermúdez es un copista rápido, apresurado, de la Naturaleza. Su prosa es un espejo, no es el estuche cincelado donde la imaginación guarda su pedrería. En sus cuentos hay diversidad de pasiones: dramas en unos y comedias en otros. Las palabras que arroja sobre el papel con descuidada generosidad unas veces se deshacen en lágrimas y otras vece ruedan en tumulto, y, al chocar entre sí, suenan con

vibrantes carcajadas. De este escritor se puede decir lo que dijo Gómez Carrillo del novelista húngaro Jokai: « en su frase no hay artificio ninguno, y la arquitectura de sus cuentos es desordenada, cual la de una floresta. Llamarle *literato,* en fin, es emplear mal la palabra. »

Para concluir estas líneas, diré que el autor de HOJARASCA, si bien no carece de ciertos paisajes irisados en el estilo, de cierto lirismo policromo que salta de una idea á otra, como una cascada de luces y colores, es un narrador de frase espontánea y sencilla, un escritor que, sin someterse á ningún satelicismo literario, casi vive únicamente en la esfera de aquellos que, como diría Bolet Peraza, á través del diamante blanco del naturalismo, van buscando la verdad.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

LA CARRETA DE HIERRO

I

Era el único é irreconciliable enemigo con el que se había cruzado en la trillada senda de la vida y al cual brindaba un odio implacable, idéntico al otro que hubo de echar raíces con los vigores de los retoños jóvenes, en el apasionado corazón del indómito y desgraciado charrúa contra el cruel invasor que en nombre de la civilización, breve fórmula de antaño sustentada por la cruz del jesuíta y la lanza y el arcabuz del conquistador para aherrojar razas, pretendía quitarle su patria é imponerle su idioma, sus leyes y sus costumbres.

Siempre que le veía pasar, por casualidad, en veloz carrera, lanzando hacia atrás como un obscuro peinado de negro y espeso humo, semejando potro que, al cruzar los campos en vertiginosa huida, entrega al viento su flotante y larga clin, mirábalo con ojos huraños, preñados de rabias, en los que se hubieran podido observar las sombras de las tormentas y los flamígeros resplandores del relámpago, y su paso arranba de su pecho un rumor que terminaba en gemido una blasfemia pasmosa donde parecía resumir toda

la cólera que le inspiraba, algo parecido, si se admite, al sordo ruido del trueno, que se debilita de pronto y deja escuchar instantáneamente un ruido espantoso, como el de un tren de artillería rodando desbocadamente por mal empedrada calle, con el que anuncia simultáneamente al rayo.

Su camino invariable era aquel, muy cerquita del rancho, que temblaba á su paso como no lo hacía nunca al más impetuoso pampero, en el abra que habían hecho en la cuchilla, entre dos líneas de alambrado que lo seguían «costaleando», por donde se presentaba dos veces al día, avanzando como «palo e lanza ó caballo zancocho», con resoplidos de mancarrón de galope y ruidos de carreta vieja sobre camino de piedras, en una marcha siempre igual, acompasada, lanzando espesas masas de humo, ya negras como sus penas, ya cenicientas como la cerrazón, que ondeando en el aire en forma de caliginosas nubes de verano atropelladas por el viento norte, rodeaban en remolinos al rancho, jugueteando bajo el alero en mil extrañas volutas, como pichones de golondrinas ó de tijeretas que hacen su primera escapada del nido oculto en la totora del techo, — y ella corría á ocultarse para no verlo y se tapaba los oídos para no escucharlo, maldiciéndolo una y mil veces.

Y en muchas ocasiones era efímero su propósito, porque si bien no veía las formas monstruosas de su enemigo, el silbido estridente que lanzaba como un desafío, cuando no era intermitente como una carc
jada que fuese de gigante, llegaba hasta el lugar

que se escondía, revolvíase entre las cuatro mal levantadas paredes de barro, para penetrar en sus oídos, hiriente como la punta de una daga y con los efectos del fluido eléctrico, pues Vicenta lo sentía recorrer en el interior de su cuerpo, serpenteando en sus carnes como si le dieran de puntadas.

Y razón tenía para odiar con toda la intensidad de su ánimo á aquel progreso humano; sobrábanle las causas para execrarlo en todos los momentos de su existencia, como el vencido indio la hora de su flaqueza, para maldecir al monstruo que se deslizaba imitando los movimientos de la serpiente de cascabel, encajonado en dos hierros «apareados», cuyo comienzo y fin la mirada los perdía en los confines del horizonte, hiriendo la vista con el mismo reflejo del agua mansa, cuando sobre ellos centelleaban perpendiculares los rayos del sol ó con el rojo de los tizones en brasa, así que el astro rey iba bajando en el ocaso, sobre los que pasaba de noche, lanzando llamas, otras tantas lenguas sanguinolentas que huían de su negra boca, para, más de una vez, en el verano, lamer el abrasado y seco gramillal, entregando al fuego pedazos extensos de su campo; ahuyentando á los animales que pastaban á los costados de la vía, con aquel ¡tuff! ¡tuff! que repercutía en su corazón como una mofa continua á su dolor ó una risa de sarcasmo, con que la «carreta de hierro» contestaba á su odio selvático, lleno de fierezas, pero, al fin, é imprecaciones, infructuosas y deleznables las evocaciones y vaticinio de los idólatras.

LA

sacrificios, que, en vez de aumentar los recursos, los eaba, necesarios al fin, y que condujeron á la ta de los bueyes y de la carreta también, para pago del arriendo.

Nicanor, de diligente que fuera antes de atrave- por aquella situación, tornóse en holgazán; la reza y la desesperación de contemplar, impo- te, aquel desmoronamiento lento, pero seguro, le olvidar sus buenos y antiguos hábitos, y ter- ó por habituarse á ensillar su único caballo to- los sábados y tomar el rumbo de la cercana ería para no volver hasta el domingo, obscure- el día, con una prenda de menos que había do ó perdido en «la jugada», y beodo hasta se del caballo.

Y Vicenta sufría horriblemente, no sólo porque rvaba el modo de vivir de Nicanor, sino tam- porque estaba obligada á admitir resignada impertinencias de borracho.

Y á una reconvención injusta ó al desprecio de cariñoso ruego, brotaban gruesas lágrimas de hundidos ojos, donde sólo los destellos era lo conservaba de otras horas aquel rostro ajado las privaciones y los trabajos; y entonces, una da de ira daba color á sus pálidas mejillas y tía acrecer más su odio hacia el maldito mons- que pasaba dos veces al día bufando por de su rancho, causante de todos sus disgus- aquella lucha incesante con la indigencia, e, al final, ella sería la víctima, la pa-

II

Antes de que vinieran los hombres de Montevideo con máquinas, cadenas y banderolas á medir el suelo; antes que tras de ellos se siguieran un sinnúmero de trabajadores que, con picos y palas, abrieran como una cañada en aquella cuchilla, para tender en tierra, sobre postes de ñandubay, los dos largos fierros; antes de que pasara por primera vez aquel monstruo odiado, con trepidación de trueno, su marido trabajaba con una carreta, y con dos ó tres viajes al mes, que nunca le escaseaban, para Minas, nada les había faltado para ser felices.

Inaugurado el ferrocarril, los servicios de Nicanor no fueron necesarios y la carreta quedó abandonada al lado de la ramada, como recuerdo de una época feliz, de donde no salía sino muy raramente, para una que otra carga de leña de algún vecino y necesitado.

Y poco á poco la miseria, como las sombras de la noche en el firmamento, fué tomando campo en aquel hogar. La pequeña majadita, reunida á costa de muchos soles y más lluvias, en medio del camino, tortuoso é interminable, fué consumiéndose gradualmente, á modo de raquítico monte al que el hacha del leñador no da tiempo para crecer, como corriente de agua que disminuye en época de devastadora seca. Comenzaba una nueva era

de sacrificios, que, en vez de aumentar los recursos, los raleaba, necesarios al fin, y que condujeron á la venta de los bueyes y de la carreta también, para el pago del arriendo.

Nicanor, de diligente que fuera antes de atravesar por aquella situación, tornóse en holgazán; la pobreza y la desesperación de contemplar, impotente, aquel desmoronamiento lento, pero seguro, le hizo olvidar sus buenos y antiguos hábitos, y terminó por habituarse á ensillar su único caballo todos los sábados y tomar el rumbo de la cercana pulpería para no volver hasta el domingo, obscurecido el día, con una prenda de menos que había rifado ó perdido en «la jugada», y beodo hasta caerse del caballo.

Y Vicenta sufría horriblemente, no sólo porque observaba el modo de vivir de Nicanor, sino también porque estaba obligada á admitir resignada sus impertinencias de borracho.

Y á una reconvención injusta ó al desprecio de un cariñoso ruego, brotaban gruesas lágrimas de sus hundidos ojos, donde sólo los destellos era lo que conservaba de otras horas aquel rostro ajado por las privaciones y los trabajos; y entonces, una oleada de ira daba color á sus pálidas mejillas y sentía acrecer más su odio hacia el maldito monstruo que pasaba dos veces al día bufando por frente de su rancho, causante de todos sus disgus-
y de aquella lucha incesante con la indigencia,
la que, al final, ella sería la víctima, la pa-

loma de entumidas alas que se deja caer rendida en tierra entre las garras de su sanguinario enemigo, el carancho.

Un domingo esperó á Nicanor inútilmente. Era la primera ocasión que faltaba. En todo el día, ella y su hijo no habían probado un bocado porque faltaba la carne, engañando el estómago con mate. Á la mañana siguiente, luego de pesadas horas de anhelosa incertidumbre, comparables á esas que deben hacer sufrir al centinela perdido, en medio de la llanura, frente al enemigo, envuelto por las inescrutables sombras de la noche, rodeado de esos mil misterios distintos que la Natura ofrece, por ruidos incomprensibles, por luces que se levantan y se corren sin reflejos sorteándose en las ondulaciones del terreno, supo por unos vecinos que en el abra de la cuchilla había ocurrido un suceso espantoso: el ferrocarril, que cruzara en las últimas horas de la tarde anterior, había despedazado horriblemente á un hombre y al caballo que montaba.

Por el color del pelo de éste, se suponía que el muerto fuera Nicanor.

Vicenta, desalentada, presa de inmenso presentimiento, corrió al lugar que le indicaran, donde ya se habían citado el comisario de la sección, el teniente alcalde respectivo y un crecido número de curiosos, quienes se entretenían en examinar las trizas de ropas pegadas á triturados huesos ó á informes masas de sanguinolenta carne, á fin de coor-

dinar sus cálculos, emitir sus opiniones, juicios, conciliábulos, discusiones, en suma, de las que, las más de las veces, surge un dictamen parecido al del congreso de doctores del *Rey que rabió*, para levantar al cabo el sumario correspondiente.

Vicenta no precisó, por cierto, hacer prolijas investigaciones, para darse cuenta exacta de su tamaña como irreparable desgracia.

El deshecho por el tren había sido su Nicanor.

III

Igual al caudal que va engrosando su volumen á medida que se escurre por el campo el agua de la lluvia, la miseria fué haciéndose más grande desde aquel día, y las dificultades, amontonándose una sobre otra como granizo empujado por el viento alrededor de la espiga, estrecharon á Vicenta de tal forma, que, gracias á la caridad de una vecina, tres veces á la semana podía acercar un puchero al pequeño fogón de su cocina, alimentado con chilcas.

En vida de Nicanor había sido difícil que faltara un pedazo de carne, pues no siendo los sábados y domingos, en los demás días, su marido desempeñaba, aunque no á menudo, diversas comisio- y aquí recibiendo orden de estirar un alam- allí yendo al monte á cortar piques y pos-

tes, ó á montear, podían «ir tirando», si bien no tan cómodamente como cuando trabajaba con su carreta, al menos sin pasar continuas hambres.

Pero, desde su muerte, Vicenta no sabía qué hacerse para romper aquel asedio que la consumía física y moràlmente, pues el lavado de algunas ropas que había adquirido, no le daba lo suficiente para luchar, máxime cuando se sentía herida por un mal, anunciado con una tos seca que le desgarraba el pecho é íbale desgastando paulatinamente las fuerzas, como esas misteriosas enfermedades que se infiltran en la savia de los más corpulentos árboles, haciendo amarillear sus hojas hasta que las voltea, arrugar el tronco y las ramas hasta secarlos, para correrse á las raíces que corroe brevemente quemándolas con su veneno, y el árbol queda parado, pero sin vida, á mansalva del primer viento fuerte que lo derribe.

Cuando uno siente correr aún por sus venas sangre ardorosa; cuando aún se distinguen los horizontes entintados por uno que otro rayo de rosada luz; cuando nuestro cuerpo aún no ha perdido los vigores juveniles, puédese todavía gozar, pues la miseria no es pena que nos hiera tan profundamente y nos haga desmayar; pero así que el cielo ha ocultado sus sonrisas tras un tul ceniciento que sólo trae agua y frío; así que el viento pasa helado por las rendijas de una puerta y hace estremecer un cuerpo endeble, enfermo, próximo á echarse á lo largo para el descanso eterno y se oye llorar á una criatura de

hambre... la miseria es horrible, es el negro cuervo que extiende sus fatídicas alas sin calor, sobre los que pronto podrán ser su regalada presa.

La desesperación de Vicenta no tenía límites, crecía por momentos á medida que perdía sus vigores; lo mismo que el murmurio de la cascada aumenta así que la matriz del arroyo va quedando en seco, y su odio á la «carreta de hierro» era inmenso; su aversión terminada casi, su monomanía transformó de tal forma la exquisitez de sus sentimientos, que su mayor dicha la hubiera obtenido en el instante en que la viese despedazar en la hondonada, como había observado tronchar á un corpulento y viejo ombú en una tarde de fuerte pamperada.

Ideaba mil formas de venganza, pero su mente tropezaba con obstáculos difíciles de salvar, escollaba con desconocimientos que la inhabilitaban para satisfacer su sed contra el objeto odiado, y ante aquella falta de medios, doblegada por el peso de su ineptitud, que se aumentaba con la enfermedad, perseguida siempre por aquella obsesión contra el monstruo, sus fuerzas iban desapareciendo hora tras hora y su vida extinguiéndose como la luz de una llama moribunda.

Una tarde lluviosa, un viajero que parecía venir del camino de Nico Pérez, entró á su campo, y, acercándose á las casas, pidióle permiso para ırecerse en el galpón mientras durara el agua, ı de esas tantas tormentas de verano que se

anuncian con un concierto de truenos, una obscuridad de crepúsculo, bajo un ambiente caldeado como el de un horno y siniestros zigzags de fuego que parecen rasgar el manto de las nubes y que no descargan más que una breve lluvia, fuerte sí, pero incapaz de llenar las cañadas más pequeñas y aumentar un milímetro la altura del agua del arroyo.

Vicenta agasajó con lo que pudo al forastero, con un mate, que era lo único que podía brindarle.

Y mientras las gotas latigueaban el pajizo techo del galpón, corriéndose á lo largo de la totora, y caían en forma de hilitos cristalinos para hacer en conjunto un charco alrededor de los horcones, que buscando el declive se dejaba llevar hasta la más próxima cañada, hablaron, el uno en su lenguaje propio de ciudad, grande, hermoso, presto para explicar dudas, la otra en el suyo, no menos grande y hermoso, lleno de perfumes y de galanuras, pero ignorante; hablaron de su situación y de la muerte de Nicanor.

Tocado este punto y referidos los detalles que acompañaron á la catástrofe, el viajero, como hablando consigo mismo, dijo de repente:

—Y es sumamente extraño que la empresa del ferrocarril no haya puesto un guardaagujas en un desvío que existe como á diez cuadras de aquí...

—Pa qué mano?—preguntó Vicenta.

—Como quien va para Illescas... cualquiera mal intencionado torciendo la aguja podría ha producir una enorme desgracia...

—Diga...—prosiguió Vicenta ansiosa.

—Pues, cerrando ó abriendo la aguja según como esté, efectuaríase un posible reencuentro...

—Entre qué?...

—Entre dos trenes que vinieran en sentido contrario; lo que produciría un choque enorme y probablemente la muerte de muchos de los que en ellos vinieran, y el destrozo de los convoyes...

Una sonrisa siniestra se dibujó en los labios de Vicenta, llamearon sus ojos y sus mejillas temblaron acarminándose, sin que nada advirtiese su interlocutor.

Cesó la lluvia y el forastero se retiró, dejando la chispa que debía prender el fuego. Vicenta grabó en lo íntimo de su memoria las palabras que había escuchado y, para no olvidarlas, repetíalas continuamente.

Ahora ya tenía el arma con la que podíase vengar. Cambiando la dirección de la aguja en sentido contrario en que la encontrara, produciría el «santanazo». Ella no sabía más, pero aquello le bastaba para dar cumplida satisfacción á su anhelo.

Y se juró que en cuanto se encontrase más restablecida, daría cima á aquel negocio.

IV

Pero el decaimiento fué avanzando cada vez más y llegó un instante en que no pudo salir del cuarto á que se había retirado, porque sus fuerzas agotadas negábanse á sostenerla por mucho tiempo. Una vecina, la misma que le pasaba la carne, atendía los quehaceres y la cuidaba.

Y Vicenta, en medio de mortales angustias que se le hincaban en su corazón como ponzoñosos colmillos de cobra, derramando su veneno sutil por todas las fibras de su alma, revolvíase entre las desgarradas ropas de su lecho, consumida por la fiebre, viéndose morir á tiempo que se le iba escapando la venganza, tantas veces soñada, y cuya idea parecía gozarse en torturarla, pues cuando la tos se aquietaba y un aire más puro entraba en sus carcomidos pulmones, se entregaba al sueño y su exaltada imaginación se complacía en realizar la obra, con todo el horrible concierto de ruidos de hierros doblados en espantoso choque, de llamas y de humos, de ayes y de muertos, en medio de aquella hondonada, cómplice de su odiada «carreta de hierro».

No temía á la muerte, á la que sentía venir hacia sí, como se ven avanzar las tormentas, extendiendo sus largas alas cargadas de agua ó de vien por lontananza, en una marcha perezosa, pero avasall

dora, sino que sentía miedo de cerrar los ojos sin antes haber visto realizada su criminal esperanza.

Llegó el invierno, con sus noches claras y frías, sus ventiscos y lluviosos días. En una de ellas, Vicenta experimentó como una reacción, sintió correr la sangre por sus venas más briosamente, y creyéndose con fuerzas, levantándose febriciente probó á caminar. Un suspiro de inmensa satisfacción se elevó de su pecho.... ¡caminaba!... ¡aquella noche debía de ser! ¿Á qué esperar más?... Y se sentó en el destartalado catre para no cansarse inútilmente. Aun no sería la media noche, era muy temprano...

Y en aquella postura, tratando de figurarse el probable resultado de la empresa que acometería, aguardó hasta hora muy avanzada, y de repente, echando una mirada escudriñadora á la vecina y á su hijito, que dormían en un rincón sobre unos cueros de oveja, rebujóse en el poncho que había sido de Nicanor, é impelida por la fiebre, echóse fuera del rancho, sin ruidos, como si sus pies no tocaran en tierra, como si no pesara tanto, que el aire la sostuviera en el vacío. El frío de la noche la hizo temblar y detenerse, arrebujóse más en el poncho y, resuelta, con paso casi firme, siguió adelante.

La luz de la luna todo lo iluminaba, bañando la ...ensa extensión con un reflejo que ofendía la ...a; la helada caía, dividida en millares de cor-

púsculos blanquecinos, que revoleaban brillando en el ambiente como pequeñísimas perlas, que amontonándose en el suelo lo tapizaban, simulando sus terrones, y se pegaban á las matas, que parecían de hielo; y todo lo envolvían en un manto níveo, en medio de un silencio, interrumpido de rato en rato por el chirrido de las lechuzas ó el grito de alerta de los teruteros que Vicenta iba despertando á su paso.

Tropezando á cada momento, con una agitación siempre creciente, que más era producida por la fiebre que por el acto que iba á realizar, seguía ganando terreno en dirección al desvío, deteniéndose por instantes para mirar á su rededor ó bien sentándose en el suelo, sin tener en cuenta la escarcha que la cubría, á fin de descansar.

Al cabo de una hora de jornada, con muchos altos «para cobrar alientos», divisó el desvío en una curva, suponiéndolo en la junción de cuatro vías, plateadas por la reflexión y que se iban abriendo paralelamente, para perderse en una vuelta rápida, costeando la falda de un cerro. Sus miembros parecieron fortalecerse y salvó la distancia brevemente.

—¡Al fin!... y dejóse caer al lado de los rieles, á los que contempló con el íntimo placer que debe experimentar el perseguidor al dar alcance al que huye. Allí estaba la aguja, aquel pedazo de hierro que terminaba en punta extendido en su álveo, aguda como el nombre que llevaba y como la desventura que de ha tiempo Vicenta venía sufriendo;

ante la mirada de sus ojos que no se cansaban de recorrerla en toda su extensión, con la alegría del niño que al cabo observa en sus manos el juguete codiciado.

Un simple movimiento al lado contrario, produciría el choque; las carretas de hierro encontrándose en el mismo camino se harían añicos y, con ellas, la gente que dentro vendría.

—¡Lindo!... aquella noche tenía que suceder, había salido para ello y allí estaba para efectuarlo, tendida en tierra, recibiendo de lleno la helada, que por minutos la cubría con su capa, simulando un montón más de nieve en mitad del campo.

Y la luna seguía descendiendo con su cortejo de estrellas que titilaban en el fondo verde obscuro del cielo, con luces de piedras preciosas. El ambiente se iba haciendo cada vez más frío, y Vicenta continuaba en la contemplación de aquellos hierros, recordando todo su pasado feliz; los días en que su Nicanor, en un escarceador tordillo negro picaneaba los bueyes, al son de cantos, ó de estilos que silbaba, siempre alegre, retornando al rancho con una saca de harina y provisiones hasta para otro viaje; luego la miseria desplomándose como una bomba que los envolvió en sus torbellinos; más tarde la muerte de su marido, y al presentarse esta memoria...

—Toma ijuna!—gritó de pronto, y empujó violamente en sentido contrario la aguja, separána del riel; levantóse nerviosa, sacudiendo el mo-

jado poncho, con una sonrisa siniestra; y no satisfecha aún, tomó entre sus huesosas manos, crispadas, una gruesa piedra, que atracó en el espacio que quedaba libre.

Echó una última mirada hacia aquel sitio, y dando vuelta, comenzó á desandar el camino...

—Dentro de dos horas, tuito lo sabré,—dijo.

Y transcurrido ese plazo que se daba, todo lo sabría, sí, porque las primeras luces del día venían tiñendo el oriente, anunciándose en una sombra menos obscura, que se tendía como una faja encima de aquel lado del horizonte, reflejándose en el contrario, y que contrastaba con el color blanco que pintaba el suelo y el verde sucio de lo demás del cielo.

V

Pero no había dado muchos pasos, cuando se desplomó en el suelo. Las fuerzas la habían abandonado repentinamente, y sus piernas, doblándose sobre sí, la hicieron caer como una mole que se desmorona de súbito.

Tuvo miedo, no de quedar allí, expuesta á morir de frío, sino de que la fueran á buscar y descubriesen al mismo tiempo el motivo que la había empujado para salir. Fué arrastrándose como una culebra y, como ésta, dejaba una estela en la escarcha; avanzando con inauditos esfuerzos, empu

jándose con los pies, dejándose rodar á veces de costado por las eminencias favorables, agarrándose febrilmente de las chilcas, que al sacudimiento despedían una lluvia de copos helados, quedando sin movimiento, como desfallecida al cabo de cierto trecho recorrido, para volver á comenzar de nuevo, rasgándose la ropa, arañándose la cara y lastimándose pies y manos con los pedruscos.

El día veníase apresurado. La naturaleza despertaba por grados, poniendo en movimiento á los pájaros, anunciándose con un soplo más frío aún y levantando en los horizontes un velo blanquecino, que fué dilatándose cada vez más hasta convertirse en neblina.

Vicenta proseguía arrastrándose penosamente. Ante su vista, tenía ya la cumbrera del rancho, alzándose argentada detrás del alto, como una gaviota que hubiera abatido su vuelo en el suelo; un poco más, y distinguía uno que otro poste de los que quedaran en la línea del derribado corral; un descanso y un postrer esfuerzo, y hubiera estado dentro del rancho, sin que nadie supiese su escapatoria, tendida sobre el catre hecho pedazos, á la espera del desenlace de su obra.

De repente, de la puerta del rancho vió salir á su hijito, corriendo en dirección del alambrado que hacía calle al ferrocarril; observó que pasaba por la volteada portera, lo vió bajar por el declive de la hondonada sentarse en el centro de la vía, á juntar pedregullo.

Su corazón latió violentamente. ¡Su hijo allí, en

momentos en que podía venir el monstruo de pronto y hacerlo trizas, como lo había hecho con Nicanor.

Y este supuesto, la hizo retemplar sus casi consumidos vigores y arrastrarse con más presteza á fin de sustraerlo á una posible desgracia.

Iba á gritarle que se retirara, cuando el estridente silbido de la carreta de hierro se dejó oir á la distancia; el ¡tuff, tuff! y el ruido de las ruedas en los rieles, como de cascos de caballo á galope sobre el suelo duro, llegó perceptiblemente á sus oídos, helándole la sangre en las venas y haciéndola enmudecer de espanto... ¡Y su hijo á menos de treinta metros de ella estaba jugando tranquilamente con las piedras, mientras el rumor de la marcha del monstruo se iba vigorizando á medida que se acercaba, como el del pampero que se percibe á la distancia y cuyo anuncio se va haciendo más fuerte hasta que se presenta potente con todo el tropel de sus turbulencias!

De pronto le vió venir en sentido contrario, hacia ella, con su inmenso ojo de fuego adelante, echando humo negro y llamas, como rancho incendiado, haciendo trepidar el suelo, deslizándose terrible y velozmente sobre los rieles, que mordía dejándolos como si por encima hubiera pasado fuego; agrandándose por momentos, avasallador como las primeras olas de la creciente, que arremeten poderosas, mugientes, con ruidos de cascadas, llevándose todo por delante y destrozándolo todo, si que haya poder humano que pueda detenerlas.

Y como si la presencia de su odiado enemigo le volviera á los años de su robustez, Vicenta se irguió con fiereza, vacilante dió unos pasos en dirección á su hijo, quiso gritar, pero sintió muy cerca el resoplido del monstruo, y, loca de dolor, en un delirio espantoso, bajó por una senda que la llevaba á la vía, á tiempo que la locomotora iba á pasar por su lado, silbando y despidiendo vapor y agua caliente por sus costados, y pudiendo sólo articular estas palabras:—Para maldita, qu'es m'hijo!—se precipitó sobre ella, como la leona sobre el cazador que ha herido á sus cachorros, creyendo poder detenerla, entre las ruedas del émbolo, y éste, tomando sus ropas, la atrajo hacia sí, la arrastró breve trecho golpeándola contra la caja, y la despidió bajo las ruedas del ténder, pasando todo el convoy por encima de sus triturados miembros.

EL PACTO DE PAZ

EL PACTO DE PAZ

I

Dos ranchos, surgiendo solitarios sobre la ancha meseta de la verde loma, extendida y plana como un llano, uno enfrente de otro, á un cuarto de legua de distancia, alambrado por medio, — como dos añosos ombúes olvidados en mitad de la desierta llanura, separados por un hilo de agua, mirándose envejecer en un desafío constante, á quién resistía más airosamente la destructora acción del tiempo y levantara más orgulloso la ancha y poblada copa á los rabiosos ataques del pampero y á los violentos turbiones del invierno.

Dos cruces, inclinándose por el azote de los vientos, en cuyos brazos los horneros habían levantado sus admirables habitaciones, una por cada rancho, á dos ó tres cuadras de éstos, construídas con gruesos y rectos troncos de coronilla, cercadas por una empalizada, que las resguardaba del ganado que de á tarde dábase cita á su rededor; donde se remezclaban las margaritas, en la una rojas,

en la otra blancas, con enredaderas de mil clases que, creciendo al pie de las cruces, se enroscaban en los mástiles hasta coronarlos como serpientes que envolviendo con sus anillos á la presa, tratan de asfixiarla, — fúnebres expresiones de un rito cristiano, que se elevaban bajo la sombra, respectivamente, de un inmenso paraíso y de un grupo de ceibos, descascarados por los años.

Un angosto arroyo, el *Saucecito* llamado, que en parajes ofrecía puntos que podían trasponerse de un salto, pero que por eso no dejaba de tener sus camalotes y sus espadañas; su pequeño monte de llorones sauzales, uno que otro tala mezclados con raros molles y arrayanes, sus isletas de blanquillos, chalchales y coronillas, sus lagunas anchas y profundas, en las que con dos tiros de lazo no se habría encontrado fondo; y sus irritaciones de gigante en el invierno, abultando su cauce hasta ponerse como « un mar », corría sin ruidos, sin alteraciones, con mansedumbre de « petizo aguatero », besando la falda de la ladera que allí moría y siguiendo sin mayores alternativas, costeando el alto hasta perderse por el lado sur, tras del horizonte.

En los dos campos, pacían cerca de dos centenas de animales vacunos y dos pequeñas majadas, amén de unos cuantos yeguarizos, que, de vez en cuando, rasgaban el silencio reinante con sus relinchos ó con sus persecuciones, unos á otros disputándose la hembra preferida.

El aspecto general era monótono. Espesos chilcales cubrían los bajos, que comenzaban á ralearse en las faldas del largo y anchuroso cerro, para desaparecer allí donde acostumbraran á situarse los rebaños, cerca de la meseta, siendo sustituídos por un sinnúmero de piedras que las lluvias habían sacado á flor de tierra.

Una que otra honda zanja quebraba la planada, y muy contados eran los árboles que en ella se esparcían, y los que había apeñuscábanse como con miedo de la soledad reinante.

Tal era un pedazo del rincón del *Rosario*, que tomaba el nombre de un pequeño caudal que lo circundaba por dos lados en una vuelta caprichosa, donde iba á hacer barra el *Saucecito;* cuya espina dorsal parecía ser la cuchilla que dominaban los dos ranchos y que venía á figurar, con el último arroyo por cabecera, una T inmensa dada vuelta y acostada en aquella extensión de campo.

El silencio había extendido sobre él sus frías alas, que parecen dar sombra casi siempre al misterio y á la tristeza, y, á excepción de las puntas de ganado y las majadas, se hubiese creído que no existía por el rincón otro signo manifiesto de vida.

II

Y sin embargo no era así. Los ranchos estaban habitados, respectivamente, por dos viudas que se regalaban un aborrecimiento profundo, enconado, lleno de maldiciones y de malaventurados votos, donde se confundían recuerdos de sangre y rivalidades de partidos, herencia que recogieran de sus maridos, que reposaban uno y otro en los sitios señalados por las dos cruces.

La una tenía un hijo, en el que trataba de imprimir á todo trance las ideas que había sustentado el padre en nuestras lides de guerra civil, reseñándole sus sacrificios y sus guapezas, sus desventuras y sus horas de alegría y las circunstancias de su muerte, á menos de diez cuadras del rancho que les servía de vivienda, así como toda su aversión á la familia lindera, — y la otra era madre de una joven á quien enseñaba á amar el credo por el que su padre había caído en una celada, cara vuelta al límpido cielo de la patria, empeñándose como la primera, en inspirarle ira contra los vecinos.

Pero, por una singular disposición del destino, así como inmenso era el abismo que á las dos viudas separaba, inmenso era el cariño que los do˜ jóvenes habíanse jurado. Las doctrinas que les pre dicaban simultáneamente, como semilla en amelg

mal rastreada, caían en terreno infructífero; era en vano el empeño, como es en vano torcer el curso de dos ríos que corren infaliblemente á juntarse y que terminan por saltar encima de todos los obstáculos que se les oponen, á fin de mezclar sus aguas en un solo lecho.

Toda una historia era el misterio de la existencia de aquellas dos familias; el génesis de aquel odio que las distanciaba cada vez más, como las orillas de una cañada se van alejando de sí á medida que el agua de las lluvias las trabaja; mostrándose latente en todas las manifestaciones de la existencia con los vigores del retoño y trocándose en un cariño acendrado entre sus hijos, — algo semejante al turbulento arroyo que muge aprisionado en las estrechas paredes semi-acantiladas de su curso, sobre una cama de piedras que alborotan á las aguas y que de repente, en un vertiginoso declive del terreno, se esparraman tranquilas, en una serena y límpida laguna, donde el monte se inclina majestuoso para admirar sus galas en el cristal del líquido elemento, — ó al abra, tortuosa y casi impracticable entre dos altas é inaccesibles serranías, convirtiéndose á veces en senda que se abre paso á través de piedras y arbustos espinosos, que conduce á un valle, al que la naturaleza se ha complacido en adornar con todos los oropeles de su magnificencia.

Antes de la revolución de Flores, en el rancho la cruz de margaritas blancas, vivían el coman-

dante Guillermo Molina, esposo de María, y un hermano de ésta, pertenecientes á la división nacional de Minas. El matrimonio tenía una hija, Margarita, que, como la flor de su nombre es la especie genuina de la flora silvestre, era el tipo puro, único y especial de la raza criolla, con la inocencia de una torcaz y los encantos de un sueño; con la esbeltez de las palmeras que elevan los penachos de sus hojas por las más altas crestas de nuestros montes y la flexibilidad del sarandí en la corriente; con los ardores de ese viento norte que hace amarillear la maya en nuestras cuchillas; con ojos negros como esas noches de invierno que achican el corazón del paisano mejor templado, que no envidian los intermitentes resplandores de las violetas que tachonan el firmamento así que Febo ha dejado de iluminarlo y que son el espejo de un alma cándida y á la vez manantial de las más fuertes pasiones; con esos colores que se adquieren en nuestras campiñas, mezcla de rosados de flores de socará y de palideces de mies, cuando la espiga ha llegado á ese punto en que va á dorarse para dejar caer su fruto, y que ofrece al rostro la frescura y suavidad aterciopelada de la hermosa flor del camalote.

En el otro rancho habitaba Martín Rodríguez, viejo oficial que había sido de Rivera, uno de los pocos verdaderos *guayaquíes* que iban quedando del lucido escuadrón que fuera orgullo del vencedor de *Guayabos*, — con su mujer Clara y un hi

á quien, en recuerdo del antiguo jefe, habían puesto el nombre de Fructuoso.

En la apariencia, Molina y Rodríguez eran amigos, y decimos en apariencia, porque en realidad no lo podían ser. Militaban en opuestas filas; uno y otro eran hombres de prestigio por aquellos parajes, donde más de una vez, sus partidas, en pasadas luchas civiles, se habían correteado, y se hacían sombra en la paz, y allí estaban mal los dos, frente á frente, el uno contrariado por ver las ideas políticas de su lindero, primando en el gobierno del país, el otro gozoso de contemplarlo humillado.

No bien propaláronse los rumores revolucionarios, Molina exclamó en la pulpería:

—Pucha, si es puro vicio! si no asujetan una perdiz con bozal! Qui han de hacer, si á tuitos se les han quebrao las ligerezas y los vamos á llevar p'alante como tropa e pavos! Nosotros tamos más alerta qu'el chajá, y si se meten á jundillos grandes sin tener con qué allegar, los vamos á rivolcar como hachuras en la ceniza!... Jieden á dijunto!

Días después, repitiéronle á Rodríguez estas palabras, y él, que ya tenía formulado sus proyectos, replicó:

—Al amigo Molina, la cola se le hace pecho y el espinazo cadera, sin ricordar que ande hay yeguas, potros nacen, y que no siempre se pué tomar te con terrón y agua olorosa. L'alegría dura un en casa del pobre y yo no sé si se han creido

qu'es redonda la costilla del bagual, pa correrl'así no más... como en cuest'abajo.

En otra vuelta que Molina diera por la pulpería, ya pronto para «hacer reunión» — pues había recibido órdenes del coronel Olid, á fin de aprehender á los jefes y oficiales colorados sindicados como de prestigio, — alguien díjole lo manifestado por Rodríguez, y con esa socarronería paisana, en que se confunden el despecho y la rabia con la burla y la gracia, manifestaba, después de haber convidado á algunos amigos «p'hacer saltar el reñidero á los fanfurrientos que sabía diban pasando como cardenales pa los montes del Yí»:

— Si no juera más qu'eso, v'á quedar fregao! no vamos á tener más que repuntar en tropilla á los alzaos; y á mi amigo Rodríguez, mañanita mesmo me lo llevo pa Minas, más compadre que chancho al trote, y asina, comiendo de á uno como la gallina, ó haciéndolos caer como calandrias al sebo, los hemos de dejar cacundas pa que no asusten otra vez con las posturas! ¡Pura pluma como el chajá... hermanos!

Y aquella noche avanzó el rancho de Rodríguez; pero éste, avisado á tiempo, montando su mejor caballo, con otro de tiro, había tomado horas antes rumbo al Cebollatí.

— Alzó el güelo la perdiz, pero ande irá á parar, que no lo alcancen mis Tres Marías, la vez que no me lleve luz? — decía Molina á sus compa ros de expedición, que, con divisas ya y semi

mados, marchaban á incorporarse á las fuerzas de Olid; — lo juro, qu'en cuanto lo vistee, lo hago arar con la peineta!

Meses después, la derrota infligida al coronel Olid en los campos de *Coquimbo,* puso en dispersión á muchas de sus fuerzas. Molina, apenas con veinte hombres pudo escapar, tomando rumbos á su pago, donde llegó brevemente, recogiendo por el camino noticias de su *amigo* Rodríguez, que al frente de una partida se había hecho fuerte en aquellos parajes.

— ¡Lindo! — respondió Molina al saber esto; — lindo no más, que si en *Coquimbo* jué tuito mataojo, con ellos, les daré hasta por el gusto!

Su menuda fuerza quedó campada en la barra del *Saucecito* con el *Rosario,* y él, sin miedos ni prevenciones, se adelantó con su cuñado y sus respectivos asistentes al rancho, dejando los caballos al cuidado de estos últimos.

Momentos después se sentían el ruido de un tropel por el lado del monte del *Saucecito,* tres ó cuatro tiros y una gritería espantosa. Salieron Molina y el hermano de María á la puerta, y á una pequeña distancia vieron, con sorpresa, venir hacia ellos, un grupo de hombres á caballo, luciendo divisas coloradas, y al frente de los que reconocieron á Rodríguez. Un asistente había sido herido de un balazo y el otro huía, en tanto que los animales, á cuales no se había atado, espantados por los ti- y los gritos, disparaban campo afuera, reven-

tando las cinchas en los corcovos y desparramando en el suelo las pilchas de los recados.

La lucha fué breve. Molina disparó su pistola contra Rodríguez, y éste, á su vez, lo levantó de la tierra en un formidable bote de lanza, arrojándolo luego á tres ó cuatro metros de distancia con el vientre destrozado. El hermano de María, completamente rodeado, hizo fuego con sus pistolas de dos tiros, y por una casualidad, en uno de ellos, las cortadas fueron á dar al pecho de Rodríguez, donde abrieron anchos boquerones, volteándolo moribundo del caballo.

La aproximación de la gente que mandara Molina, no dió tiempo á que las represalias se ejecutaran en el rancho de María, dispersando por completo la partida de Rodríguez.

Meses después, las dos cruces señalaban el sitio en que yacían los contrarios, de un modo harto significativo en la primavera y verano, gracias al cuidado de las viudas: en la una, nacían margaritas rojas, á la sombra de las más rojas aún flores de los ceibos,—bajo de ella reposaba Martín Rodríguez;—en la otra, margaritas blancas, floreciendo á la par que las celeste-violetas del paraíso, donde apoyábase la cruz que señalaba la tumba de Molina y de su cuñado.

III

Prohíbasenos la realización de una cosa que nos da gusto, y el acicate del deseo nos zahiere, nos persigue, nos acorrala, y difícil es que, más animados que antes, no saltemos por las conveniencias y satisfagamos el deseo.

Por más prohibiciones y amenazas de sus respectivas madres, Margarita y Fructuoso, como el imán y el acero se buscaban; habíanse visto más de una vez, y más de una vez cuando niños se encontraron en aquella cuchilla, ocultándose entre los chilcales á los avizores ojos que los vigilaban de continuo, ó bien escondiéndose en el monte, donde transcurrían las horas, juntando flores, saltando piedras ó pozos de agua, entretenidos en sus juegos infantiles.

Y por más consejas que escucharan; por más odios que respirasen entre las paredes de sus ranchos; por más prevenciones que recibiesen, los jóvenes habían terminado por amarse á escondidas, como deben amarse los pájaros ocultos en la frondosidad del monte, citándose á la hora de la siesta, cuando los grillos y las cigarras son los únicos seres que se animan á perturbar el silencio del medio día; olvidándose de todo para gozar de la felicidad que rimentaban al verse juntos.

Pero es tremendo lo que hacemos, Frutos,—

decíale una tarde Margarita á su novio; — si llega á bombearlo mama, es capaz de matarme...

— Y yo capaz de bandiarla con mi cuchillo, Lita, si te toca un solo pelo...

— No seas bárbaro, — respondió la joven sonriendo y levantando con su regordeta mano los mechones del negro cabello que caían sobre la frente del joven.

— Ya lo compriendo, Lita; nuestra estrella es ingrata, pero Dios es güeno y güenos somos nosotros, y él hará que tuito esto se arregle. No siempre ha de hacer ñublao...

— Sueños, Frutos, sueños, como esos que al dormir tenemos. Mama, cada vez tá más idiosa, y si nos alcanzara á ver... ¡ay!...; y al llegar á este punto, como si ya viese sobre sí á la que había nombrado, el cuerpo de la joven se estremecía al igual de una mata que agita el viento.

— No tengás miedo, no tengás miedo, que lo incomodativo lo haremos saltar, con la mesma facilidad que un potro ruempe el maniador y siembra el suelo con las garras que le han puesto; todito está en que tú, Lita, te resolvás á hacer lo que yo te pida...

— Y qué ha de ser eso?

— Porque si tú me querés, bandiaremos la picada derechito á las casas, — prosiguió Fructuoso sin contestar; — y lo harás, ¡cómo no!, si es la salida que nos han dejao pa vivir juntos y felices y juera d estas quebraduras que nos hacen disgraciaos...

—Has pensao algo, Frutos, pa arriglar la ojeriza de nuestras madres?...

—Ó pa componernos nosotros, Lita, que es lo mesmo ó lo mejor; tuito está, como lo he dicho, en que tú te animés...

—Y qué es ello?

—Juir juntos, Lita;—y al decir esto, Fructuoso echó atrás la cabeza, levantando con el movimiento, el cabello que le caía hasta casi cubrirle los ojos, para clavar las miradas de éstos en los de Margarita.

—Eso no, Frutos,—pronunció la joven, levantándose del sitio que ocupaba al lado de su amante y retrocediendo instintivamente.

—Entonces, Lita,—continuó el joven en el mismo tono de reposo y sin moverse,—voy á creer una cosa: que tuito lo que me has dicho de quererme es una pura mentira; que nunca te has encariñao de mí como yo de ti...

—Yo te quiero, pero no p'hacer eso...

—No, tú no me querés, porque sabés que si seguimos aquí, no podremos casarnos nunca, no podrás tú ser mía, sola pa mí, sin que naides me dispute tu cariño, en cuerpo y alma, como yo pa ti, viviendo tan sólo p'hacerte feliz, pa verte sonreir cuando yo ría, p'arrullarte como una paloma, pa mirarme en tus ojos como tu único dueño, pa cumplir tu menor deseo...

—Pero eso que me pides es imposible...

—Más imposible es querernos, más imposible es

engañar á nuestras madres, más imposible es vernos felices...

—Yo no puedo, Frutos, yo no puedo...

Fructuoso se levantó exasperado, con esa cólera sorda que sube del pecho y parece que nos aprieta la garganta y derrama en la cabeza un fluido entorpecedor, que anubla la vista y zumba en los oídos; dió dos ó tres pasos hacia Margarita, mirándola con desprecio, y frunciendo los labios, lanzó esta contestación, que parecía salir comprimida, con agitaciones y retorcijos de víbora opresa por una raíz bajo de la que se ha metido incauta y trata de escapar:

—Andá, ordinaria!... tú nunca me has querido, mintiéndome suciamente con palabras dulces que me saben á yel ahora... tuitas tus promesas podés guardártelas no más, pal primer gaucho que te arrastr'el ala...

—Pero que decís, Frutos? estás loco; no ves que me lastimás?...—contestó la joven, mientras dos lágrimas corrían de sus ojos, y se acercaba á Fructuoso suplicante.

—Callate, que tú más me has lastimao!... Qué!,... acaso yo no tengo corazón también?... Qué te has figurao?—Ahí está; razón tenía mi madre: de tal palo, tal astilla! Y yo, no haciéndole caso, creido en tus falsías! Cuántas noches de frío y de lluvia m'he pasao, rondando las paredes de tu rancho, porque creiba que allí estaba mi vid[illegible] cuántas desesperaciones me han volvido cuasi l[illegible]

al pensar que nunca podríamos tener pa los dos un mesmo rancho, un mesmo fogón, un mesmo mate, un mesmo cariño... y cuánta rabia al ñudo me has hecho rejuntar contra mi madre, mi pobre madre, al fin más güena que tú, porque me prohibía allegarme hasta ti!... Mirá Lita: no sé lo que tengo, que me duele la cabeza: parece rabia, siento miedo; me voy porque no quiero verte... adiós!... —y Fructuoso trató de irse, dándose vuelta y tropezando á la vez; pero Margarita, tomándolo por un brazo, díjole:

—No, no te vayás así, Frutos, que yo te quiero, te quiero Frutos, —y echó á llorar, mirando á su novio á través del paño líquido que abrillantaban sus hermosos ojos.

—Andá, qu'es mentira!...

—Te quiero, Frutos, sí, —exclamó casi con energía, y luego, despacito, como si temiese ser escuchada por otro que no fuera él, que semi-arrepentido se había acercado, lloroso al igual de Margarita, balbuceó: —¿quieres pruebas?

—Sí, quiero, sí, dámelas y seremos felices, —replicó él, tomando febrilmente las manos de su amada.

—Pues juyré contigo... y que Dios nos acompañe y sea güeno con nosotros!...

Un sonoro beso, aplicado sobre los purpurinos labios de Margarita, que más parecían ser el broche de dos pétalos de flor de ceibo, donde el ca-del aura y la gota del rocío tejieran en una sa un nido de amor, selló la paz...

—No lo volverás á hacer más?...—preguntaba la joven enjugando con sus manos las lágrimas que habían corrido por su fresco rostro...

—Pucha, Lita! me hicistes achicar tanto el corazón, que creiba que lo había perdido regüelto en las penas que me has dao!—contestó sonriente Fructuoso, tendiéndose en el suelo, al lado de la joven, á la que envolvió en una intensa y avara mirada de cariño.

IV

Los ranchos de don Miguel «el vasco» estaban de fiesta ese día. El *mujerío* corría afanoso de un lado para otro, rociando aquí el duro suelo de tierra amasada; colgando allí unos flecos de papeles azules y blancos cortados á tijera; planchando allá; sacando el pan del horno; arreglando los escaños á lo largo de las paredes de la «sala» y, sobre todo, en un rincón de ella, dando los últimos toques al arreglo del «altar», — un cajón sobre dos sillas,—todo cubierto con la colcha más «vistosa» que hallaron en la casa, y que sostenía una palangana con agua y un crucifijo, amén de un libro abierto, en el que se veían unos cuantos garabatos, en forma de letras, escritos por inseguras manos y donde se inscribiría el nombre del «infiel» que un sacerdote, de paso por aquellos lugares, iba á bautizar.

Había « óleos » en lo de don Miguel « el vasco », y decir esto, era como propalar á los cuatro vientos el anuncio de una gran fiesta, porque eso sí, « don Miguel, no era como los gringos, corto como manga e chaleco, sino largo como lazo e brasilero y generoso como trigo e primera. »

Así es que pasada la hora de la siesta, los convidados comenzaron á caer « como zorros á las guascas » : ellas, con sus mejores atavíos, excesivamente almidonados, y ellos, con sus ropas de días de fiesta y sus caballos de cola atada, haciéndolos escarcear y « canchar » por el camino, para lucir sus habilidades y las « líneas » de sus « mancarrones ».

La ramada era chica para tanta caballería, y se comenzó á soltar á los animales al potrero, en cuanto el dueño de casa insinuó la idea de « largarlos ».

Adentro, la sala del rancho estaba llena, « como mostrador de pulpería en día de pencas, » — y entreverados en la concurrencia veíanse á Margarita, sentada al lado de su madre, y á Fructuoso, recostado en el marco de una puerta, perdido entre el número de los convidados.

Aquella era la ocasión para la huida, así « que aflojasen las luces del día », — para lo que un amigo de Fructuoso habíase comprometido, prestándole su ayuda y cediéndole su rancho.

Margarita vestía un traje blanco con lazadas celestes; su rostro pálido y hermoso; las lustrosas egras guedejas de su cabellera cayéndole por las ıldas, para unirse en la punta aprisionadas en

una cinta también de color de cielo; la mirada de sus grandes y rasgados ojos obscuros como deben ser los antros y con luces de relámpagos de tormentosa noche; sus labios frescos y temblorosos como las flores cuando se sienten bañadas por el primer rayo de sol, — todo su conjunto, en fin, severo y delicado á la vez, armónico y atrayente, despertaba el interés y hacía brotar de infinitas bocas una frase de admiración, y en todos, el deseo ó la esperanza de llegar hasta ella, derramar en sus oídos palabras candentes que impresionaran su corazón y abriera sus puertas al cariño.

Los amores de Lita y Frutos de nadie eran conocidos, así es que el suceso iba á ser sonado entre los que pretendían hacerse querer por la joven, que desatendiéndose de las lisonjas, dejaba vagar su vista por encima de todos, hasta detenerla en Fructuoso, que seguía paciente, extasiándose en su contemplación, fraguando en su mente mil y mil ricos ensueños para cuando la poseyera, como olvidado del lugar en que se hallaba, abstraído en absoluto por la idea que iba á llevar á la práctica.

La ceremonia fué breve, con la brevedad que es de esperarse en una persona que abandona momentáneamente una satisfacción para cumplir un pesado deber. Tres latines mal dichos por el cura italiano, tres ó cuatro cruces hechas en el aire con la mano y repartidas en la frente y cabeza del infante, un pequeño lavatorio con el agua de la palangana previamente bendecida, una cargosa alocución d

gida á los padrinos, recordándoles los compromisos contraídos con el ahijado, y un pellizco en las pulposas mejillas del ex infiel que protestaba de semejantes cosas, — hiriendo los tímpanos de los circunstantes con un llanto chillón é intermitente, — dieron término al bautismo.

Inmediatamente dióse comienzo al baile. Tres ó cuatro guitarras y un acordeón, puestos en manos hábiles, hicieron de orquesta.

Y el amigo de Fructuoso sacó á bailar á Margarita, y en las vertiginosas vueltas del *vals* y en los cadenciosos pasos de la *mazurca*, viéronle con el rostro casi pegado á su rostro, como un rendido enamorado que exigía contestación; y á ella, confusa, ruborosa, como niña que escucha por primera vez una declaración de amor.

Y un sordo murmullo se levantó agitando todos los espíritus, como las primeras ráfagas de viento que cruzan con un tenue rumor moviendo insensiblemente las hojas.... Claudio, el novio de Isabel, enamorando á Margarita!.... Y más de uno sintió que los celos, como agudas hojas de facones, le pinchaban el corazón.

En tanto, Fructuoso seguía mirando la pareja, sin querer bailar, y Claudio explicaba á Margarita la forma en que debían huir aquella tarde, ahuyentando de su conciencia los últimos escrúpulos.

De repente, Claudio acercándose á los guitarristas, pidióles una «polca con relaciones». Ya no más: su ruego era la confesión de parte!....

—¡El tramposo! ¡Sinvergüenza!—decían muchos, dejándose arrastrar por el despecho;—¡pobre Isabel, que ha creido verdá las mentiras d'este gaucho!—¡Mire si le v'hacer caso otra qu'encaramela!

Y la polca se tocó, bailándose en rueda, y sucesivamente las parejas, á la voz de ¡alto!, iban saliendo al centro, para dedicarse versos, que unos componían y los más recordaban diciendo los que venían al caso, y que eran contestados, unas veces por las jóvenes y, en otras, por algún comedido que se ofrecía á «desempeñarlas».

Y llególe el turno á Claudio, saliendo al centro de la rueda, y después de danzar con su pareja, á fin de dar tiempo á que su mente «hilvanase la rociada», pronunció el esperado ¡alto!,—y parándose frente á Margarita, le cantó:

Una paloma ha venido
de un hermoso palomar,
á decirme que tu nido
ella h'acabao de arriglar.

Siguió la música, y con ella el baile. La rueda aun no había terminado de dar la vuelta completa, cuando uno, de los que llamaremos despechados, gritó el ¡alto!

Cesó la música, se detuvo la rueda, y Claudio y Margarita en su centro, esperando que el de la orden se «desempeñara», curiosos de saber la contestación.

Y uno de los que no bailaban, que siguiera hasta aquel momento con envidiosos ojos las evoluciones de la pareja y que había sentido como un martillazo en su pecho, al escuchar el verso de Claudio, levantando la voz, cantó la siguiente cuarteta:

Contestale á la correa
qu'es al ñudo su porfiar,
qu'el ave que aquí gorjea
no va p'aquel palomar.

Dos ó tres mal comprimidas risas se levantaron de los grupos en son de burla para Claudio; siguió la música y con ella dando vueltas la rueda, en tanto tres personas, las únicas que comprendían el significado de la primera cuarteta, se buscaban con las miradas, mientras sus labios formulaban una sonrisa: Margarita, Fructuoso y Claudio.

V

Mientras unos comían, otros continuaron bailando, hasta que se resolvió descansar, en tanto alguno de los muchos cantores podía «descolgarse con una décima, de las que ponen el corazón como tropilla e yeguas y los miradores como cuentas al sol».

'ructuoso tomó una guitarra, tanteó sus cuerdas, .ncándoles algunas notas, haciendo escalas á fin

de «ponerlas güenas pa las partidas», y al cabo de un preludio, con voz clara, llena; en un estilo nuevo y melódico, mezcla de suavidades que al expandirse se infiltran en los espíritus como un éxtasis, y de agudos sonoros, que repercuten en el oído con ruido de tambor, haciendo correr un estremecimiento frío por todo el cuerpo, entonó estas décimas:

Sobre la verde lomada,
junto á un ombú colosal,
dond'enamora el zorzal
y ruge la pamperada,
como una guardia avanzada
orgullosa en su misión,
se alza un rancho de terrón
tan pequeñito en su hechura
y tan solo, que figura
una mancha en la extensión!

Pero asina que avanzando
se distingue más cerquita,
en la extensión, la manchita
va su sombra agigantando;
hasta que al fin, refrescando
las fuentes de la memoria,
vese al rancho en nuestra historia,
que la senda del martirio
atraviesa con delirio
para llegar á la gloria!

Sobre débiles horcones
y cubierto con totora,
naides cree que jué l'aurora

que asomó tras nubarrones;
naides crée que en los fogones
hizo soñar al paisano,
que al romper con férrea mano
la esclavitud que lo uncía,
una patria elevaría
libr'en suelo americano!

Y ese sueño, esa ilusión
de las *Piedras* á *Bagé*,
de *India Muerta* á *Santa Fe*,
hizo tronar el cañón;
y al grito de: redención!
pronunciado por el leal,
en una lid sin igual,
vióse surgir cual lumbrera,
absoluta y altanera,
á nuestra Banda Oriental!

Una salva de aplausos saludó la terminación de las décimas, y Claudio, acto continuo, tomando una guitarra, cediósela á Margarita, pidiéndole que cantara, á cuyo ruego uniéronse los de muchos que deseaban escucharla.

Margarita tocaba la guitarra y sabía cantar: eso era conocido por todos, y hubiese sido desprecio el hecho de negarse. Miró á Fructuoso, y creyó que éste también le suplicaba.

Y no esperó más, y á los primeros acordes que arrancara á las trémulas cuerdas del instrumento, mpañó con una dulcísima voz, tan musical como stilo que preludiaba, mientras ni el más leve

murmurio escuchábase en el ambiente de aquella pieza:

Soy esa flor tan sencilla
que se admira en los rastrojos,
entre las breñas y abrojos
perfumando la gramilla;
la que se ve en la cuchilla
cediéndole sus colores;
esparramando primores,
mil encantos y alegría;
soy para la patria mía
la más linda de sus flores!

Soy esa brisa tan pura
que aromatiza el ambiente;
soy esa luz del oriente
que despierta á la Natura;
cantando van mi hermosura
las calandrias y zorzales;
soy la reina en *nacionales*,
en las yerras y en las trillas;
soy hija de las cuchillas
y bajíos orientales!

Por doquiera que se va
enamoran mis encantos
é inspiro miles de cantos
que envidiara hasta el sabiá;
soy en la guerra quien da
valor al noble paisano;
en la paz le doy mi mano,
y él, ardiente en sus amores,
diz que soy flor de las flores
del verjel americano.

Soy su dicha, su pasión;
soy la luz de su alborada;
soy su más fresca ramada,
su guitarra y su fogón;
si está triste el corazón
soy su más dulce consuelo;
y cuando pido á mi cielo
su color blanco y celeste,
le figuro, sin que cueste,
la imagen del patrio suelo!

Fué mi madre una española
y mi padre americano:
con la sangre del paisano
saqué gracias de manola;
soy de mi tierra la ola
para quien no se ha hecho valla,
que deposita en la playa
las riquezas de la mar;
¡soy la morocha sin par,
soy la morocha uruguaya!

Los aplausos que arrancaran estas estrofas, que fueron dichas con arte, con suaves modulaciones que simulaban rumores de hojarasca, suspiros de brisa, murmurios de arroyos, duraron largo rato, y Claudio volvió á terminarlos, sacando á bailar á Margarita.

El baile comenzó otra vez, más animado que antes, y la polca con relaciones fué solicitada nuevamente.

-Ahora es el momento,—díjole Fructuoso acer-
..ose rápidamente á Claudio y saliendo afuera.

La pareja se rehusó á entrar en la polca, y mientras ésta y sus versos llamaban la atención de los demás concurrentes, sin que nadie los viera, Claudio y Margarita se deslizaban al patio, donde los esperaba Fructuoso.

Cinco minutos después, mientras en la sala seguían las músicas confundiéndose con el zapateo del baile, Fructuoso galopaba en dirección al rancho de Claudio, llevando su preciosa carga en ancas de su potranco...

....

Un mes transcurrió, y el rincón del *Rosario* presentaba al curioso un aspecto distinto.

Al alambrado que dividiera la ancha meseta en dos campos, había sustituído un nuevo rancho que se levantaba en medio de los dos solitarios que hemos descrito al comienzo de esta relación, habitado por Fructuoso y Margarita, que vivían risueños al ver brillar el sol de la felicidad en el cielo de su matrimonio, aumentada con la amistad franca, decidida, que se habían jurado las dos viudas.

Como prueba de la reconciliación, como lazo que las sujetara siempre á la fe prometida, habían ordenado construir de común acuerdo un panteón, donde indistintamente florecieran margaritas rojas y blancas, en el que pensaban depositar los restos de los tres muertos, uniéndolos tanto en el sueño de la tumba, como distanciados habían estado en la vida.

El rapto había sellado la paz.

CACHIRLA

CACHIRLA

I

¿Quién es por ventura el mortal de la reconquistadora ciudad de los reyes que baña su luenga cabellera en las azules aguas del Plata, sea un potentado ó un indigente, un ateo ó un beato, un joven ó un viejo, que no haya conocido, ha dos años, á un pequeño hombrecillo, verdadera crisálida de ser humano, semejante á un roble aplastado, que con su grotesco y encorvado cuerpo, consecuencias de una giba que la madre naturaleza, siempre pródiga, le había encajado entre los hombros, de cortas y encorvadas piernas, con un cráneo grande que parecía pesar como una maza en un pescuezo corto, poblado por un verdadero bosque virgen de enmarañado cabello, que hacía recordar al de aquel paisano que llevaba un nido entre las grasientas guedejas, que erraba por esas calles de Montevideo, mal vestido y peor calzado, armado de un fuerte ..idoso garrote que le servía de apoyo y de de..a á la vez, y que era aporreado sin cesar, sir-

viendo de befa á desalmados pilluelos, de risa al insensato y cruel, y de compasión á pocos que, tendiendo la mano, depositaban en su mugriento y roto sombrero, un pequeño diezmo caritativo?

Su nombre, ó, mejor dicho, su sobrenombre, era *Milonga.*

Trasladémonos, mientras dura el cuento, á las arenosas orillas del paso real del Olimar chico, y sentados á la sombra, dentro de una espesa isleta de frondosos talas y canelones, cuyas largas ramas sírvenles de bóveda á las claras y murmuradoras aguas del arroyo, contaré unas aventuras que en una noche y en el mismo sitio nos relató un complaciente peón, mientras el ganado á que hacíamos ronda mugía al verse en querencia extraña, y las charamuscas y leños chirriaban en el fogón, y el verde, ese inseparable compañero del hombre de campo que, con el caballo, comparte sus penurias y sus placeres, recorría la rueda de los oyentes.

II

Vivió, hace cosa de diez ó quince años, en el pueblo de Nico Pérez, un paisano que tenía todas las trazas de ser ascendiente ó deudo muy cercano del citado Milonga, pues era dueño de una figura idéntica hasta en los más perdidos detalles. Llamábasele «Tío Cachirla», y la diferencia que exis

tía entre éste y el otro, consistía en las dos ó tres casas de que era propietario y en no servir de burla, como su émulo montevideano.

Á pesar de ser rico como casi no lo era ningún morador de Nico Pérez, habitaba un ranchito desmantelado casi, que él levantara en sus mocedades, y que se observaba solitario, alejado del pueblo, en aquellas planicies sin aguas y sin montes, dejadas de mano por la natura, espléndida siempre en otras regiones de nuestra tierra.

Acostumbraba salir de él todas las mañanas, muy temprano, con un chiripá hecho de una manta vieja, al que se añadía un saco muy antiguo, roto en los codos y deshilado en las bocamangas, de un color indefinido; calzados sus pies con unas ojotas que él había fabricado en olvidada fecha y que remendaba así que se rompían, por no gastar cuero nuevo; cubiertos los dos lados del rostro con un sucio pañuelo que anudaba en la nuca, y adornado con un chambergo grande, desalado en partes, roto en otras, y llevando siempre un palo al hombro, del cual pendía una bolsa. Dirigíase con inciertos pasos hacia un puesto de carne conocido, donde mercaba unos riñones, una cabeza ó unas patas, bultos que metía en la bolsa, para retornar á su tapera, donde cocinaba aquello que con ruegos había conseguido sacar «tirado» del puesto, y que le servía de sustento por todo el día y á veces hasta ›r dos.

Acabado el miserable almuerzo, salía nuevamente

de la covacha con el palo al hombro y la bolsa llena de yerbas medicinales, que luego pregonaba de rancho en rancho y de casa en casa, para no retirarse hasta el crepúsculo; en algunas ocasiones sonriente, en otras triste y meditabundo, según el buen ó mal resultado de la venta ó de una que otra *vencedura,* que él las sabía hacer muy bien, como «cuadro hacido por el mesmo tata güeno».

Una vez en su triste habitación, se echaba sobre un sobado colchón de chala extendido en el suelo, á descansar de las muchas fatigas que le causaba su peregrinación, mientras contaba una y mil veces el dinero ganado, al que envolvía en miradas avarientas, dejando caer las monedas una tras otra sobre el lecho, con una fruición intensa que le descomponía el rostro en una expresión extraña. Al poco rato desabrochábase el saco, que siempre llevaba muy cerrado; de su cuello pendía, de una negra y mugrienta cinta, una bolsa llena de monedas de cobre, que desprendía para esparcirlas, juntándolas con las que había ganado en el día, pasando entonces por el total, lo que llamaremos un balance. Si de las grandes llegaba á sumar veinticinco y de las chicas cincuenta, era seguro que á la mañana siguiente iba á cambiarlas por una blanca de á peso, cambio que le efectuaban gratuitamente, y esta moneda corría de inmediato al fondo de una caja de madera, empotrada en la pared de terrón, en la que había casi siempre otras monedas de la misma especie, que esperaban sumar el guarismo

cinco, para que *Cachirla* anduviese tras de una de *caballito*, como llamaba á las esterlinas, que conseguida con el vuelto de treinta *cobres*, iba á ocupar un puesto en una olla de barro, que yacía enterrada debajo del colchón y cuya barriga estaba henchida de muchas y muchas de *caballito*, donde el avaro hundía nerviosamente sus crispados dedos.

Y las maniobras de un día, las repetía en todos, con ligeras modificaciones, que no alcanzaban sin embargo á alterar en nada su sistema de vida.

III

Cachirla era uno de esos ejemplares en los que el sentimiento de la avaricia prima sobre todos los demás y al que rinden un tributo exageradísimo, olvidando en su holocausto las más sencillas satisfacciones y absteniéndose hasta de lo más necesario de esos pequeños placeres y vicios de la vida; no fumaba, no bebía, y escasamente comía. Teniendo casas, se deslizaban sus días miserablemente en un rancho, donde el viento y la lluvia se colaban por mil agujeros que el tiempo había ido abriendo en los terrones y en el pajizo techo; él mismo cobraba á sus inquilinos, é infeliz de aquel que se atrasara en el pago, porque era infalible luego de la tercera visita del casero, le llegasen al teniente alcalde y la de la policía con el con-

sabido desalojo; era *Cachirla* un hombre que encontraba goces en su existencia de animal, feliz en aquel medio ambiente á que se había relegado, desempeñando esos cientos de fáciles y distintos trabajos que se ofrecen al hombre de campo, aprovechándolo todo, sin conocer otra misión que la de juntar dinero, por el solo prurito de tocarlo, mirarlo y hacerlo sonar, pasando las horas perdidas en una muda contemplación ante el montón de monedas que revolvía con placeres de sensualidad, enterrando en él sus groseras y velludas manos, terminadas en unos dedos que más bien parecían los brotos informes de la aplanada hoja de un higo chumbo.

En épocas de seca, *Cachirla* hacía su agosto, y el acarreo de agua de las más lejanas cañadas, para surtir de ella á la población, constituíale un interminable filón de monedas de cobre, cuyo fin sólo se encontraba cuando á las nubes se les ocurría derramar una benéfica lluvia que pudiera llenar los exhaustos aljibes y pipas por algún tiempo; beneficio que detestaba en razón de causarle notables perjuicios.

Y en una de esas sequías continuas que azotan al pueblo de Nico Pérez, un cliente quedó debiendo á *Cachirla* la exorbitante suma de cuatro centésimos, y por rara casualidad pasó algún tiempo sin que pudiese dar con su deudor; motivo por el que recriminábase su excesiva confianza al haber dado fiado aquellos dos baldes de agua; echando verdaderos

pos y culebras por entre su desportillada y sarrosa dentadura, contra el *marchante* que había burlado su buena fe.

Pero en unas pencas, á las que *Cachirla* había asistido con el propósito de vender *caña,* encontró á su deudor « haciendo una parada », y verlo y dirigir su escuálido jamelgo á su encuentro, fué obra de un instante:

—Don (y aquí el nombre del interpelado), güenas tardes.—¿No me podría pagar la cuentita?.... porque usté sabrá que vivo de lo que gano y que ando medio apestao y necesitao, y tuitos los días precisamos unos de otros....

—Oiga!—contestóle el otro;—¿y de and'he tenido negocios contigo, *Cachirla,* pa que tengás cuentas conmigo?

—Pucha, don...., qué desmemoriao está hoy! Cualquiera diría que soy un tramposo y que vengo pa ver si le saco d'arriba algunos cobres ... Esto no me suena bien....

—Y á mí menos me ha de sonar mejor, *Cachirla,* si no te desenredás y echás pa juera por qué te debo, y pronto, pues ya están pa partir....

—No tan apurao andaba pa quedars'en su casa cuando dib'á cobrarle....

—Apure, apure, *Cachirla,* y no fastidee,—decíale el deudor chacotonamente.

—Pues no ricuerda cuando fí en la última seca á ...sa con dos baldes de agua y aun no me los ha ...o?

Una carcajada general de todos aquellos que formaban corro, fué la respuesta que obtuvieron las palabras de tío *Cachirla;* pero éste salió con la suya, pues su interlocutor dióle una moneda de dos reales, capital é intereses sin «güelto», que él tomó en medio de una rechifla, que despreció en una forma suprema, torneando su caballo y entreverándose entre el paisanaje inquieto que bordaba el «camino» en espera de que los caballos cesaran en las «partidas» y arrancaran de una vez; llevando una vieja damajuana en la cabecera del recado y un pequeño vaso, y pregonando con una voz gutural, cascada y de acento rudo, la mercancía:

—Caña á dos vintenes el vaso! caña güena!

IV

Tío *Cachirla* se mostró distinto de repente. Por dos ó tres días viéronle recorrer las pocas calles del pueblo sin anunciar sus medicinas, cabizbajo, huraño y triste, como si una desgracia se hubiese desplomado sobre su deforme cuerpo, ó cual si le hubieran robado sus tesoros. Se veían en sus ojos laxos y colorados, las huellas del insomnio, y en su andar incierto, que tenía el cuerpo enclenque. Parábase de vez en cuando como para descansar, y así que lo hacía, lanzaba un suspiro largo, sonoro, que más parecía ser un resuello; quedándose á las veces recostado en el ángulo de una

pared, del lado de la sombra, durante una y dos horas, mirando inciertamente, hosco, contestando con un gruñido los saludos, y no faltó quien notase que esta estación hacíala siempre una y dos veces al día, en determinado sitio.

Y fácil fué dar con el motivo de la tristeza de tío *Cachirla.* El pobre había caído en las simuladas redes del amor!!....

Y esto quedó confirmado, cuando un joven del pueblo, suponiendo la causa, preguntóle el nombre del mal que le aquejaba.

Y tío *Cachirla,* sin contestar directamente, á su vez le preguntó sin ningún género de circunloquios:

—Ché, vos, decime: de qué modo si hac'el amor?

—Ah, tío *Cachirla!*—repuso el joven ideando instantáneamente una burla,—si eso es más fácil que pialar una res desjarretada, más fácil aún que comer con cuchara y tenedor! Mire, se para usté mesmo en la frente de la casa de la moza que ambicionea, pitando un cigarro... y así mesmo se hace'l amor. En cuanto usté vido que le aflojan la cincha.... pucha, tío *Cachirla!*, como chimango á la carniza, y en un upa, si la moza le da alce, le hace regolear el ojo como la oveja!

—Eso no más?

—Eso no más, tío *Cachirla....*

Y con esa receta tuvimos al pobre lisiado tan alegre como las Pascuas; pero desgraciadamente para él, ...ase enamorado de una preciosa personita del ...lo, por la que, casi puede decirse, pasaba las no-

ches de claro en claro, ideando mil proyectos, porque si bien su figura no era nada católica y capaz de *atraer* miradas de cariño, su corazón, como el de todos, sin deformidades, podía perfectamente sustentar una pasión; bien podía correr debajo de aquella ruda corteza un río de lava y corroer aquel pecho ancho y voluminoso como el de un enano gigante. De sus fealdades no se acordaba tío *Cachirla,* no había necesidad de mezclarlas en sus ensueños, y para él, como para los que comienzan á ser juguete del cosquilleo del amor, había también pedazos de aurora esparramando haces de doradas ilusiones y sombras que parecían tapizar de opaco tul las esperanzas que brotaban de lo más sensible de su alma.

El consejo que le dieran como bálsamo para calmar sus dolores, fué seguido, como quien dice, al pie de la letra; se figuró echar la casa por la ventana, ó, mejor dicho, su rancho por los agujeros que lucía, en la compra de un atado de cigarrillos, y fumó, frente por frente á la casa de su Dulcinea, sentado en una saliente de la vereda, uno, dos, tres cigarros, hasta dar fin al paquete; hizo de tripas corazón, y compró otro, y tras éste un tercero; pero tío *Cachirla,* por más humo que echara por boca y narices, por más estornudos que diera al sofocarse, no veía venir el momento en que la moza «aflojase la cincha para írsele como zorro á las guascas». Eso sí, muchas miradas de ella, muchas sonrisas.... pero nada más, esto es, nada más no, porque consiguió una borrachera tan fenomenal con tanto cigarro fuma' que apenas dió con el camino de su rancho, cuando,

cepcionado, se convenció de que «no sabía hacer el amor».

Tirado encima del colchón de chala, se arrepintió de haber sido «tan flojo»; — á esta circunstancia vínose á juntar la suma de lo gastado.... suma inaudita: veinte centésimos!, — y se ha de suponer la noche toledana que se desencadenaría encima de tío *Cachirla*, que olvidándose de «su amor», fijaba todos sus pensamientos en la idea de la brecha que había abierto á su dinero, y sucesivamente perdido en un maremágnum de reflexiones, terminó por ponerse furioso, creyendo ver, en medio de su borrachera, que los cobres que había echado á rodar inútilmente en el mostrador de una pulpería, venían de nuevo; pero, ¡ingratos!, á invitar á los demás á que se fueran con ellos, y en un instante se figuró que las monedas de plata levantaban el vuelo de la cajita de madera, y las de *caballito* después, todas siguiendo á aquellos malditos cobres, cuyos soles parecían reirse de él, haciéndole muecas, sacándole la lengua, bailando en el aire á su rededor, en una danza infernal.

Comenzó á dar manotadas, trató de alcanzar las que le parecían de oro; pero éstas, cuando creía tenerlas prensadas con sus dedos, se le deslizaban sutiles, y sólo podía observar en ellos, las verrugas y suciedades de sus falanges.

En esa lucha estuvo largo rato, hasta que, falto de fuerzas, rendido, volvió á tirarse rabioso sobre el col-, que levantó de un tirón, para sumergir sus dos s en la olla donde guardaba las esterlinas,

echando su cuerpo encima de sus brazos plegados, y en aquella violenta posición lo encontró el sueño.

V

Días después, tío *Cachirla* se encontró con su consejero:

—Cómo anda, tío *Cachirla?*

—En un mesmo ser: no salgo de la cuarta del pértigo y la pólvora se me jué en salvas.... Mire usté que hacerme gastar veinte cobres sin mercar cosísima alguna!....

—En el camino se hacen güeyes, tío *Cachirla,* y no hay que sacarle la culata al caño, porque de güenas á primeras no se ha caido parao como el gato, —respondióle el mozo, dispuesto á jugarle otra mala pasada.

—Si es al cuete! Se me hace que ando mesmo que cuero d'epidemia que no pué venderse.... no halla?

—Mesmamente! Pucha!, y usté, criollo como tronco de ñandubay cortao por hacha, no ha dao con el sobrino del pariente del boca larga!....

—Y qu'es ello?....

—Que asina como es el gaucho, si le arregla el agasajo.... Cómo quiere floriarse con esas pilchas que son de las que un avestruz no traga? Alíviese d'ese sombrero que le sienta mesmo que á mí un flaire; cambi'ese saco que se l'está diendo de puro

cio; tir'esas bombachas que parecen de su agüelo; peleche como el lagarto tuito el ropaje; use botines y bastón; fume uno de hoja, y Antoña palpitará que va derechito á la picada, como palo e lanza.... Eso lo sé, porque ya m'he revolcao en esas cosas, ¡pucha!, y dando gatazo, se va más ligero que lista e poncho, y pa mí.... que d'ese modo no está muerta, cuando ya está desollada.... Usté sabe que tuito tiene remedio, menos la muerte; haga lo que le digo, que sino no sirve ni pa candelero, ni aun pa tiento pa'los zorros....

Después de aquella lección, *Cachirla* creyó conveniente meditar. El plan le parecía inmejorable, de esos que conducen á una segura victoria; pero los medios que tenía que utilizar para llevarlo á la práctica, eran costosísimos: conspiraban nada menos que contra su dinero!

Él se encontraba perfectamente con aquellas ropas, de las que dejaba al andar poco menos que una rastrillada de pedazos, que poco á poco íbanle cayendo; con aquellas ojotas que no le incomodaban los pies; con aquel sombrero de alas semi-rotas y desgoznadas que á medias le resguardaba del sol; con aquel nudoso garrote que le servía de apoyo; pero, como bien decía su consejero, con aquellas pilchas no podía *hacer el amor*....

Por otra parte, el rostro de su tormento, como si lo tuviera retratado en los ojos, veíalo por todas partes que detenía su vista en el espacio de su pobrí-a habitación, como pidiéndole aquel sacrificio, o prometiéndole todo el Edén de sus amores, y en-

tonces su imaginación, saltando por sobre todo, forjaba un sinnúmero de ilusiones, tan dulces, tan arrobadoras, que se arrebataba creyéndose dichoso, deslizando su vida en medio de una felicidad grande, suprema, infinita; con muchas satisfacciones, muchas sonrisas y besos de aquella mujer querida, y muchas de *caballito*, donde los dos revolverían sus manos, las mirarían, las limpiarían...., y al llegar acá, despertaba de su sueño como asustado, y ponía su puño encima de la parte del colchón que tapaba la enterrada olla....

En su corazón se entabló una lucha formidable. Consumaría el sacrificio?, dejaría de intentar *hacer el amor?* Y el combate era tenaz, empeñadísimo, en que de repente decía que no, airado, como si alguien le exigiera imperiosamente aquel paso, como tan pronto se proponía ceder al recuerdo de las dichas que se proporcionaría....; y por cierto que en esta situación nunca tuvo en cuenta la fealdad de su figura, como tampoco no vagó en su mente el temor de una negativa....

Le habían casi asegurado que con pilchas nuevas podía atravesar la cañada por cualquier vado y sin temor de encharcarse, y eso le bastaba.... Qué importa que la portera fuese chica, si agachándose podía pasar! Así es que no le cruzó por las mientes que «el potranco podía voltearlo, dejándolo enganchado en uno de los postes».

Al fin triunfó el amor sobre la avaricia de *Cach...* Como el desesperado que cierra los ojos y se tir...

las tumultuosas aguas del caudaloso río, tío *Cachirla*, sin contarlas, sacó un puñado de las de *caballito'* de la ventruda olla, y anudándolas en un pañuelo, una buena mañana, peregrinó por el pueblo, y gimiendo aquí, llorando allá, fué haciendo bajar de los estantes de una casa de comercio las ropas recomendadas para la empresa.

Hubiera deseado no saber á lo que montaba el gasto, para hacer menos pesarosa aquella calaverada, y al efecto, él, que no sabía sumar grandes cantidades, había ido pagando y recibiendo los vueltos, prenda por prenda; pero así mismo, por un esfuerzo inaudito y misterioso de su sentimiento de avaricia, su memoria, sin intentarlo, pudo apreciar aproximadamente la suma total, que «orilleaba por tres de á *caballito,* sin contar las sobras de los setenta cobres de cada una, con tres monedas de á peso».

Pero el caso fué que tío *Cachirla* reformó por entero su vestimenta: un sombrero blanco, un saco y bombachas negras, botines y un bastón, tan fino, que temía romperlo apoyándose en él.

VI

Y allá va tío *Cachirla,* luciendo su flamante vestidura, pero siempre con su deforme cuerpo, que pretende enderezar; con su ridícula manera de caminar, con aquellas sus dos piernas que semejan dos tronchados troncos, sujetos aún al resto del árbol por unas cuantas fibras que les permiten bambolearse mecidos por el viento, en dirección á la casa de su amada....

Pero, y es que en la tortuosa senda de la vida hay muchos peros y castaños que se pasan de obscuros, tío *Cachirla* no contaba con la huéspeda, que le salió rezongona, y por el lado de los pies. Acostumbrado como estaba á las ojotas, al caminar dos ó tres cuadras los botines comenzaron á apretarle, y como vulgarmente se dice, á hacerle ver las estrellas y brincar á cada momento como un macho cabrío....

—Bah! —reflexionaba nuestro héroe á cada contracción de labios que hacía según las punzadas de dolor que experimentaba,—quien quiere pescao, ya sabe lo demás; y esto no será nada: cuestión de un momento. Aguantate un poco, que más se perdió con el diluvio; acordate, *Cachirla,* que vas hacer l'amor, que has tirao lo que en tu perra vida no gastastes, pa que pegués la sentada porque te duelen los andares..

Pero el calzado le apretó cada vez más: ya no er

estrellas las que veía, sino soles de primera magnitud; relámpagos que lo cegaban; rayos que lo aturdían; y de reflexión en reflexión, de dolor en dolor, lagrimeándole casi los ojos por el sufrimiento, se decidió á sacárselos, dejando los pies desnudos, pues no conocía los escarpines.

—No me falta más qu'el moco pa ser pavo,—decía;—pa qué sufrir así?... Soy un indiciero!... Sin estas calzas se anda mejor.... De una ú otra manera, mi novia verá que no me faltan botines....

Metió la punta del bastón por las orejas del calzado, y echándose todo sobre el hombro, como acostumbraba cuando salía á vender las yerbas medicinales, siguió andando imperturbablemente, con la arrogancia de un conquistador de teatro, sacando pies y piernas por los costados, hamacándose sobre ellas como en un elástico, y mirando á su alrededor, á fin de escudriñar en el semblante de los transeuntes el efecto que debiera causar.

Un vidrio le lastimó la planta de un pie; pero el amor lo sufre todo. Tío *Cachirla* apenas si sintió el escozor de la herida, que iba dejando en los ladrillos de la vereda manchitas rojas, así que pisaba.

Casi al trote,—si se admite que se diga,—llegó frente á la casa de su amada; porque, ¡oh dicha!, habíala visto de lejos á la puerta, como esperándolo... y el corazón de tío *Cachirla* sonaba en su pecho con la precipitación y ruido que producen los cascos de los animales en la trillada tierra del corral... y con un ilo inmenso, comenzó á pasear por la acera contra- con harto regocijo de los curiosos, que, avisados

por el mozo de la travesura, se habían apostado detrás de ventanas y puertas y en los comercios vecinos, comentando y riéndose de las evoluciones del infeliz enamorado.

Resultó que su Circe no lo miraba, — no lo habría visto; —estornuda para llamar su atención: ni un movimiento hace de que se hubiese dado cuenta de su presencia, — sin duda sería algo sorda; — saca un gran pañuelo, tan grande como una sábana, sonóse las narices, y siempre en el mismo estado...; paseó por aquí, recostóse allá, hace ruido con el bastón, del que se caen los dos botines.... chista á un conocido que atraviesa en ese momento, lo saluda, pregunta por la familia, todo á gritos, para que su bella oiga perfectamente... pero nada y renada: no hace caso...

— Pues no hay más consuelo que saltar pa la otra banda y hablarla, — díjose tío *Cachirla;* — no voy á estar aquí como el lagarto frente á la lechiguana, cobrando ánimo pa dar el coletazo... Naides come pitanga sin colorearse dedos y labios...

Y tío *Cachirla,* después de este breve razonamiento, con el bastón sobre el hombro, pendiendo de su punta los botines á guisa de banderola, renqueando á causa de la herida del pie, doblándose muellemente de adelante atrás, marchó en dirección de una joven, que había salido á la puerta como una de tantas, á curiosear, y que de rabillo de ojo observaba las maniobras de nuestro héroe, conteniendo la risa á duras penas, y sin suponerse que era el objeto de sus extrañas manifestaciones.

Cuadróse tío *Cachirla* frente á la joven, sacándose el sombrero, que dejó ver á los lados de su cráneo,—en cuyo vértice lucía el moño que enlazaba las puntas del pañuelo con que rodeaba su rostro,—largos mechones de cabello, semejando las barbas de una espiga aun no granada; descorrió el bastón hasta el suelo, en tanto los botines se resbalaban hacia el mango, y seguidamente de las «güenas tardes», sin timideces ni tartamudeos, le espetó la siguiente pregunta:

—Eh, qué tal?... Hacemos l'amor?...

Una franca y larga carcajada, con tintines de cascabeles de plata, hija de la ingenuidad y de la sorpresa burlesca, fué la respuesta de aquella ex abrupta interrogación.

Tío *Cachirla* vió inmediatamente todo el infierno de su desgracia, quedándose pasmado ante aquella risa que le sonaba con el mismo ruido de las de á *caballito* al caer unas sobre otras en el montón; pero instantáneamente se repuso. Su mente, dando un vuelco, le recordó, pérfida, el esfuerzo poderoso que había consumado en aquella intentona desastrada de amor, el número infinito de cobres que se habían metamorfoseado en aquellos botines que no le servían, y en lo demás que, por ser nuevo, no era por esto mejor que sus pilchas viejas; calculó el ancho de la brecha enorme que su locura había abierto en su dinero... y esta idea, revolviéndole todo, le hizo subir al rostro una oleada de sangre y montar en una cólera que rayaba en el

...así....

...eñora, señora! — gritaba furioso, blandiendo el

bastón, mientras los botines iban á parar á muy larga distancia;—señora, señora, comprenda qu'he gastao mucho p'hacerle 'l amor...; —y la muchacha seguía riendo, y apartábase de la puerta por temor de algún arrebato del *galán*.

—Señora,—gritaba tío *Cachirla*,—ó me paga lo gastao ó hacemos l'amor... sino, á la justicia del alcalde... Qué se ha figurao, señora?... No la perdono, no, no quiero, no puedo... paguemé ó hagamos l'amor; sino al alcalde....

....

Dos días después, *Cachirla* salía del local de la comisaría, donde estuvo encerrado por escandaloso.

Metióse en su rancho, y durante tres días no lo vieron salir de él. Previendo alguna desgracia, é incitada por algunos vecinos, la policía penetró en la mañana del cuarto, en la tapera de *Cachirla*.

Lo encontraron extendido sobre el colchón de chala cuan largo era, muerto, hinchado ya, con la cara amoratada, teniendo en una de sus manos crispadas y secas, un montón de libras esterlinas.

La olla donde guardaba el resto, se encontraba rota á uno de sus lados, y de su panza abierta dejaba escapar un río de oro, sobre el que caía un rayo de sol que penetraba por uno de los agujeros de aquella fúnebre y sombría habitación....

CELOS

CELOS

I

El « poncho de los pobres » no había asomado todavía sus morados flecos tras las cuchillas, envueltas aún en el blanco manto de la helada, con que las vistiera la noche precedente para la boda del nuevo día.

Ubaldo, un morocho mocetón de veinte y dos años, á quien apenas comenzaba á apuntar el bigote, que momentos antes había abandonado el lecho, soplaba con un viejo fuelle, trasunto fiel de un desvencijado acordeón, los tizones que al ir á reposar dejara recubiertos de ceniza, á fin de encontrar brasas á la madrugada, y acercaba la caldera al fuego, cuando los perros ladraron y «atropellaron» de esa manera especial con que anuncian á un forastero.

—Ya me lo presientía,— dijo saliendo á la puerta;—el juego anoche dió un soplido: asao gord'ó visita...,—y miró á la ramada, á tiempo de que á ella se acercaba un jinete,— su compadre Guillermo,— ¡iéndose entonces á su encuentro, no sin llamar an- sosiego, con un gutural imperativo « ya pa juera »,

y advertir á la visita que «les acomodase un chirlazo» á los perros que brincaban alrededor del caballo, en el deseo de morderle el hocico, ó bien tirarle de la cola.

— Apeesé, compadre, apeesé; diánde güeno por acá, madrugándole cuasi á la goyera?

— Es que quise mirar la jeta del lucero; ansí bombee que l'he ganao de mano,— contestó el recién llegado, desmontando y enganchando el cabestro en un agujero de uno de los horcones de la ramada.

— Cómo tá la comadre? — preguntó Ubaldo, correspondiendo al apretón de manos, y abriendo á Guillermo paso en dirección á la cocina.

— Allá quedó, como tatusa en su nido, rejuntando ganas pa caer el día menos pensao por estos medios. Y la vieja, cómo anda?

— Ta güenasa ya, gracias. Vamos pa dentro, que dejuro pocos mates habrá tomao en su priesa pa ganarle al día....

— Cuando hay que sobearse en camino como lazo brasilero, no hay que hacerl'el gusto, y gracias que con uno me limpié la boca....

— Mesmamente; riciensito nomás, taba sopla que te sopla pa levantar el juego, y l'agua deb'estar pronta....

Y juntos los dos compadres entraron por la amplia puerta de la cocina, —abierta á los vientos del Norte, y en cuyo centro, en medio de dos inmensos trashogueros, sobre llameantes trozos de troncos superpuestos que saturaban el ambiente de espesísima humare
la negra caldera de hierro pendiendo de un alam

enlazado en la cumbrera de aquella habitación de piso de tierra amasada, paredes de piedra y techo de zinc,— tomando asiento en toscos y bajos banquillos que la carpintería casera había fabricado con maderas de cajones, y que rodeaban al fogón.

Se hizo un largo paréntesis,— mientras Ubaldo, levantándose y sentándose sucesivamente, yendo de un lado á otro, preparaba el mate,—durante el que se pudo percibir el hervor del agua, el chirriar de los leños, el vuelo de las gallináceas lanzándose al suelo desde las más altas ramas de un paraíso que se levantaba á pocos metros de la cocina, y ese rumor, levísimo al principio, rumor inextinguible, que va animándose progresivamente á medida que se disipan las últimas sombras de la noche, imposible de encerrar en una pauta por sus miles de giros distintos y extraños, que brota de todas partes, se escucha en la atmósfera, como si cientos de arpas escondidas en la ancha zona de campo que divisa la mirada, y de diversos temples, vibraran al soplo de la brisa matutina, que acompañan la presentación de la aurora en el oriente, con la que la naturaleza anuncia un nuevo día en la existencia del hombre.

II

—Seguís siempre pastoriando á Palmira?—preguntó de pronto Guillermo á Ubaldo, en una de las tantas vueltas que éste daba.

—Y de cuándo acá he cambiao de campo? ó se le h'alivianao la memoria, compadre?—contestó el interpelado, á quien, como suele decirse, habíanle tocado la cuerda sensible,—deteniéndose en su vaivén, con sorpresa, para mirar á su amigo como esperando que algo más le dijera; pero, observando que inclinaba la cabeza y extendía una de sus manos hacia el fogón, en procura de una ramita encendida que comunicase fuego al cigarrillo de chala que liara momentos antes, prosiguió, dando á sus palabras cierto tinte irónico:

—Y no lo sabe? Vaya, que usté ha hecho el madrugón del peluquero! No sabeque la quiero tanto ó quizás más que á mi pobre vieja; que l'apreceo más que á mi tropilla, majada y ranchos misturaos, y qu'ella me degüelve regulao al mío su cariño?... ó se afigura, compadre, que aquí hay gasto de saliva al ñudo, y que hasta hoy hemos hecho partidas falsas pa recular luego?... De veras que me h'asombrao con su pregunta, compadre, cuando todito el mundo sabe que pronto nos acollaramos!—concluyó por manife
Ubaldo con más pausa, sentándose al lado de (

llermo, mientras se sonreía complacido de sus razones y echaba yerba al mate, á tiempo de que su interlocutor, como si nada hubiese escuchado ó quedase satisfecho con la contestación, dejaba vagar inciertamente la mirada por la enorme y resquebrajada alfombra, blanca como una de esas nubes que anuncian frío, que tapizaba el campo.

Y un nuevo silencio se impuso, rasgado á veces por el ruido de la caída de algún tizón que se consumía en el fuego; de una rama que retorcíase en la llama con agitaciones de culebra, dejando escapar sus gases por la quebrada corteza, como silbidos de furor; por el canto de los gallos ó los balidos de las ovejas, que, cuchilla arriba, iban en procura de los rayos del sol, que comenzaba á mostrar su faz auri-rosada entre celajes de púrpura y violeta, tachonando en el pálido azul del cielo, y que hacían amarillear las copas de los árboles y las cimas de las colinas que alcanzaba á acariciar con sus obrizos resplandores.

III

—Y por qué me preguntó eso, compadre?—dijo al fin Ubaldo, brindando á su amigo el mate.

—¡Peesch! da tantísimas güeltas esta perra vida, que muy bien podía haber desacontecido, como en as ocasiones, que hubiesen quebrao! Bien sabés lla es lo mesmo qu'el toldo, que pone pu'acá y

pu'allá sus huevos sin hacer ni tener nido propio, y que en cuanto á cariños no puede aflojársele ni esto,— y Guillermo al decir esto, hacía sonar la uña del pulgar con la del anular de la mano derecha; — sabés bien qu'ella es lo mesmo que víbora pa pelechar de cuero ó como mancarrón de diligencia que no tiene querencia, y cambea novios y promesas con la mesma facilidá de los bienes de Adán, que ansí como vienen, ansina se van... No hallás?... Y si querés más, te diré que con ella, pa eso, no hay que andar parando rodeo, ni buscando porteras, á pesar qu'es mañera como petizo overo... y á más, que te hablo como amigo: es hija de mala lay, y su padr'es un mamerto: de tal palo tal astilla; y calculá que maldito lo güeno que pueda sacarse d'ella, si no encuentra alguno que la asujete á soga ó la lleve á rienda corta....

Y Guillermo dejó de hablar, y al cabo de un momento, observando Ubaldo que no continuaba, le repuso:

—Y di'ai, por qué sienta el bagual en medio de esa garuga de palabras, que se me hace que ha desembuchao tuito lo que adentro le diba demás, como doses pal solo... y di'ai al fin, qué me quier'ecir? Yo la he tomao como es ella, que á mancarrón regalao no se le mira el diente, y no es con el que la echó al mundo con el que me voy á casar: oye?... Qué me da que sea guacha y que su madre jues'esta ó la de más allá, qu'esté viva ó qu'esté muerta?... Palmira me quiere, compadre; me quiere, y eso basta pa mí!... Que su dre sea un borracho... y di'ai?, que allá se las aveı

yo, de todos modos, tuito lo diba sabiendo cuando conocí á mi novia... Con Palmira y su cariño toy más cogotudo que pescuezo e toro y vena de cuatro dedos de ancho.

—Tá bien, Ualdo,— interrumpió Guillermo; —pero decime la verdá y no te ofendás: ella antes había despreciao tus festejos y atendido los de otros que ni pa limpiarte las narices servían y ni eran capaces de reventar un lazo... no es verdá? y que tú más de tres veces, por lo mesmo de que ni p'achuras servían, te largastes con el calor de la marca á contarme tus disgracias, no es cierto?

Por el rostro de Ubaldo pasó algo así como una nube negra que le retiró la sangre de los pómulos, y contrajo nerviosamente sus labios, comunicándose á sus manos un leve temblor que motivó un derrame del mate que en ese instante llenaba, y luego de chupar nerviosamente en la bombilla y limpiar con un dedo los lados de la calabaza, contestó:

—Pa qué me voy á ofender si es la pura verdá? pero, qué culpa tenía Palmira, si yo andaba atravesao como trote e perro, no sabiéndome hacer comprender; si siempre and'errando la picada? Qué tiene hoy que ver que yo juese como carne de paleta, si ansina que pude agarrarla como quería, cuando le dije toito lo que pensaba y tenía refugao en el corazón, cuando me vido lagrimear, entonces me quiso... porqu'ella tamién lloró... y aluego, usté sabe, compadre, como ılvé de una muerte cierta, agarrándome de las ca-·das de su caballo desbocao, la vez que se diba

derecho como lista e poncho ó palo e lanza, contra las barrancas del arroyo desbordao; y usté sabe, compadre, cómo se portó cuando mi pobre vieja cayó apestada; que se llevó sin cerrar cuasi los ojos por cuidarla, y ansina jué tirando tuito un mes y días, parando en esta casa, pa dirse cuando la vido en salvo!... Y mire usté que me dió pruebas entonces de unos cariños que no cuentan mentiras!... Compadre, qué quiere que le diga: yo no puedo dudar d'ella, porque sería no creer en Dios!,—terminó diciendo el joven, que por momentos se había exaltado.

Durante este interregno, su compadre Guillermo lo miraba fijamente, y cuando Ubaldo concluyó de hablar, como obedeciendo á una duda interior, le interrogó:

—Y decime, á todo esto, cuánto tiempo ha pasao dende que no la ves?

Ubaldo meditó un tanto, respondiendo al cabo:

—Pa las pencas del domingo en lo de don Regino, cumplirán los catorce días....

Luego, el silencio volvió á hacerse por tercera vez.

IV

La inquietud de Ubaldo era notable. Experimentaba movimientos bruscos que le hacían derramar el mate á menudo, y sin fijarse empujaba, con un pie calzado con alpargata, los tizones del fogón. Sentía cierto e cozor frío en su sangre; presentimientos que le opı

mían el corazón y turbaban su mente. Á veces temblaba, sin que hiciera un frío penetrante, y otras se removía nerviosamente en el banco á trueque de voltearlo y caer al suelo.

Su compañero, en tanto, chupaba acompasadamente el mate, haciendo sonar la bombilla dos y tres veces al terminarlo. Durante esta operación, con esa cachaza y mutismo privativo de nuestro paisano, seguía contemplando el pedazo de cielo y campo que desde su asiento distinguía por la puerta de la cocina.

La conversación hacía ya largo rato que no se reanudaba, cuando Ubaldo, queriendo sin duda dar fin á las innumerables y atribuladas incertidumbres que le sugirieran las preguntas y conceptos de su amigo, volviéndose bruscamente á él, encarósele, suplicándole con voz un si no es emocionada:

—Pero suelte, compadre, suelte por las ánimas benditas, que me tiene como en reñidero. Qué sueño ha tenido ust'esta noche p'hablarme ansina de Palmira?

Guillermo, dando vuelta la cabeza, le miró fijamente, y en vez de contestarle, á su vez le preguntó:

—Declarame: tás encamotao de adeveras?

—La quiero con todas mis juerzas. Ella es pa mí, como la luz pal día ó la leña pal fogón. Mentiría si dijese otra cosa!

Levantóse entonces Guillermo del banco que ocupaba, murmurando un «tá visto»; se paró frente á su amigo que, sentado, lo miraba dejándolo hacer, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo pausadamente, como para ser mejor comprendido:

—Me apreceás como verdadero amigo, me crés capaz de jugarte sucio?... crés que te quiero mal?
Ubaldo, sorprendido por el imprevisto interrogatorio, fué contestando alternativamente con una negación.

—Pues, sabé,—terminó Guillermo,—aunque t'enojés, aunque te duela, que debés desprecearla, porque t'engaña, porque no te quiere, porque te da tablazò con otro, por....

Los ojos del joven se habían abultado, agrandándose á medida que escuchaba las palabras ex abruptas de su compadre; tenía las pupilas dilatadas, mordía con rabia su labio inferior, amoratado por la presión de los dientes; su rostro habíase contraído, temblábanle las mejillas, y cubriósele la tez con el amarillo verdoso de la muerte; sintió así como un inmenso desgarramiento en sus carnes, como si un enorme peso le hubiera caído sobre el pecho, y levantóse violento, quizás para blasfemar ó producirse de otra manera, si en ese momento no se hubiera destacado en la puerta de la cocina la silueta de la *pobre vieja*, su madre, cuya sola presencia bastó para disipar ó aplazar la borrasca que había amenazado estallar.

V

Momentos después, alguien que hubiera entrado en la cocina, al observar el cuadro que ofrecían aqu anciana y los dos hombres, rodeando tranquilame

el fogón, habría supuesto que idéntica placidez reinaba por igual en sus espíritus.

Pero hubiera notado una densa palidez en el rostro del más joven, y si aguzaba la observación, una inquietud pronunciada y una resaltante pertinacia en contestar las preguntas que se le hacían, con respuestas breves y secas, como quien quiere rehuir largas explicaciones. Como llegara á darse cuenta de esto la anciana, al poco rato díjole:

—Qué pálido t'encontrás, Ualdo! Tás atrasao?

—No he pegao cuasi los ojos, madre....

—T'encuentro asina como preocupao....

—Cosas suyas, madre....

El huésped, portador de la mala nueva que hiriera tan profundamente los sentimientos de Ubaldo, se despidió al fin, y éste lo acompañó hasta la ramada.

—Me jura, compadre, que ha soltao la pura verdá? —díjole apretándole convulsivamente la mano, á tiempo que el otro iba á montar.

—Te lo juro por la salú de mis hijos y por la luz que nos alumbra! —contestóle Guillermo.

Ubaldo se recostó en un horcón de la ramada, como si aquella confirmación le hubiera quitado el resto de las fuerzas para mantenerse por sí propio en pie. Se replegaron sus labios simulando una melancólica sonrisa, que comunicó á su cara un sello de infinita tristeza; las miradas de sus ojos, sin vigor, parecieron fijarse á su frente, en el límite en que finge juntarse ielo con la tierra; entornáronse sus párpados y de s rodó una silenciosa lágrima.

Guillermo no quiso contemplar más. Tomó con la mano en que tenía las riendas, un mechón de la clin de su overo, pisó el estribo izquierdo, y boleando la pierna derecha, quedó sentado en el recado. Luego, torneando su caballería, se volvió para decirle:

—Me arrepiento de haberte dicho tuito de vereda; pero ánde irá el güey que no are? Más tarde ó más temprano l'hubieras sabido, y anque he sido el primero en rilatarte tan triste menta, no por eso deja de ser verdá; eres hombre y no te achiques, que la disgracia entona como la mejor caña...; despreceala como t'he dicho, que tu Palmira es mal perro pa ovejero...,— y chicoteando los ijares de su caballo, partió al trote en dirección de la portera.

Ubaldo lo miró alejarse por breves instantes, hasta que Guillermo desapareció tras un bajío; permaneció aún algunos momentos fijando su vista en éste, y luego, paso tras paso, con los brazos colgando y la cabeza gacha, arrastrando el cuerpo como si le pesara un fardo sobre los hombros, entró en la cocina, donde aun estaba su madre, sentóse en el mismo sitio que antes ocupara junto al fogón, y clavó la vista en el fuego, á la vez que tomando una ramita, comenzó á remover las brasas distraídamente.

Al rato se levantó; dirigióse de nuevo á la puerta de salida, y desde allí, como deseando justificar su ausencia, advirtió á su anciana madre:

—Voy al monte, madre, á picar leña.

VI

Pero Ubaldo salió sin hacha y leña picada había de sobra, recostada al horno del amasijo, y sus pasos, en vez de llevarlo al monte, lo hicieron errar por el campo, — circunstancias que no pasaron inadvertidas para la madre, extrañada ya por las palideces que había creído notar en el rostro de su hijo; pero como su corazón no llegara á presentir el fondo de verdad que pudiera producirlas, con esa sonrisa que asoma á los labios del que cree haber dado con el quid, penetró en las piezas del rancho principal.

— L'amor, — dijo, — anda metido en ésto.

Y tanto erró Ubaldo en el campo, mojándose con el rocío que aún la debilidad de los rayos solares no había evaporado, que al fin se encontró inconscientemente cerca del monte, entriscándose en él de una manera maquinal, tropezando acá y acullá, enredándose en las espinosas ramas de los coronillas, agachándose, sin darse cuenta, al pasar bajo los retorcidos troncos de la abigarrada arboleda, para dejarse caer de pronto, al verse detenido por la orilla del murmurante arroyo, en cuyas aguas fueron á confundirse las abundantes lágrimas que terminaron por brotar de sus hinchados ojos.

Y la serena y límpida corriente del riacho, como se transfomara en la blanca tela sobre la que se es-

parraman los focos lumínicos de un cinematógrafo retratando en ella la fotografía animada, le fué pasando en las suaves ondas diversas faces de su vida feliz de adolescente. Todo el drama de sus amores, con sus retazos de cuadros sombríos, salpicados con dudas é incertidumbres, seguidos por una serie de escenas de encanto indefinible, iluminadas con promesas é idealizadas por la ilusión, se sucedió ante su vista; quiso soñar y cerró los ojos; quiso engañarse, pero la agitación de su espíritu le retenía encadenado á la triste realidad, y siguió llorando.

Engañado!... y se lo decía su compadre, que no sabía mentir, que se lo juraba por la salud de sus hijos... Engañado él, que todo lo había rendido y hasta la vida, si así fuese, hubiera dado, por una mirada ó una sonrisa de su Palmira.... Habría que ver!

Y de repente se transfiguró. Negra idea había tomado cuerpo en su calenturienta mente, y á las lágrimas sucedióse una mirada extraña; al temblor de sus labios, la crispación de una sonrisa forzada. Pocos momentos bastaron para que su actitud cambiara en absoluto.

Salió del monte apresurado, sin reparar en los arbustos espinosos que se interponían á su paso, en dirección á la ramada, de donde descolgó un bozalejo con cabestro, y marchó al cercano potrerito, donde pastaba un obscuro, su animal de paseo, que comía maíz en sus manos y que parábase en el campo apen oía su voz; el mismo que le llevara « escarceand(

y «con más pinturas que un dibujo», ciento de veces, al rancho de su amada; «aquerenciado» casi en los bajos y cuchillas, en que su dueño tenía la otra mitad del alma; — pronto, con febril apresuramiento, aprisionó su hermosa cabeza con las correas, y tirando de él, retornó á la ramada, donde echándole el recado encima y enfrenándolo, lo puso listo para una marcha.

VII

Era la primera vez que no le daba la cotidiana ración en el viejo embornal que colgaba del gancho de una solera, ni extendía una lona en el suelo, sobre la que cortaba cuidadosamente la alfalfa; era la primera ocasión que no palmeaba su pescuezo y que no lo rasqueteaba á tiempo que dedicábale las palabras más cariñosas de su repertorio.

Todo había olvidado en gracia á la idea que le dominaba.

Penetró Ubaldo en el rancho principal, dirigiéndose á su habitación, donde encontró el poncho de verano y una filosa daga debajo de las almohadas de su lecho. Sacó el arma de la vaina é hizo sonar la bruñida hoja con la uña de su pulgar. Una sonrisa de satisfacción pareció esbozarse en sus febriles labios al oir el argentino timbre del metal. Todo se puso encima y ıó á buscar á su *vieja*, á quien encontró de nuevo a cocina.

— Hasta luego, — madre, — díjole desde la puerta.

— Y ande demontres vas tan tiemprano?....

— Á lo de Santos, madre, — contestó el joven, — á juntarme con el ruano que l'empresté hace un mes y que nolo ha degüelto; quizás esté sirviendo pa piquete....

— Vaya! — respondió la anciana lanzando un suspiro y sonriéndose, — me has sacao un digusto d'encima; ya caigo por qué hoy tabas ojeroso y alunao, que parecía que naides se te podía acercar, y todo porque te vas á lo de Santos!... Ah, gaucho, por la pisada no más se te conoce!... Cuánto tiempo hace que no bombeás á la güena de Palmira?

— Á la güena.... Palmira,—refunfuñó Ubaldo con forzada calma y apretando los dientes... — sí.....

— Y á que vas á verla ahora?,—prosiguió la anciana sin dejarle terminar la frase.

Ubaldo comprendió que si no se retiraba á tiempo se le iba á escapar el secreto, y no deseando dar una pena á su madre, contestóle con palabra entrecortada:

— Sí, madre.... tiene razón.... cayó en el asunto, pues de paso.... bombearé á Palmira!...—y retirándose precipitadamente de la cocina, llegóse á la ramada, montó casi de un salto á su obscuro « flete », y partió á galope, quizás con harta extrañeza del animal y de los perros, que le siguieron un trecho, en tanto la madre, asomándose á la puerta de la cocina, decía al verlo salir de aquel modo de las casas:

— Mesmo, pa esto, es como el finao en pinta...

VIII

Y aquello no fué más que una verdadera carrera. A las dos horas de haber partido, Ubaldo, embadurnadas sus ropas con el barro que salpicóle en el camino, salvando á saltos zanjas, y destrozándose el poncho en las porteras, ataba su jadeante caballo en un poste del alambrado que corría á tres metros de las puertas de los ranchos de su amada.

Tal era la agitación de su espíritu, que no se le ocurrió tan siquiera acercarse á la ramada.

Los perros saltaron á su rededor, reconociéndolo como amigo, y el padre de Palmira, embriagado ya y bamboleándose, salió á recibirlo:

—Jijí, ya tás aquí? qui ti jueron á ecir que tan triemprano cayistes más limpio que palo e gallinero?—díjole, refiriéndose en lo último, al barro que ensuciaba las ropas de Ubaldo.

—Y Palmira?—preguntó el joven, apartando con repugnancia al borracho,—and'está Palmira?

—Jijí, la gaucha.... Jijí, picotea ya con otro más introducío que grasa e chancho y que te llevó apretao en briscas.... Hermanito, madrugastes con las barras, pero cayistes con la puesta, y ahora se te v'á ser grande como boca e poncho.... Otro ya jinetea la potranca.... anda ya medio ligada como pa no bellaquiar....

Ubaldo no quiso escuchar más, y empujando al pa-

dre de Palmira, que se asió de un poste para guardar el equilibrio, entró febrilmente en el rancho de la familia.

Y la encontró en su cuarto, al que, cambiando de actitud al calcular que allí estaba, se había acercado cautelosamente, sin producir ruidos, reprimiendo casi la respiración, deseando sorprender.

Mucho no haría que había abandonado el lecho, porque éste estaba revuelto aún, y ella, semi vestida, sentada en el borde y con los pies descalzos, tomaba el mate que una chinita le alcanzaba, mientras que en la otra mano, apoyada en las sábanas de la cama, tenía un cartón al que miraba en esos instantes.

Contemplóla Ubaldo desde la puerta durante algunos segundos, sin atreverse á avanzar, y al ruido que produjo sin querer un espolín de su bota, Palmira levantó la cabeza, y viéndole, lanzó un grito de sorpresa, ocultando el cartón bajo la almohada, poniéndose incontinenti de pie.

La chinita se volvió, y al encontrarse con un conocido, sonrióse plácidamente, con tranquilidad infantil, y continuó cebando mate.

IX

— Güenos días, Palmira, — dijo el joven suavizando su voz y caminando lentàmente hacia ella; — güenos días....

Palmira lo miraba sin contestar; una palidez r

había inundado su rostro, desalojando los rosados colores de la vida, y temblorosamente se apoyaba en la cabecera de la cama, como clavada en el sitio, como fascinada por las miradas nada cariñosas de Ubaldo.

—Güenos días, Palmira, t'he dicho... no contestás? T'han comido la lengua los ratones?...—prosiguió el joven acercándose aún más:

—No, Ualdo... no...,—tartamudeó la joven;—es que me ha tomao de sorpresa tu llegada, asina no más, tan tiemprano y en ese tono... Qué tenés, qué querés?

—Qué tengo!... ah, me da gracia!... Qué quiero?... qué, te asombra mi llegada?... pues más me h'asombrao á mí una noticia qu'he sabío tuya, entendés? tuya...,—y Ubaldo se acercó más y más hacia la joven.

La chinita le alcanzó un mate, que él no quiso aceptar y que tomó Palmira.

—Sabés?—siguió diciendo Ubaldo,—sabés?... que me has creido un zorro con tres clarines y una manga de alacranes, y que á mí no se me amontona y desprecea como á ropa sucia; que mi corazón ni pa ti ni pa naides es sebo de cualquier chingolo, y que quiero ahorita mesmo que me digás si es verdá lo que me han dicho y el borracho de tu padre repetido.... de que.... vos querés á otro, revolcando asina mis cariños.

Palmira nada contestó; pero su mirada respondiendo ..ís á un presentimiento, dirigióse á la puerta que ..ceptaba Ubaldo.

—Conqu'es verdá, no?... conqu'es cierto que querés á otro?... conque te has reido de mí?... —balbuceó el joven y como con ganas de llorar.

Entonces la chinita intervino inocentemente.

—Mentila, Ualdo. Mila, te quiele á ti.... tu letlato taí,—y extendía el índice de su manecita derecha en dirección á la almohada;—taí, qu'ella besab'antes de tú entlal....

Palmira, como una víbora que despliega sus anillos y salta violentamente á morder,—al escuchar la infantil declaración, notando que Ubaldo se había movido en la dirección señalada,—se irguió para inclinarse rápidamente, metiendo la mano bajo la pieza de ropa denunciada. Ubaldo avanzó, cogiendo por un brazo á la joven, mientras que introducía su otra mano libre en el mismo sitio que revolvía la de Palmira; se sucedió una lucha muda, pero bestial, de desgarros y violentos tirones, en la que la fuerza del hombre triunfó al fin, pues Ubaldo, al retirar su brazo, anhelante, con el rostro pálido y sudoroso, ostentaba prensado entre los dedos crispados de su mano, los fragmentos de un retrato.

Miró ansiosamente lo que restaba de facciones en aquel pedazo de cartulina, y lanzó un grito de rabia al ver que no eran las suyas,—grito contestado por otro desgarrador de Palmira, que quiso huir.

Lo demás duró un segundo.... Rápido como el rayo, tirando el cartón y volviendo á tomar un brazo de la joven con fuerza que la desesperación hacía hercúl sacó la daga de la cintura y con furia clavó su fi

hoja en el pecho de Palmira, que resbaló en el lecho sin exhalar un grito....

X

Luego de consumada la obra, los chillidos de la chinita lo devolvieron á la realidad.

Fué retrocediendo hasta la pared contraria, — sin apartar su vista asombrada del cadáver que se destacaba salpicado de sangre en la blancura de las sábanas de la cama, con los ojos inmensamente abiertos, — hasta que tropezó con ella, golpeándose la cabeza contra el terrón.

Le pareció escuchar ruido, el de la peonada que ocurría á los gritos de la chinita, que, atemorizada, había avanzado hasta la puerta. Ubaldo corrió hasta el cadáver arrancando el arma de la herida, que dejó brotar un chorro de sangre humeante que le mojó la cara, corriendo por fuera de su poncho, y en actitud de defensa, con la sanguinolenta daga en la mano, feroz el rostro, contraído como por un espasmo, teniendo el cuerpo de Palmira á la espalda, dió frente á la puerta y aguardó....

Y el primero que penetró en la pieza, fué el padre de la joven, más beodo aún.

—Jijí... no ti dijí? —pero no pudo terminar, por- ,a presencia terrible de Ubaldo, la daga y la sangre veía, el cuerpo extendido de Palmira, que alcanzó

á divisar á pesar de su ebriedad, le hicieron comprender todo y quiso precipitarse sobre el asesino; pero sus piernas, por virtud del alcohol, flaquearon, y lo más que hizo fué rodar á sus pies lanzando una blasfemia, y revolcarse en el charco de sangre que caía al suelo al escurrirse por las ropas del lecho.

El joven, al notar el ademán del padre de Palmira, se dispuso á herir, gritando:

—No ha de ser cualquier zorro que me ha de comer la guasca!... Atropellen, maulas!

Y lanzando una carcajada histérica, se desplomó sobre el cadáver de su víctima, y juntos cayeron en tierra, al lado del borracho, que en vano pugnaba por levantarse.

PUSCH, CHANCHO!

PUSCH, CHANCHO!

I

Las noches de invierno, en el campo, parecen inacabables, como resultan ser algunas consultas doctorales ó las penas de ciertas ánimas pusilánimes; y si se trata de buscar reposo á las fatigas diarias, una vez que « han aflojado las luces del día », se da más vueltas en el lecho, que las que tiene el río Negro durante su curso, « antes de clavar la guampa», y hete aquí que, para « acortarlas », los peones van « cayendo » á hacer cadena, cercando el fogón, como los caranchos y cuervos á la res muerta.

Se agrega alimento al vacilante fuego, que alguien sopla, á trueque de chamuscarse el rostro, hasta tanto no le arranca llama, é inmediatamente de chirriar el agua en la pava que se acercara á los humeantes tizones, un comedido se encarga de hacer circular el mate por la rueda, « como china bonita que pasa de mano en mano y no plancha en el bailorio », no cesando de tir su res de brebaje hasta la quinta ó sexta "ada», con sus consiguientes « güeltas de pisada

pa que no boyen los brasileros», amén de tres ó cuatro viajes al barril del agua ó al arroyo, á fin de llenar las exhaustas calderas; hecho lo cual, á las dos centenas de «cimarrones», un general «hasta mañana» ó «güenas noches», termina la reunión.

Y cuando no son las «pencas» en lo de Fulano ó Mengano el obligado tema de la conversación, el intercambio de los díceres del pago matizado con las más galanas flores del humorismo criollo, son cuentos ó enigmas que se dicen por turno, «pa dar tiempo á que los chap'el sueño», entre verde y verde y risa y risa, en medio de bulliciosa chacota, inspirada en el mal ó buen acierto de las contestaciones.

Y en aquella noche, la reunión era numerosa. Había gente de «afuera», convidada para aquel día, en que el trabajo tuvo que ser sumamente rudo. Dos veces se había «parao rodeo» á fin de señalar y marcar cerca de doscientos terneros.

La «yerra» había estado buena y la faena pesada. Más de cuatro habíanse hecho admirar como excelentes «pialadores» y los «vale trago» se habían repartido con profusión.

Hacía largo rato que se hablaba de los episodios del día, comentados en una forma burlesca. Divertía lo de la «patada que una barrosa mocha le había asentao al retinto catinga Nemesio, aflojándole el garrón derecho hasta dejarlo bichoco»; del susto dado por un novillo «calzao, al guacho loro, un lobuno bellaco» de uno de los enlazadores «que un poco más le hacía clavar pico pal carnero»; de la ternera «media res», q

quebraron al sacar enlazada de la «manguera», y á la que «habían despenao» para convertirla en los improvisados fogones donde se calentaban las marcas en «gordos indios llorones», y había más de uno que sentía que «la boca se le hacía agua», al recordar los ricos pasteles de natilla que preparara una de las peonas,— cuando de pronto se levantó una fuerte voz, que predominó sobre las demás, llamando á silencio con el objeto de que «tuito el mundo juese testigo de una apuesta» en cierne, y entablada entre dos, uno de los que, enmudecidos los circunstantes, se explicó del siguiente modo:

—Es el rosario de copas pa toditos, en lo de Rodríguez, pal domingo, y quiero que sean jueces. Sucede qu'el *Paraguayo* me ha desafiao con endevinanzas, y de partid'á partida hemos llegao á convenir que yo le haga tres preguntas, de las que, si no se desempaturra, pagará la convidada general....

—Entuavía seguís cayéndole?—preguntóle uno.— Pucha, que sos más pesao que mancarrón que s'ech'á muerto!

—Qué querés!... la oveja es el animal más ruin... y hoy á cualquier rancho e paja le llaman azotea... El *Paraguayo* se ha empeñao, como la oveja, en pasar po ande no puede... y arrastrarme pa'lante porque sí; y yo, qué querés! no soy de aquellos que, de güenas á primeras, se dejan llevar más apretaos que sombrero de colla.... Me regüelvo.... y ah, indio!, si puedo, al que me truca como éste y le tengo compañero, le doy por la cabeza, y me lo dejo blando como lonca bien sobada....

Por los ojos de Juan, uno de los oyentes, pasó algo así como un relámpago, y dando vuelta la cabeza hacia el vecino que tenía á la derecha y con quien conversaba, díjole despacio:

— Á cualquier perro con cadena ya le suponen qu'es malo; y se me hace qu'esta noche le ruempo á chirlazos cuanto güeso tiene, á Regustiano... Vaya que le ha dao duro con caerle de soter'al *Paraguayo!*... Pucha qué indino el hombre!.... que siga no más y la vam'os á ramear!....

II

Juan era uno de los más viejos puesteros de la estancia del «Paraíso», y el más recomendado por su buena voluntad y la excelencia de su práctica en los trabajos de la hacienda. Su juventud había sido tronada, pero sus hábitos de «taita» pendenciero y camorrista, su inclinación á la bebida y al juego, habíalos perdido en absoluto, como por arte de magia, desde el día en que se enamorara en forma apasionada de una «china», la flor más criolla y perfumante que se había visto crecer por aquellos pagos. Luego, esos vicios los olvidó por completo, á pesar de los infinitos sinsabores que su «chiruza» le había brindado en su vida matrimonial, sufriendo con verdadera resignación jobiana sus miles de desvaríos, sintetizados en la frase criolla de: «es carniza pal primero que le guste», y desp

de mil promesas de buena conducta y de mil pruebas de infidelidad, había terminado por separarse de su cara mitad, revistiéndose de tal indiferencia, que cuando «caía» al rancho á visitar á los «guachos», hacía de cuenta que nadie había venido, retirándose á dormir tranquilamente ó yendo á la cocina á tomar mate, sin que la menor idea de encono, venganza ó ira vagase en su mente contra aquella mujer que lo había burlado. Lo único que no permitía, eran las bromas que pudieran referirse á su estado, y, sea por estimación personal, ó bien por evitar un disgusto, nadie parecía saber un ápice de la vida de los dos cónyuges.

Juan tenía mucha prole, y entre ella, «misturada en el rodeo», una hija, René, moza ya, á la que quería entrañablemente. Era más bella que la madre, y acerca de ella habían comenzado á propalarse no muy agradables ausencias, aunque siempre se cerraban herméticamente los labios de todos los que se encargaban de difamarla, delante del viejo, no sólo por el cariño que hemos enunciado, sino también porque se recordaban, «frescas como si juesen del día anterior», las pruebas de coraje que diera en muchas de «á pie», hasta el extremo de «no encontrar pareja» por aquellos medios, que le ganara en vista, agilidad, pujanza y manejo del cuchillo.

El génesis de aquel murmurio poco halagador para la quietud de Juan, que había llegado á saberlo todo, sufriendo íntimamente á las «calladas», por más que había tratado de guardar misterio, había sido una aración de Robustiano, en el acto de dar noticia á

sus amigos, de que, después de «arrastrarl'el al'á la hija de don Juan, le habí'acomodao tablazo».

Por ese tiempo, Robustiano dejó de visitar el rancho, y el rostro de René perdió los frescos rosados de la juventud. Juan notó que lloraba de continuo é indagó, y por ella misma supo toda la verdad, sin ocultaciones: obtuvo una confesión franca y tristísima; y el puestero, al saber que había sido engañado miserablemente por aquel «gaúcho», juróse arreglar satisfactoriamente el asunto, ó dar cuenta de la vida del intruso que había venido á agregar más amargor á los días de su vida, y llenado de lágrimas su pobre rancho.

Y había aguardado la ocasión que se le presentaba aquella noche, con la paciente espera de la culebra que espía á la terutera si se levanta de la nidada, para obrar; sin violencias ni precipitaciones, sin dar pábulo á presentimientos instintivos, indiferente como quien nada sabe, dejando que los sucesos se desarrollaran, que la intriga continuase mellando su calma y la de su hija, porque confiado estaba en que «la res, por más matrera que fuese, había de caer en sus lazos».

Y efectivamente, esa noche «pialaría» á Robustiano, ó le haría dar «el corcovo pal otro charco, cuereándolo, pa escarmiento de los que se riyen puacá y puallá de los viejos sotretas», como sabía que le llamaba él; quien agregaba que don Juan «era como vaca mansa que se ordeña sin manear».

El desenlace estaba meditado y discutido con su hija. ¡Ó lo uno, ó lo otro!... Ó se casaba, ó pagab las hechas y las por hacer.

Sin embargo, el llanto de René había ablandado la impiedad de su corazón. En caso de negarse, no «habían de ser más que unos cuantos chaguarazos pa que llevase la marca». Todavía era posible que el arrepentimiento se posesionara de Robustiano, y que éste, más tarde ó más temprano, cumpliese sus promesas.

Y Juan asintió al pedido. ¡Al fin podía tener razón, y, á qué desgraciarse cuando el mal puede ser de fácil remedio!

III

El llamado *Paraguayo,* y con el cual Robustiano se encarnizaba con sus bromas, era sobrino del puestero Juan; fué acogido bajo el techo de su rancho cuando quedara huérfano de padre, aplastado por el caballo que montaba en un «aparte».

Era idiota casi, por causa del excesivo abuso de la bebida, y lisiado de una pierna, quebrada en una rodada. Era uno de esos sempiternos borrachos que así que sienten los efectos del veneno alcohólico, se conceptúan inspirados y promueven discusiones á cada momento, ensartando disparates como si dijeran verdades de á puño, y considerándose los «Don Precisos» en cualquiera manifestación de la vida.

De Robustiano podía decirse que era un forastero, ı sazón un «gaúcho», pues no se le conocía casa, . embargo de que paraba en la ranchería de la Ca-

silda, en la lomada del cerro de las Víboras, perteneciente á la estancia lindera.

Había aparecido por aquellos lugares un día de pencas en la pulpería de Rodríguez, montando un lindo flete que arrancó más de dos exclamaciones de admiración entre el paisanaje que hacía cordón al camino; bien «engarrado» y una baraja y dados en el bolsillo. Su fácil palabra y su alegre genio muy pronto le conquistaron amigos, y éstos «se golvían pura boca p'alabar aquel indino»,—como decía don Juan á su hija.

Poco á poco, «menudeando las visitas», fué «aquerenciándose» en aquel pago, tomándole cariño, y con cualquier pretexto «dábase una güelta por las casas pa tomar un cimarrón» con sus nuevos conocidos, á quienes, de paso sea dicho, «desplumaba» á la *primera*, el juego favorito del paisano partidario de tirarle la oreja á San Jorge y que ha sustituído al truco, como el acordeón ha desalojado á la guitarra y el nacional *Pericón* ha dejado el campo al vals, polca militar y Wáshington Post!

Robustiano, al fin, entró en íntimas relaciones con ña Casilda,— una conocida «carpera» por aquellos lugares,— y se instaló como dueño y señor en su rancho.

Solía á veces, cuando se corrían pencas ó carreras, —aunque ellas se efectuaran á diez leguas á la redonda,—retirarse con una baraja nueva y los dados, sus inseparables pilchas, y no volver hasta pasada la semana, á fin de «rematar» los caballos que jugaba, con dinero en el cinto, recogido en las «carpeta
Reconocíasele como el jugador de más suerte ó «liga

llegando por ello á que la pública murmuración le acusase, aunque por lo bajo, de que « carteaba con la mulita », y de que aquellos dados, como ciertas tabas, tenían « picardías ».

Fuese cierto ó no, la cuestión era que se le admitía en todos los juegos, y en aquellos en que no tomaba parte activa, seguro estaba de ser el « coimero ».

Cierta fama de guapo se había hecho á su rededor, sin que ningún caso práctico hubiese puesto de manifiesto para comprobar dicha creencia. Su opinión en ciertos trances del juego siempre era pedida y su fallo admitido sin disputa, y él, dándose exacta cuenta de la atmósfera que le rodeaba, trataba de conservar por todas las astucias posibles, el ascendiente á que había llegado por aquellos medios.

Conocía la historia matrimonial de don Juan, y había encariñado á su hija por un mero pasatiempo, « por lujo », y al cabo de unos meses de relaciones, « satisfecho el gusto », las cortó para no pisar más el patio de aquel rancho, dejando marchita su flor.

IV

Se pidieron las « endevinanzas », y Robustiano no se hizo mucho de rogar.

—Lo hago, —dijo dándose importancia, —porque anda tirando de la lengua y le quiero comprobar es al ñudo machacar cuando la poronga es corta

y que la penca no es pa que dentren todos, aunque m'esté mal el decirlo. Vamos á ver, *Paraguayo*, aprontá el lazo pa pialar por la uña esta pregunta: Cuál es el animal que tiene la paleta mesmo en la frente?

El aludido, un tanto á punto con los continuos y prolongados besos que daba á la botella de caña, benéfica ayuda para enervarlo más en su idiotismo, comenzó á citar nombres, á los que Robustiano contestaba con una sonora carcajada y un « errastes el paso: más arriba están las casas, » — hasta que al fin dióse por vencido.

— El « *bagre* », *Paraguayo*, el bagre! Ya se me hacía que sos más redondo que argolla e cincha y qu' en tu vida habías visto un bagre. Y decime, — continuó seguidamente: — Cuál es el animal qu'enculeca con los de vichar?

Igual escena que la anterior se representó. El *Paraguayo*, un tanto desconcertado con el poco éxito de sus contestaciones, no hizo más que dar, como comúnmente dícese, palos de ciego en esta otra ocasión, en medio de la hilaridad de la peonada. Sólo el puestero Juan permanecía callado.

—La tortuga, *Paraguayo*, la tortuga!—terminó por decir Robustiano. — Convencete que has nacido pa sonso y de que algo te debés de haber mamao pa no apagarte como el candil al primer soplido. Caballo flaco, afloja los garrones en cualquier cangrejal qu'encuentra, no sabés? Y ya t'he copao dos partes de l'apuesta y se irá tuita, si no me contestás como se del cuál es el bicho que tiene dientes en las pantorrill

Esta vez, el *Paraguayo* no tuvo tiempo para responder, porque Juan, atajándole la palabra repentinamente, se encaró con Robustiano para decirle:

—Vamos á ver, vos que tenés tanta quitanga y que por las posturas parece no más que sos güen guitarrero y que podés dar chico á grande, copo la parada por el *Paraguayo* diciéndote qu'es la langosta, y si acetás el envite, te hago una endevinanza jugándote lo que has ganao. Quərés?

El interpelado, así como los presentes, miraron sorprendidos al puestero. Muchos sabían perfectamente que se encontraban enemistados, y aquella forma de reanudar relaciones no presagiaba nada bueno. Así lo creyeron todos, y conociendo la *fuerza* de los dos contendientes, se «acomodaron» como para no perder detalle de la lucha en perspectiva.

El rostro de Juan estaba totalmente iluminado por las llamas del fogón, y su tez bronceada por los ardores del poncho de los pobres, había tomado un subido matiz rojo; las miradas de sus ojos, bien abiertos, se fijaban serenamente, pero con tenacidad, en las de Robustiano, que algo en ellas notara de insólito é inapreciable para los demás, por cuanto borró de sus facciones el sello de burla y de desprecio que les había impreso al escuchar las primeras palabras de su *suegro*, estremeciéndose involuntariamente.

Creyó haber comprendido el intento de Juan, y supuso, no sin razón, que «si le aflojaba una pizca», reputación que había adquirido en aquellos pagos desmoronaría en un instante, perdiendo la influen-

cia que tenía y exponiéndose á salir de ellos «como perro corrido que lleva la cola entre las patas». Hizo un esfuerzo y se repuso inmediatamente.

— Y, por qué no! — dijo, — anque no soy tan sabio como usté reclara, ni tampoco quitanga cargo demás, ni menos oferto luz á quien puede darme güelta la pisada... La cosa era con el *Paraguayo*... Bien dicen qu'el que tiene padrino no muere infiel!... pero ya que usté lo quiere... si no se me hace la polca ligera, mejor, que si me llega á bolear errando el tiro, no hay nada de lo ganao. Pero pa mí que hoy vamos á menearla, que no se v'á dir sin cenar, habiendo como en fondita... Tá dicho. Conque asina, vaya hablando el padrino, no más.... — terminó con sorna.

No se hizo esperar mucho Juan, pues ya había pensado de antemano la pregunta, y á los breves momentos la formulaba:

— Por qué razón el ñandú es el que enculeca los güevos y de noche? — preguntó.

V

Y Robustiano tampoco aguardó mucho para responder, que en su fecunda fantasía había encontrado una diabólica idea. Eran tal para cual, eso bien lo sabían los peones; dos competidores de la misma «la que, como dos facones iguales de bien templadas

jas, se iban á «sacar chispas». Así es que contestó inmediatamente, en forma de introito:

—Pucha, si tiene carniz, hasta pa un cuento! y ésa era la endivinanza? Yo creiba que se ib'á dir como chancho en cuest'abajo, pero ahora veo que puedo salir del barro por encima del alambrao.....—y repantigándose en el banco, con la espalda apoyada en la pared de palo á pique, cruzó la pierna izquierda sobre la otra, entrelazando las manos sobre la rodilla levantada, miró al fuego unos instantes, como si de él fuera á arrancar los primeros hilos del cuento en cierne, y alzando de pronto la cabeza, con una sonrisa de triunfo y echando de soslayo una mirada á Juan, dijo como para llamar la atención:

—Ahí va, y aura talle quien sep'abarajar!

Y comenzó de esta manera:

—Era por los años en que los bichos, sin intención, hablaban como los mortales, que asina como lo apriendí á mamar lo enjareto y como me lo dijeron yo lo cuento. Sucedió qu'el viejo ñandú, padre de tuitos los ñanduses y charabones que hoy vemos,—como quien diría el tata Dios,—se había desarreglao con la viejaza ñandusa, no sé por qué fregao que la descomponiera, y los dos hacían camoatí aparte, guasqueándose solos por las orillas de los bañaos y cortándose uno y otro pa los chilcales, agatas se vían al toparse por las regüeltas de las rastrilladas, y como siempre, escondiéndose en las matas pa no verse, y como se dice, con la cola ·era, aunqu'ellos no la tienen.

ᴦo al ñandú, que se le había dentrao la ñandusa

por los ojos, se le ponìban éstos como los de mancarrón cansao, apenas la visteaba rumbear pa otros medios, y costaleábala por lo lejos; pero, diande yerba, puro palo!, si ella era lo mesmo que luz pa los lazos y no caiba en los piales qu'el otro la tendía p'hacerla cabriestiar.... Desconfiada como bagual tuerto!

Y asina, como harina que no se amasa ó amasijo que se pasa por falta e leña, andaba el ñandú mamporreando, mambí, cuasi sin trompear, medio apestao; pero siempre dándole gusto á una esperanza que tenía prendida como garrapata, porque calculaba, y no sin razón, que quemándolo á güen tiempo, todo palo hace brasas, y ande menos se ricuerda se halla en el campo un cinchón.

Y diai qu'enderrepente se le hiciera la olada de aparcársela hasta podérsele pegar como saguapié, porque ya sus ilusiones andaban dando los últimos rejucileos, y le risultaba charamusca húmeda la qu'echaba p'alimentar el juego de su cariño....

Las garzas y los mirasoles, las cigüeñas y los chajases y tuita la familia canilluda, se había acollarao pa dar un malambo juertazo, no ricuerdo con qué motivo, y al efecto, juera de un gran bañao que había hace tiempo, no muy lejos d'estos pagos, pallacito la cuchilla, despuntando no sé qué arroyo más grande qu'el Cebollatí hasta las barrancas, habían preparao un patio contrito al monte y convidao una banda de zorzales, calandrias y cardenales pa que musiquiaran en la fiesta.

Los ñanduses jueron envitaos, y la ñandusa, que

meniarle á las tabas era mesmito qu'el zorro pa las guascas ó mancarrón pintor que paece que canchea por el camino, acetó el convite sin dilación.

Al ñandú no le faltó quien le juera á soplar que la ñandusa dib'á cair al bailorio, y con esa menta, más sabrosa que pitanga, lo mesmo que vencedura pal picao de víbora, jué esperanza qu'echó gajos nuevos en su corazón, como la gramilla s'esparrama en los rastrojos, y á ella se aferró con más juerza qu'el tatú á las paredes de su aujero cuando le tiran de la cola. D'esa hecha se componiban las paces con su querida ñandusa!, y mandó á'ecir que no faltaría á la riunión anque anduviesen crecidos los arroyos, porqu'esto que rilato, jué por un invierno de sacar más lechiguana y garugas que todito l'humo que ahora larga ese palo que m'est'haciendo lagrimiar, — y Robustiano al decir esto, cesó de hablar, levantándose á fin de acomodar un madero que humeaba y que había sido causa de la interrupción.

Durante el tiempo en que llevara la palabra, Juan no hizo el más mínimo movimiento; hundida la cabeza entre sus manos, apoyados los brazos en las rodillas, parecía dormir. Sólo habíase escuchado en ese interregno, el sonar de la bombilla anunciando el mate exhausto de su verde licor, y uno que otro admirativo:

— Pucha cómo se va desempeñando lindo!

— Si es como corrión ensebao pa correrse por el ñudo!

VI

— Pues como diba iciendo, — prosiguió el narrador una vez que compuso el fuego y sentádose, — el ñandú llegao que jué la fecha del bailable, con la boyera abrió el ojo y juése pal arroyo, donde se ponió la pechuga lo mesmo que blanco porcelano, se peinó bien el plumerío, hizo unas cuantas partidas p'aflojarse los garrones y ponerlos como aceitaos, y luego se perfumó con yerba e lagarto, quedando más armao que una novia, un puro ay de mí! regulao mesmo que á una pintura pa la fiesta. La gran perra que daba gatazo!...

Y asina se largó, rumbos á la cita, y pa más lujo, fumando en una pitera alivianada á un turco, que los había ya en ese entonces, mesma d'esas de cajetrudis, más larga que galope e gringo, y tuitita la forma de una horqueta.

No está demás decir que á poco de trotiar, como qu'el tabaco era de naco juerte, brasilero, le temblequiaban las canillas, y pescando un peludo como cola e zorro, llegó al baile medio almareao.

Y más almareao se ponió cuando vido á la ñandusa. La flauta qué mamerto paecía que llevaba! Y no era pa menos, qu'ella tan güenasa taba, que hubiera hecho tambaliar al más duro! Oigalé, que cualquiera supondría á la fija, que calculando el

tripao del ñandú, había sacao pa sacudirles un poco la tierra, sus pilchas más machazas pa encelarlo!

Y diai, la ñandusa comenzó á floriarse y el ñandú á soltar cada suspiro capaz de arrancar de cuajo á un monte y concluyir en pamperada sostenida, y cada mirada de juego tan juerte, que con ellas se podían haber prendido fogones encima l'agua, hasta que al fin, revistiéndose de coraje, se animó'allegársele con el corazón como garganta e sapo y las canillas como bordona en acompañamiento.

Tamién yo creo que la señora ñandusa no pedía otra cosa, cansada de concentrarse al medio, pudiendo andar por los flancos, viviendo alzada y al rumbo.

El caso es que cuanto regoleó, ya el ñandú le puso el lazo en las guampas y la ñandusa clavó los cuartos al primer cimbronazo.

— Chiruza de mis ardimientos, — le desembuchó al cargarla, — por qué no golvemos á aquellos tiempos en que acollaraos díbamos á la cruzada, relinchándonos cosas lindas dentre los pajonales, ande las espadañas y la paja mansa, las lenguas de vaca, carquejas y colas e zorros eran cumples de nuestros felices cariños; golvamos al pasao, borrando tuito lo idioso que hubiera brotao dende que no nos miramos: tú con esos vichaderos que tienen más juerza qu'el sol p'abrasarme y más negros que mis penas; yo con los que tengo tan sólo pa contemplarte y convertirlos en cañadas de lágrimas y por aonde debe rebosar tuitito ... ıor que me has metío hasta los caracuces!

- Ya t'he dicho que sos más cargoso qu'el guacho

pa la leche, — le degolvió la ñandusa, haciéndose la interesante y tomando de paso una copita de licor de rosa qu'el ñandú le ofertaba.

—Pero más lial que perro faldero y más cariñoso que torcaz, y sabé que no soy pasto pa naides, no siendo vos, y que sólo vos sos la dueña del potrero de mi vida, — le soltó el ñandú arrimándose.

— Pues si querés, chirú, — retrucó la ñandusa, — que güelva, te vas á sujetar á una calausula, y no me mordás la pierna'el freno, ni te hagás ovillo, porque sinó, no cabriesteo. Al pan, pan, y al vino, vino, y pongamos tuitas las cosas en su lugar.... ¿entendés?

— Hablá nomás, — dijo el ñandú.

— Porqu'en tuito lo qu'he corrido por tus exigencias, he conocido infinidad de amiguitos y amiguitas, y tengo muchos deberes que cumplir y visitas que hacer, y luego te diré qu'esta vida gaucha me h'agradao tanto como vestido nuevo, asina que si querés andar bien conmigo, tú tenés que enculecar los güevos que yo ponga en la nidada....

El ñandú coceó qu'el desienredo ansina, le quedaría grande como portera chica y llena e barro; pero tamién olfatió que si no dentraba por la coyunda de aquella forma, se despatarraban pa siempre sus cariños con la ñandusa.

Y por algo mañerió, poniendo un inconveniente pa sacar luz: cómo se las dib'arriglar enculecando los güevos toito el día, él, que gustaba ranchear, mientras su chiruz'andaba trillando nuevas sendas por lo campos?

Pero la ñandusa, qu'era como calle pa estas cosas, y que si no nació pa viva, pa sonsa menos se crió, acomodó un atajo y baqueanasa le halló la picada, haciéndolo azotar.

—No te aturucés en charco chico,—díjole; —pa pescar hay que acercarse á las barrancas, oís? que si querés arriglarte con tu china y hacer la fiesta en paz por los años que nos quedan, vos enculecás los güevos de noche, y de día que los enculequ'el sol, mientras andás conmigo....

Y diai, el ñandú, qu'entendió qu'el trigo tamién es limosna, d'esa hecha enculeca de noche, en tanto que la ñandusa matrerea, cayendo al rancho del chirú cuando se le antoja, á dejarle los güevos que quién sabe de aonde son,—y con tuito esto, dejo desarrollao como lazo sobre la res, el tema de don Juan y ganada la otra güelta e copas, á menos qu'el pan salga una torta; — terminó por decir Robustiano, cambiando el timbre de voz y levantándose del banco para manifestar seguidamente: —y ustedes me disculparán, que voy á extender mis garras en el galpón y á clavar el pico, qu'es tarde e la noche y mañanita tengo que madrugarm'el lucero.

Y dando un «güenas noches á tuita la compaña», se retiró el narrador de la cocina, lanzando una sonora carcajada así que transpuso la puerta, carcajada que hizo estremecer á Juan en su asiento.

VII

Los peones, unos impresionados por la forma narrativa que el gaúcho empleara para contestar, comentaban admirados, elevando á Robustiano á la categoría de «talentoso»,—y los menos, los de la «casa», respiraban un hálito desagradable en el ambiente; se miraban unos á otros como entendiéndose con la visual, y observaban á Juan de soslayo.... Había sido mucho el coraje de Robustiano!

Hasta los que no estaban en «la cosa» se sintieron invadidos por presentimientos; la conversación languideció y, poco á poco, uno tras otro, luego del «güenas noches, hasta mañana», fueron desapareciendo por la puerta de la cocina.

El viejo puestero, durante todo el tiempo empleado para el relato, había permanecido sin hacer un solo movimiento, en la misma posición en que se colocara al principio, como si apartado el espíritu de su cuerpo, vagara en regiones lejanas y no le dejara oir ni ver nada de lo que á su alrededor ocurría. Mejor dicho, parecía entregado á un pesadísimo sueño.

Sin embargo, ni una sola palabra había dejado de escuchar de las tantas dichas por Robustiano. En dos ó tres períodos de la sangrienta burla, experimentó vehementes deseos de levantarse y estrangular al gaúcho entre sus manos, pero otras tantas detúv la promesa que hiciera á su hija.

Al retirarse el último peón, así que vióse solo en la cocina, se levantó nervioso, con el ceño adusto y los ojos lanzando una feroz mirada y rojos por la ira, y elevando su brazo derecho con la mano cerrada en dirección á la puerta de salida, como amenazando. á un enemigo imaginario, dijo, dejando escapar la cólera que bullía en su pecho:

—Vamos á estocada por cornada, canalla; pero si no te avienes, te dar'el güelto!... Tanto se abaraja el naipe, que al fin se gasta!—y asomándose á la puerta, dirigió su vista al galpón inmediato, en el que vió á Robustiano revolver su recado para preparar el lecho...

....

Juan, después de la faena, había dado un verdeo al caballo, y á la entrada del sol lo ensilló, dejándolo en la ramada. Nunca acostumbraba á quedarse en las casas, ni menos retirarse á una hora avanzada; pero en aquel día, el propósito que alimentaba y el relato,—sangriento para él,—que hiciera Robustiano, lo habían detenido más de lo que pensara.

De todos modos, las cartas estaban echadas en la carpeta y había que jugarlas,—y en dos vueltas, con pasos agitados que diera, como fiera encerrada en la jaula, terminó por dar forma á su pensamiento.

Aquella noche tenía que ser! No recordaba quién habíale dicho que el gaucho se retiraba del pago, y aunque podíalo ir á buscar á donde quiera que fuese, ás no hallase otra ocasión idéntica á la que la le presentaba para satisfacer sus deseos.

Había quedado solo en la cocina, y se apoyaba parado en uno de sus rincones, desde donde miraba con extraordinaria fijeza, el mortecino fuego, que no brillaba por cierto como los resplandores de sus pupilas, que fuere por la reflexión de los casi extinguidos tizones ó por el estado de su ánimo, tenían extraños fulgores.

Solo estaba; pero con todo un mundo de penas en su espíritu, y su mente, poblada por un sinnúmero de proyectos de venganza, que, confusos, se atropellaban ardientes, concluyeron por hacerle temblar las sienes, hasta creer que le hervía la cabeza. Instintivamente se llevó á ella las manos, apretándosela, queriendo apartar aquella comezón que sentía por dentro, y salió al campo á fin de serenarse.

Serían las nueve, y á esa hora, la luna, alta y destacándose como desde el fondo de un cielo verdinegro, rodeada por un círculo ceniciento, hacía brillar con un blanco de plata bruñida, el suelo y los techos del rancherío, cubiertos en su totalidad por la escarcha.

El rumor de la caída de la helada, confundíase con el de los cantos de las ranas y los intermitentes chirridos de los grillos; uno que otro relincho apagado por la lejanía, cruzaba el aire enrarecido y helado. Juan sufrió un estremecimiento de frío al salir de la cocina, se detuvo un segundo para respirar el aire fresco de la noche, y dejando caer el poncho, encaminóse hasta la ramada, no sin echar una visual al galpón donde reposaba Robustiano; sonriendo al ver q

éste levantaba la cabeza del lomillo al ruido de sus pasos.

— El cochino t'avizor como el tirotero,—murmuró.

Llegóse á su caballo, y de la manea, enlazada en la presilla, desprendió su rebenque, corto, pero pesado, de gruesos pasadores de plata y rematado con una manija del mismo metal, que hacía de él una arma poderosa manejada por una mano hábil.

Á pesar de sus encontradas ideas de venganza y un tanto suavizados los torrentes ardorosos de su sangre por la calma y el húmedo ambiente, no tenía el intento de matar á Robustiano, á cuyo efecto dejó la daga cruzada entre los cojinillos. Sólo deseaba «acomodarle unos cuantos mangasos, cuando más», y haría uso de la pistola que llevaba, en el supuesto de que su contrario le hiciera armas.

Volvió á desandar el camino, y metiéndose en el galpón, dirigióse á donde dormía el gaúcho, y poniéndole el cabo del rebenque cerca del rostro, que se descubría bajo el poncho, golpeó la cabezada del basto con él, á fin de despertarlo.

No había necesidad de esto, porque Robustiano había seguido todos los movimientos del puestero, y se incorporó inmediatamente.

— Seguíme, — dijo Juan, al verlo en aquella situación.

Robustiano titubeó breves momentos, pero colocándose las armas en el cinto, sin que el otro pareciera notarlo, se colocó el poncho, y poniéndose de pie, lo siguió.

VIII

Y Juan lo llevó hasta el corral y bretes de encerrar la majada, lejos de los galpones, como para poder hablar con entera libertad, y á fin de que nadie se enterase de la escena que iba á ocurrir ó interviniese en alguno de sus detalles,—y que era posible terminara en uno de esos duelos sin testigos y con pocas palabras; en una de esas luchas mano á mano, bravas, y que concluyen con la inutilización ó muerte de uno de los contendientes, como acostumbra siempre nuestro paisano á llevarlo á efecto á fin de dirimir sus cuestiones.

Robustiano seguíalo como quien va conforme á un lugar señalado de antemano, dispuesto á todo evento, teniendo confianza en su juventud y vigor, y presumiendo con facilidad el desenlace de aquella entrevista, había deslizado el cuchillo de la vaina á su mano, escondida debajo del poncho, prometiéndose pegar primero así que las circunstancias lo exigieran. Había visto el rebenque en la gruesa y pesada mano de Juan, que no podía ser por casualidad, comprendiendo que lo iba á castigar. Si esto sucedía, su fama de guapo se desvanecería, como en el aire el humo de un cigarro, y tendría que abandonar el pago,—donde todavía podía hacer mucho,—corrido, humillado, no ya como un barde, sino como un chiquillo á quien le dan de b

tadas. Esta suposición le hacía hervir la sangre, y apretaba convulsivamente la daga en su temblorosa mano, y á no ser por la circunstancia de clavársela por detrás, se la hubiera sepultado ya en el cuerpo del viejo puestero.

Tras los dos enemigos, se habían ido sucesivamente levantando los peones. Previendo aquéllo y sin combinación expresa, pocos eran los que se habían entregado al sueño. Sólo dos ó tres, forasteros, dormitaban; los demás, fuéronse deslizando como fantasmas, de sus recados, iluminados por la luna y haciendo extensas sombras sobre la alfombra blanca que todo lo cubría: quién para ocultarse sigilosamente detrás de un árbol; quién de un grueso poste, y donde quiera que pudiese sustraer de las miradas investigadoras á los que querían no ser descubiertos, colocándose estratégicamente cerca del sitio donde se viera parar al puestero y á Robustiano, á fin de observar todo, sin perder hasta los más mínimos pormenores.

—Aquí tamos como ni buscao á propósito,—dijo de pronto Juan, cesando de caminar, al verse detenido por el palo á pique del corral, y dando frente á Robustiano.

—No sé: usté sabrá pa qué,—contestó el paisano deteniéndose á su vez.

— Te creiba gaucho más vivo... Pa qué, preguntás?... Yo no escondo la leche, sabés?, porque soy burro viejo que no agarra trote y huelo de lejos como uero... siempre voy derecho al corral sin que ...een, y calculo pa qu'es... No sabés el estao 'ané?....

— Me han anoticiao....

— No sabés que anda pesada?

— Y á mí, qué me da?... No soy comadre: que bien le haiga!...

— Y por tu culpa.

— Quién lo dijo?

— Ella mesma....

— Pa qué se dejó? ..

— Esas no son contestaciones, Regustiano, — dijo el viejo entonces, conteniéndose á duras penas; — dentrá por la razón, que yo estoy por las güenas... me conocés ya, y no arrugués que no hay quien planche!

— Bah! — replicó el otro, encogiéndose de hombros.

— Bastante me has cargao el carro esta noche, — siguió el puestero diciendo con tranquilidad forzada y tomándose nerviosamente de un poste, porque experimentaba vehementes deseos de aplicarle un rebencazo; — y l'agua está que lleg'á las espías... No echés más, porque no sé qué pasará. ..

— Cuidao con irse en seco, que hay mucho... que remojar, — contestó Robustiano burlescamente.

Por el rostro de Juan, al que daba de frente todo el reflejo de la luna, pasó una oleada de sangre; sus ojos lanzaron relámpagos de ira, advertidos por el gaúcho, que apretó con más fuerza el puño de la daga, dispuesto á levantar el brazo y á asestar el golpe. El puestero trató de serenarse; pasóse la mano por la frente, restregándola, y echando el sombrero atrás.

Después de esto, hubo un momento supremo de

lencio. Mil ideas batallaban en la mente del puestero, así como en la de Robustiano; midiéronse con sus miradas, que, al encontrarse, iluminaron un mismo pensamiento. Uno de los dos sobraba; sin embargo, Juan tentó otro esfuerzo, con sorpresa de su contendor.

— No machaqués tan juerte, que podés romper,— contestóle articulando temblorosamente las palabras y simulando apenas su indignación, á tiempo de que se elevaba de su pecho un rumor que bien podía ser un sollozo como un rugido de rabia contenida, y cambiando instantáneamente el tono de su voz, haciéndola casi suplicante, prosiguió:

— Mirá, Regustiano, por lo que más apreciés en la vida, no m'estés envidando d'ese modo, porque las mías no son paradas como aguas de pozo... T'he perdonao lo d'esta noche, porque m'hija me lo había pedido asina, y te juro por mi alma que, á no ser por eso, de vereda que había tratao de meterte pa dentro tuito lo que se te escapó, como grano malo de boca de un maizero....

— Puede ser qu'el tiempo nos eche agua; pero lo dudo,— manifestó entonces Robustiano, demostrando una indiferencia que por cierto no tenía, y mirando al cielo, al contestar de ese modo é indirectamente la amenaza del viejo puestero.

En tanto éste, cuyos ojos le brillaban por efecto de fugitivas lágrimas que se escapaban de ellos insensiblemente, tornó su voz más humilde, mientras la cólera gía en su pecho y hacía inauditos esfuerzos para ntenerse; quería que el otro tuviese conciencia de

que no amenazaba en vano y que tentaba, de aquella forma, una solución por sola la circunstancia de no verse precisado á vengarse.

—Regustiano, te lo pido por favor; tú que sabés los fregaos de mi mujer, que te has burlao de mí tan sangrientament'esta noche, no me hagás más disgraciao: enjugá el llanto que tuito el día entristece mi pobre rancho, y casate con René, qu'está gruesa porque tú así lo quisiste....

Robustiano creyó haber desarmado al puestero con su actitud, al oirlo expresarse de aquel modo; pensó que había triunfado y que lo dicho por él, no pasaría de simple intento; y tras este pensamiento, convino que, en el supuesto de que se dirimiera la cuestión en el terreno de los hechos, «se tenía fe», y luego, él, no quería casarse con la hija de don Juan, porque esos no eran sus proyectos; y esto bastaba para que se mantuviera en sus trece. Sentía interiormente un pesar: que los peones de la estancia no observaran la escena, su triunfo sobre aquel hombre, del que se decían muchas mentas de valor,— él y Juan no habían visto á los peones; — así es que á la súplica del puestero contestó con una risotada.

— Qué! á eso venimos á parar? — dijo; — vaya usté si así lo quiere y enjugu'esas lágrimas, que yo no soy pañuelo de naides. Ya le dije: si está pesada, d'ella es la culpa; pa qué se dejó?... y no estoy yo pa cargar con su hija y el guacho, aluego precisamente de qu'es semilla de tal madre... No soy ñandú... tiende?; y si no es más que pa esto, güenas noches!

—y Robustiano, sin perder de vista al viejo Juan, que se había recostado al muro del corral, dió unos pasos en dirección á las casas.

IX

El gaúcho no pudo alejarse mucho. El viejo puestero, viendo burladas las esperanzas que alimentara con las palabras de su hija, luego de aquellos ultrajes, y suponiendo con seguridad que Robustiano había creído en una debilidad que no experimentaba, no aguardó más, y dejándose llevar por la ira y el despecho, dió un salto, poniéndose al lado de su contrario, y con una fuerza inconcebible en un hombre de su edad, le atenaceó uno de los brazos, deteniéndolo.

—Por última vez, —díjole con una voz que semejaba el rumor lejano de un sordo trueno, —no querés reparar la falta?

Robustiano clavó sus miradas en los ojos de Juan, que en ese instante parecían despedir llamas. Breves momentos transcurrieron en una indecisión suprema antes de contestar; pero el cuerpo endeble del puestero, como espiga que se rompe á la primera pedrada; su juventud y vigor, como ñandubay macizo, y el frío del cabo de la daga que empuñaba; su amor propio más nada, le hicieron responder, aunque con insegura

—No!...—y dió un paso atrás, zafándose de la mano de don Juan y sacando el arma.

Vióla brillar el viejo puestero, y ágil como un felino, enarbolando en su mano derecha el rebenque por la azotera, antes de que Robustiano tuviese tiempo de parar el golpe, su brazo, herido por un fortísimo argollazo, caía inutilizado á lo largo del cuerpo, dejando abrir la mano y escapar la daga al suelo; instantáneamente, sin dar lugar á una reposición, el rebenque cayó por segunda vez, con brutal fiereza, sobre el cráneo del gaúcho.

Sintióse un crujido de huesos, se escuchó un ay! y el ruido de un cuerpo que desplómase en tierra.

Juan se cruzó de brazos, contemplando sin sorpresa la terminación de su obra. Los peones curiosos, atónitos por el repentino desenlace, no salían de sus escondites.

El sombrero de Robustiano había rodado por el suelo en la caída. El gaúcho se agitó brevemente sobre la escarcha, rasgándola en varias partes; su respiración anhelosa, jipeante casi, dió paso á un borbotón de sangre por boca y narices; cesó de pronto por completo, y con ella, el movimiento brusco del pecho y de los miembros.

De su cráneo, por entre el espeso cabello, brotaba un hilo sanguinolento, con ruidos de agua mansa que salta intermitentemente sobre un pequeño obstáculo, contrastando con la blancura del suelo, y sobre el que iba formando un charco rojo, humeante y gelati-

El viejo puestero se había serenado del todo

cabo de un momento de contemplación, con la punta de su bota trató de empujar el cuerpo, y encontrando resistencia en su pesadez, supuso que estaba muerto.

Luego de esta operación, levantó la vista, mirando hacia la ramada, donde vió á su caballo; observó el firmamento como para calcular la hora que era, y echando una última mirada al cuerpo de Robustiano, juntó saliva en la boca, y escupiéndolo, dijo:

—Ni pa un chirlazo servís! pusch, chancho!

Y encaminándose lentamente hacia donde lo esperaba su caballería, desunió el cabestro, montó, y silbando un estilo, tomó el camino de su rancho, sin mirar tan siquiera una vez atrás, mientras la helada caía sobre el cuerpo de Robustiano, envolviéndolo en su blanco manto y los peones salían presurosos de los lugares en que habíanse escondido, precipitándose al sitio donde se desarrollara la sangrienta escena.

EX CONSENSU



EX CONSENSU

Para Guzmán Papini y Zas.

I

Siete años se han sucedido desde la época del comienzo de este relato, que por cierto no pueden igualarse á los siete de abundancia, ni á los siete de miseria que tocaron en lote al Egipto en tiempos de Faraón.

Ello significa una prueba de que, como la nave semi desarbolada en plena mar embravecida, he tratado de permanecer bordejeando bajo el mismo cielo, no tan felizmente que, el viento del desengaño, como el pampero á los más altos penachos del monte, se llevase girones de mi vida en forma de tristes ilusiones; no tan felizmente que, los brutales golpes de la lucha por la vida, desmenuzaran más de una pobre esperanza en el frío yunque de la realidad, y que el tiempo, capaz de abrir con su uña candente, hondas cañadas en un filón interminable de dura piedra, rayara mi frente la prematura arruga del hastío.

sin embargo, nada he hecho; pero en cambio,

mucho he soñado; mi vida se ha desenvuelto siguiendo siempre las caprichosas volutas de mi fantasía, rica en combinaciones y grande en ensueños color de rosa, con la sumisión del agua del caudaloso río; ella ha jugueteado, trepando por sus intangibles espirales, como la mariposa que agita sus alas sobre los perfumes de un pensil, — para despeñarse más de una vez, incauta como el insecto, arrastrada por esa fascinación que lleva en sí el ruido del mundo, — como quien ha subido mucho una montaña para admirar el panorama, y desde arriba, tratando de medir la altura de la acantilada roca, — cuyos cimientos se pierden en la oscuridad del abismo, — se siente atraído por el vértigo y cae en las fauces de aquella negra boca, que se complace en triturarlo.

Siete años han transcurrido, veloces como esas ráfagas cálidas del norte que, en vez de vivificar, queman la maya; hoy somos hombres, y por esto, alguien comprenderá la causa por la cual, siendo aún objeto de las dádivas de la juventud, que no piensa abandonarnos por el momento, sin que el pasado nos atemorice y la desilusión nos conturbe, volvemos los ojos atrás, y exhalando un suspiro, exclamemos en más de una ocasión: ¡quién pudiera destrozar el presente y hacer surgir de sus trizas aquellas horas de placidéz, que transcurrían ligeras, como palomas que cortan el aire sin aletear, sentados al lado de una modesta mesa de pino, en la que, frente á frente, animados por nuestras esperanzas, peregrinábamos, contentos y soñac res, por la extensísima planicie de nuestras venidei

victorias, sin que la más leve sombra viéramos dibujarse en los horizontes de nuestro porvenir risueño!...

Éramos estudiantes de segundo año de preparatorios, pichones de bachilleres; no diré que aprovechados en las materias impuestas por el Consejo Universitario para amasar abogados y médicos, escribanos y procuradores, pero sí en lo de revestirnos de una capa de truhanería que nos envidiara el chulo más *chulo* de Madrid, no dejando títere con cabeza y catedrático ó empleado sin mote, comenzando por el segundo bedel, á quien bautizáramos con el pedestre nombre de *Fideo;* hasta terminar por el último de todos, el bueno de *Tagliarini*, á los que promovíamos cada galimatías capaz de dejarlos sordos, y cada barullo, que aquella Universidad de la calle de Queguay debió sentir más de una vez trepidar sus paredes, amenazando un derrumbe: tales eran los sonados bochinches que nos inspiraban nuestros años, nuestra inexperiencia, nuestros caracteres y aquellos dos excelentes funcionarios.

Todo esto, apilándose de un lado, como un obstáculo, y por el otro, preocupándonos la *dragona* más de lo que pueda creerse á nuestros años; y luego, ciertas manifestaciones de falsa literatura que dimos en creer se producían en los repliegues de nuestro chirumen, de donde de repente brotaban ideas, como el infinito número de las chispas que saltan del ascuoso hierro sacado de la fragua, terminaron por sorbernos el último resto de los buenos propósitos estudiantiles....

íxime cuando nuestro excelente catedrático de gra-
itica Faustino S. Laso, se encargó de peinarnos las

alas, si así puede decirse, preparándonos definitivamente para el vuelo....

¡Hermosa primavera de la vida! — como dijo el poeta, — por qué no duras siempre?....

Un obispo, un bueno y obeso obispo, que retornaba, feliz, de la vieja Europa, en un espléndido vapor de la Mala Real Inglesa, que mi amigo Octavio hizo naufragar (con la pluma) en las traidoras piedras del Banco Inglés, condimentando el trascendental suceso con la sumersión absoluta del ministro del Señor en el seno de las semi-saladas aguas del Plata, — y la América,— que yo me encargara, ¡otro Colón! — de hacerla surgir en las encrespadas olas del Atlántico, envuelta en banderas españolas, — fueron los títulos que con el visto bueno del querido amigo Laso, nos pusieran en posesión de un pedazo del extenso campo de las letras... ¡Quién pudiera retornar á esa edad de encantadores sueños, dorados por los fuegos de la ilusión!

II

Una pequeña pieza, en la que apenas cabían cómodamente una cama, tres sillas, una mesa y una pequeña biblioteca, era nuestro *templo*. Allí nos reuníamos tarde á tarde, hiciese un calor canicular ó se abrieran todos los grifos del encapotado cielo, desparramando por la ciudad un aguacero diluviano.

Sobre la mesa, — y váyame perdonando el lector los recuerdos, — una rústica mesa de pino, con una mano de pintura colorante, adornada por un jaspeado de raspaduras y manchas de tinta, había diseminados: un tintero, dos ó tres lapiceras, un cuaderno en blanco, cuartillas sueltas, unos cuantos libros superpuestos; y en los ángulos de nuestro escritorio, un mango artístico de un roto paraguas modelando una calavera, perfecta hasta en los menores detalles, y una bala cónica, de cañón, de 12 milímetros, que nos servía de pesa-papel.

En la biblioteca, una completa colección de las obras de Víctor Hugo, en francés; cuadros sociales de Pereda, confundidos con las comedias de De la Vega; José Zorrilla al lado de Juan de Dios Peza; Acuña, el malogrado poeta mejicano, bajo un texto de Retórica y Poética; Magariños Cervantes y Figueroa, San Martín y Quevedo compartiendo amigablemente los estantes, con la gramática latina, con los textos de Bedoya y de Guilmin, con Duruy y la obra de Historia literaria de Samuel Blixén; monumentos poéticos, entreverados con un prosaísmo científico, lingüístico, histórico, filosófico, — mezclados en abigarrado desconcierto, amigos y enemigos, — cantos de amor y cantos de guerra; todo cuidado como joya de excesivo lujo y precio, durmiendo en aquellas tablas, hasta que el dueño, revolviendo con febril agitación, despertaba aquel conjunto, desparramando sus miembros por la cama, sillas, a y suelo, en busca de una cita ó de una fecha; . cantar como Hugo ó pensar como Spencer, fuen-

tes inspiradoras que de pronto hacían correr vertiginosamente la pluma sobre la nívea cara de un papel, que imprimía allí, en grandes letras de enérgicos rasgos, con galanura, con riqueza de imágenes, las armónicas estrofas de una poética *Barcarola* ó los sencillos, pero incontestables párrafos de un acertado paralelo entre César y Napoleón.

Aquel era el dormitorio, sala y estudio de Octavio, y á él, durante cuatro años, hasta que los sucesos nos separaron, creo no haber faltado en suma ni una semana.

Hoy, muy lejos estamos uno y otro, para volver á soñar lo que soñábamos en aquellas tardes; uno y otro, con algunos años más y algunas ilusiones menos; él, en el bullicio de la ciudad y cosechando aplausos; yo, en el silencio del campo, recogiendo el largo manto de mis recuerdos.

Un tercer compañero, que tenía el poder de suavizar nuestras discusiones en ciertos momentos de ardorosa argumentación, y en otros dar fuerza á los apotegmas, nos servía durante dos y tres horas, paciente en medio de las intemperancias, el mate dulce, que, con el cigarrillo «Ferriolo», hacía nuestras delicias.

Y allí, en aquel cuartito, pequeño para tantos proyectos que formábamos en nuestra fantasía; bajo para los monumentos de gloria que levantábamos, entre el humo del tabaco y el calor de las discusiones políticas; entre un apunte histórico arrancado á Cantú ó á Ducoudray, y la definición de un teorema algebraico; entre si el hombre descendió de Adán, como refiere

libro de los libros, ó viene directo del mono, como supone Darwin, y un pensamiento ó un epigrama escrito *currente calamo;* entre si el alma muere con la materia ó atraviesa más allá de la muerte, y una intriga para un cuento ó un plan para una poesía, sorteando por aquel verdadero Pandemónium de encontrados pensamientos, hablando con juvenil entusiasmo de nuestros intentos, de nuestros sueños y afanes de gloria y de renombre, hicimos lo que llamaré los primeros pininos; afilamos las armas para la lid, preparando nuestra mente para lanzar el rayo de la idea y recoger las impresiones del cinematógrafo humano.

Hoy, Octavio, con potente esfuerzo de titán, con talentosa facundia, con riqueza de armonías, con dulzuras de canto de ruiseñor, con sonrisas de amante enamorado, con rugidos de león y rumores de pampero, se ha impuesto á la masa, irguiéndose sobre ella como un corpulento ombú en el alto de la cuchilla; su númen poético ha deslumbrado, tiene sus admiradores, como un planeta sus satélites, y la justicia, rara ó tardía, cuando no póstuma para conceder el premio, le ha rendido un tributo, esculpiendo su nombre con relieves de oro, en la fachada del templo de las letras uruguayas.

III

Teníamos diez y siete años cuando ocurrió el suceso que relataré, y de esto ya hace seis; la edad quizás más hermosa de la existencia que vive con plétora de amores y de desintereses, sin duda porque presto nos empuja á lo real y positivo y nos abandona á nuestro propio esfuerzo; en la que se agitan en un confuso tropel miles de pensamientos surgidos en las fuentes de las más hermosas inspiraciones; con una sed insaciable de aventuras; en la que se observan desvaríos de niño y resoluciones de hombre; esa segunda década de la vida, imborrable en la memoria, en que no se pueden concebir aún los crueles é intensos sinsabores que fluyen de la estúpida realidad; durante la que sólo brotan de los labios, envueltas en la fe, frases de extremada confianza, y no se comprende por qué otros, están plegados en un fruncimiento de amargura, de tristeza ó de dolor.

Sentado Octavio en un lado de la mesa, y yo del otro, mientras un tercero y buen amigo se había encargado del mate, escribíamos una serie de pensamientos, que pensábamos remitir bajo seudónimo á la redacción de un diario.

Por mi parte hacía días que estaba impresionado por la belleza de una joven, de la que, en charla puebl diré: « que daba la hora en punto en el reloj de

corazón», habiéndose fijado de tal modo su imagen en mi mente, que su recuerdo persistía con insistencia, persiguiéndome por todas partes, con la intensidad del capricho é iguales proyecciones de la naciente pasión, que, cual la gramilla, que va ganando terreno poco á poco á medida que se abandonan los surcos á los elementos de la naturaleza, iba apoderándose de mi espíritu, así que más daba en preocuparme de ella.

Constante cazuelera de *Cibils* las noches de espectáculo; por su culpa, difícil era que hubiese podido dar un somero detalle de lo ocurrido en el palco-proscenio, pero si me hubieran preguntado en qué sitio se había colocado Delia, qué vestido traía, el número de veces que me mirara y cuántas inquietudes me causara el observar que dirigía la visual á otros, que mi imaginación tomaba como presuntos *dragones*, como quien repite un párrafo estudiado en mil y una ocasiones, hubiese satisfecho la curiosidad del interrogante.

Y aquella tarde, por supuesto que los *pensamientos* en cuestión, tenían que ver con la señora de mis entretelas.

Buscando, en los recónditos repliegues del cerebro, una frase altisonante que *cuadrase*, — poética en la forma, justa en el fondo; que tuviera en mi sentir perfumes de flores, suavidades de brisa, cadencias de música ideal, donde se supusiesen suspiros, se trasluciera admiración, se comprendiese sentimiento, que fuese imán, ya que no aguda flecha que hiriese aquel co-
ón femenino, como quien diría la trampa para
er atrapar su cariño, — levanté el rostro y por ca-

sualidad fijé mi vista en las cuartillas que ante sí tenía mi amigo Octavio.

« Á Delia... » — leí que era el epígrafe puesto á sus pensamientos, y aquel título, como es de suponer, inquietóme con un presentimiento de congoja y de incertidumbre que no me pude explicar.

— Has terminado, Eugenio? — preguntóme Octavio, — ó quieres plagiarme?

— Nada de eso, — respondí; — pero me ha extrañado una cosa, y es que tú dedicas esa composición á *una* que lleva el mismo nombre de joven á quien he pensado dedicar lo que he hecho....

— Á ver? — díjome Octavio; y pasándome su cuartilla escrita, recogió la mía.

No me es fiel la memoria para consignar literalmente lo que una y otra decían; pero recuerdo que ALGO escribimos; algo de bella inspiración creada en un instante de *spleen* por la mente soñadora que pensaba en un ángel con alma de demonio, de negros ojos, como obscura noche de invierno, que ofrecían los arrobadores encantos de una contemplación divina, á la vez que recordaban las lobregueces de un abismo á donde podrían rodar fácilmente las ilusiones que inspirasen, — y cosas así, fabricadas en idéntico molde y calcadas en parecido patrón.

— Y quién es tu Delia? — indagó Octavio.

Y comencé á referirle el cuento.

Habíala conocido en el teatro, foco de mil cursilerías, génesis de cientos de dragoneos, noviazgos, ca mientos, rupturas y *divorcios*, — y orgulloso de

conquista y avaro de ese mismo orgullo, — á nadie había querido dar cuenta de la *bolada;* bien que en ello primaban dos circunstancias que sujetaron las expansiones del caso: que era muy hermosa en el físico la Delia del cuento, y el mucho temor que tenía á los efectos de una burla,—pues los rumores que á su respecto corrían, no eran nada halagadores ni estimulantes para el que, como yo, se había propuesto festejarla, — arguyéndose que era la personificación de la coquetería.

Cedí á Delia todas las riquezas que pude sustraer á mi fantasía; pinté mi amor sublimemente apasionado, profundo, dispuesto al sacrificio, é imaginé el de ella, acercándome en lo posible al grado de verdad y al de las relaciones *ópticas* y *plásticas*..., según las miradas y según las posturas....

Más no podía añadir, puesto que de ahí aun no se había pasado; pero de que me *correspondía,* sobrábanme pruebas en sus repetidas vueltas de rostro para mirarme fijamente; en sus diversas manifestaciones en la cazuela; en el balcón de su casa, cuando estacionábame como un guardacantón en la esquina; en los seguimientos que hacía, como un falderillo, cuando ella salía á pasear.

Todo eso, que asomaba como la aurora, no podía ser el augurio de un eterno día de felicidad amorosa?

Observé que los labios de Octavio tentaban una sonrisa que tomé como de incredulidad y aquella poca fe mis creencias no me supo bien. Se me atragana.

— Un plazo, un plazo no más, y has de ver tú qué novia he encontrado en la senda de la vida, esparramando encantos é indefinibles dulzuras, verdadera musa que ha de inspirarme!... y partiendo así, seguramente que hubiese seguido bordando todo un poema, un idilio con ribetes de ideal, si Octavio, con una calma sui géneris, y una felonía de gato, con cuatro palabras no derramara como un balde de agua helada sobre mi cabeza, calmando en absoluto mi ardor:

— Delia es dragona mía, — díjome.

IV

Dos horas más tarde, previamente combinados, pasé, como acostumbraba, frente á la casa de nuestra común Dulcinea. Octavio quedaba aguardándome en la esquina, esperando el resultado de la prueba.

Como lo adivinaba, Delia, entreabriendo las celosías de la ventana, salió al balcón, inclinándose en la baranda y siguiendo todas mis evoluciones de festejante.

Tentado estaba por darle las espaldas, que significa un *desprecio* en nuestra jerga, pero una leve esperanza que brillaba en mi *enlutado* corazón, no daba tiempo á que el despecho afilase sus uñas. Si Delia no se hubiera presentado en el balcón, la carga de mis incertidumbres, pesando sobre los sueños que aquélla había inspirado, los hubiera hecho rodar cuesta ab

con suma facilidad, disipándose como la polvareda en el ambiente; pero había hecho lo contrario, y allí la tenía, en un ángulo de la balaustrada de hierro, envolviéndome en sus miradas, sin moverse, semi sonriente; enviándome en cada visual una oleada de promesas, estableciendo una corriente de sensaciones tales, que poco á poco iba echando al olvido las dudas surgidas en aquel cambio de confidencias con Octavio; con la alegría del labrador que ha creído perdida la cosecha, viéndola bajo una sábana de agua,—y que observa con creciente gozo descorrer el espeso telón de grises nubes que aún amenazan continuar desparramando sus furias,—á favor de los rayos de un sol estival, que hará brotar con vigor las tiernas plantas, calmando sus inquietudes y prometiéndole el fruto de sus afanes.

Qué interés tenía Delia en defraudar las esperanzas, que ella misma, con el riego de sus miradas y el calor de sus sonrisas, hiciera germinar en mi enamorado pecho?

No podía ser tal!; ella me quería!

Pero el rostro de Octavio, asomando tras la esquina, como una nueva cabeza de Medusa, desvaneció repentinamente los celajes de rosa que iban coloreando las extremidades de las sombras esparcidas en el cielo de mi amor; todo volvió á su primitiva obscuridad, y arrebatándome con pena de aquel ensueño que amenazaba sustraerme de lo prometido, convirtiéndome en un traidor, paso tras paso, pidiendo á la *ingrata* una *ueba* de firmeza, enviándole una postrer mirada que ondía una súplica, torné al lado de mi amigo Octa- . . . creyéndome vencedor.

Con un piélago de protestas y de recriminaciones, brotando del manantial del despecho, donde fácilmente pudiera haberse ahogado de un sofocón la señora de nuestros pensamientos; con una andanada de rayos, mordaces é irónicos y peores que los de Roetgen, que dejaban observar hasta la última fibra de aquel ser que se burlaba de nosotros, descarnada por los más filosos conceptos, esperábame nervioso mi contendor.

Pasados breves instantes, Octavio efectuaba idéntica operación á la que yo había llevado á cabo, y las mismas manifestaciones que Delia me había hecho, demostróle también á mi amigo, mientras que yo, maldiciendo la mala hora en que me preocupara el asunto, observaba desde la atalaya de la esquina, que ocultábame á la curiosidad de la joven.

Aquella veleidad exigía una inmediata reparación; aquel descaro inaudito merecía un severo castigo; la verdad descargando sobre nosotros su pesada mano, nos coloreó los rostros y nos hizo erguir con soberbia; el eslabón de nuestros temores y angustias chocando contra el pedernal de la burla, hizo brotar chispas de indignación, y todos aquellos anuncios de días serenos, de ternezas, de voluptuosidades, que nos prometíamos uno y otro de aquel *palpite*, á quien nuestra ciega imaginación transformara poco menos que en un ángel, trocáronse instantáneamente, abortando un verdadero desprecio, en cierta dosis de aversión, en medio de la que brincaba el diablillo de la venganza.

No bien Octavio volvió á mi lado, tomándonos del brazo, en fraternal bullanga, volvimos á p

frente al balcón de la casa de Delia, donde estaba ella mirándonos venir, con asombrados ojos y actitud sorprendida, y al enfrentar, dos sonoras carcajadas estallaron, llegando hasta ella, y sus últimos ecos fueron á confundirse con el fuerte y seco ruido que producen las hojas de una puerta que se cierra por un violento empuje...

Las primeras horas de la mañana siguiente, permitieron observar que, del balcón de la casa de Delia, colgaba (y perdónenos el lector) una *salchicha* de tres ó cuatro metros de largo, comprada expresamente la noche anterior en una carnicería....; y atada con un cordel al llamador de la puerta de calle, una soberbia *butifarra*.

Así terminó nuestra aventura amorosa.

POSTDATA

POSTDATA

Para mi amigo Alfredo Boutón y Doubois.

I

Si no te es infiel la memoria, recordarás sin duda á Ernesto, aquel bueno y leal amigo que fué partícipe de nuestros juegos infantiles, allende los años en que el árbol de la vida recién comenzaba á retoñar, y los velocípedos, las carreras á pie, el *rescate*, la *mancha*, el trompo, la bolita, el *rango* ó la *primera sin tocar*, el *chacarri*, el *patrón de la vereda* y cientos de diversiones que inventa la mente bullanguera del pilluelo, eran las preocupaciones más serias que robaban nuestro tiempo; amenizadas de cuando en cuando con alguna sonada guerrilla de piedras, con que retábamos en descomunal batalla á los campeones del barrio de *Pichín*, teniendo como jefes á A... y á Ernesto, y en las que á las veces, tirios y troyanos, olvidándose de la ofensa inferida, aliábanse para rechazar las cargas del sable poli-[illegible], que no podía observar con pasividad aquel com-[illegible], que ponía en peligro las cabezas de los transeuntes [illegible] nuestras y cuanto vidrio de puerta ó ventana hu-

biera en la calle que habíamos elegido como campo de Agramante.

De repente desapareció de nuestro lado, y no volvimos á saber más de él hasta largo lapso de tiempo, en que tornó al seno de sus antiguos amigos, ya todos mozos y como quien diría, en *estado de merecer;* con la pureza de su corazón de antaño, idénticos sueños; con las mismas ideas revolucionarias que amamantara antes; con iguales alegrías, sin haber perdido un ápice de su franqueza y de su espíritu de bullicio, hasta aquel día, desde el cual siempre le vimos con tristezas repentinas, cuya causa no podía ó no quería explicar; semejante al lirio que va agostando sus colores, al oasis que se seca en las abrasadas arenas del desierto; notablemente cambiado, como si un *simún* de crueles desengaños le hubiera arrebatado de golpe todas sus esperanzas, derrumbándole los castillos que en el campo de su imaginación levantara su intuitiva; extrañándonos con sus entusiasmos repentinos y casi ilógicos, ó con sus sensibles decaimientos incomprensibles en su edad; presentándosenos voluble en su modo de pensar, inconstante en sus empresas, que abandonaba repentinamente y sin causas justificadas, como cansado viajero en la mitad de la jornada; ideando mil proyectos que no realizaba, hablando en ocasiones con increíble escepticismo y en otras con la fe avasalladora del creyente, — circunstancias por las que mereció de todos nosotros el epíteto de loco.

Y debes recordar también que Ernesto, cuando alguna de sus peroratas las tildábamos de monomanías

dejaba vagar una triste sonrisa en sus labios, sus ojos tomaban una expresión extraña, y después de pronunciar estas palabras: «¡Ojalá tuvieran razón y fuera loco!» —se encerraba en un mutismo del que no podíamos arrancar más que uno ú otro monosílabo.

Fuí yo el amigo que recogió su postrera confidencia, —mejor dicho, la explicación de su casi enojosa conducta en los dos últimos años,— en una triste noche, fría, como que era la del más crudo invierno que conocíamos en la vida; tendidos bajo un grueso poncho patrio, junto á un fogón cuyas brasas luchaban inútilmente con los blancos copos de la helada que caía sin cesar, con dos rémingtons á nuestro lado, acurrucados sobre cojinillos y apoyadas las cabezas en los bastos de nuestros recados. Ernesto sintió el presentimiento de su muerte y no quiso llevar al seno de la tierra el secreto de su transformación.

—Anoche, Pablo, he tenido un extraño sueño, y no sé por qué, todo el día de hoy he pensado que en el primer combate que haya, dejaré de existir. Primero, te contaré lo soñado, y después, después escucharás una triste historia, —díjome Ernesto, y acto continuo dió comienzo á su narración:

—Fígurate que soñé que había penetrado en las lobregueces de mi alma; que erraba por sus galerías, — tan negras como los ojos de ciertas criollas ó más negras aún,—y de las que se escapaban bocanadas de un viento tan frío, que, más que aire, parecían ser filosas é in-...sibles navajas que cortaban mis carnes, tales eran ...efectos que producían en mi tembloroso cuerpo, sin

saber cuándo, por qué y de qué modo pude entrar en ella, ni tampoco explicarme de dónde podía haber adquirido la seguridad de que aquellos antros que visitaba eran los de mi alma. El caso es que tenía conciencia de que era así, pues hice investigaciones, que voy á explicar.

Según colegí, era ancha y espaciosa, semejante á una de esas cavernas misteriosas cuyo relato se nos hace en los cuentos fantásticos; la oscuridad era espantosa y el silencio aterrador; el ambiente húmedo y frío, como debe serlo dentro del sepulcro por muchos años cerrado; sentíase en ella un olor acre que oprimía el pecho y fatigaba la respiración: silencio, humedad y olor de muerte, era lo que parecía reinar en aquella espaciosa caverna.

Los tacos de mis botas sonaban sobre la dura piedra, produciendo el mismo ruido sonoro y prolongado del cañonazo con bala, que parece se va despeñando por la atmósfera, con el cortejo de un sinnúmero de zumbidos particulares, y hasta que mi vista no se acostumbró á la oscuridad, pudiendo apreciar los objetos perceptiblemente, no ví que pendían en el vacío unas largas tiras, — que supuse fueran las fibras del alma,— como esas lianas secas, rugosas y parduscas que cuelgan de los árboles y se desmenuzan en el aire al simple contacto, regando el suelo de sucia ceniza, y de las cuales cayeron dos ó tres, al roce de mi cuerpo, sin ruidos, disueltas en miles de moléculas, como paja carbonizada.

Grandes masas níveas encontraba de vez en cuan

unas, elevándose en el suelo; otras, pendientes de la bóveda, semejando estalactitas y estalagmitas. Sin duda son lágrimas petrificadas, me dije al ver las primeras, que como túmulos de hielo ó como colgajos de vidrio blanco, las veía esparcidas en infinita cantidad á mi alrededor.

En la marcha, comencé á sentir un murmullo, como de agua que corre en encajonado cauce, que á medida que avanzaba iba aumentando en rumor, hasta que al fin observé que salía un arroyo de una galería, á la que penetré saltando sobre las piedras. Allí pude notar que el agua surgía de un agujero de la pared, en la que sonaba un ruido especial, como el producido por dos martillos que caen acompasadamente sobre el yunque. Presté atención y caí en la cuenta de que muy bien aquélla podría ser la fuente del dolor,—pues al probar las aguas, las noté espesas y de un sabor salitroso,—y del otro lado de la roca, tener el corazón su taller y laboratorio.

De pronto, en una vuelta, penetré de lleno en una región de fortísimo calor que me hizo retroceder. Miré de lejos la boca de la galería por donde parecían escapar rayos de fuego, y ví culebreando en el aire, miles de llamas de distintos colores, que se revolvían como un enjambre de víboras y chirriaban cual si fuesen ramas verdes que echaran en el fogón y como si librasen entre sí una batalla. Distintamente, como en la cueva del arroyo, escuché los golpes de los marti- s sobre el yunque. El corazón trabajaba, y aquello ía, sin duda, el crisol donde se fundían los senti- ntos.

Iba á seguir por aquel lado, donde el resplandor del fuego me mostraba cientos de bocas que escudriñar, cuando á mi derecha percibí los acordes de una música tan tenue como lejana, pareciéndome que sonaba en una cueva de la que escapábase una lista de luz plateada, cual si la luna dejara huir, por su boca, uno de sus muchos reflejos.

Me dirigí hacia ella, notando que, de pronto, á la dureza del terreno sustituía una blandura extraordinaria. El pálido destello que brotaba de la cueva, permitióme notar que hundía mis pies en cenizas, camino que desde allí mismo partía.

Tuve que agacharme para penetrar por la abertura y me encontré, después de arrastrarme casi por un angosto conducto, en una especie de rotunda, en la que se esparcían las notas de una música leve, tan leve como la brisa cuando tañe en el ramaje; donde, en medio de un ambiente saturado de un humo ralísimo, con perfumes de incienso, experimenté una inmensa satisfacción, que hizo elevar mi pecho en un suspiro intenso que parecía arrancado de lo más profundo de mi ser.

Recorrí con la mirada todo en redor, observando altos montones de cenizas, y altares donde se elevaban imágenes destruídas por el tiempo, que fuí reconociendo como de las mujeres que había querido.... De repente me fijé en una, de pálido semblante, de ojos semi-obscuros, como esas noches serenas de primavera, y caí á sus pies, arrodillado, contemplándola éxtasis.

No sé lo que duraría mi adoración; cuando volví en mí, mis sienes latían agitadamente, dos lágrimas habían corrido de mis ojos, el humo se había espesado y la imagen perdídose tras el telón de su niebla.

Me levanté, tratando de avanzar, pero una peña lo impidió; quise retroceder, é igual obstáculo encontré, y con espantoso descubrimiento, me dí cuenta de que las paredes avanzaban hacia mí; pronto las abruptas rocas me rozaron, fueron estrechando paulatinamente mi cuerpo, como los anillos de la serpiente á la presa; sintiéronse choques y chasquidos de miembros triturados, y luego, un ruido terrible, como el de una mina que estalla.

Me desperté, bañada la frente en sudor.

II

Ernesto deseaba aparecer ante sus amigos como no era, como no podía ser, y durante cierto tiempo mostróse cual nunca lo habíamos conocido. Pero aquellas manifestaciones de entusiasmo repentino, la indiferencia que demostraba en determinados casos, su locuacidad preñada de esperanzas en ciertos momentos, seguidas por los escepticismos y las dudas que, en otros, le despertaban el presente y el mañana; su sarcasmo y flojedad; sus energías prontas y *vizcaínas*, nbatiendo sus inconstancias, — todo aquel piélago ideas y resoluciones inadmisibles en un carácter

que no fuera el de él, no eran más que el tejido de un papuz que Ernesto anteponía á las tempestades de su alma. Quería engañarse y engañar. Eso era todo.

Era un ser que sufría íntimamente y á nadie quería dar cuenta de sus sufrimientos, porque entendía que un consejo no es bálsamo y el consuelo no llega nunca á ser esperanza. Y eso era lo que Ernesto necesitaba: una esperanza y un bálsamo. Todo lo demás érale indiferente; fuera de ello, su espíritu, como algo inerte y maleable, se acomodaba como un patrón, en todas las manifestaciones de la vida, y en ellas estaba, cual si fuese una planta exótica. Se dejaba arrastrar por los sucesos, como la hoja caída del árbol se deja conducir por la corriente de agua; con la indolencia con que se hamacan las flores en las calurosas horas de la siesta; despertando á las veces en una discusión en que se entriscaba en una interminable sucesión de ideas, ó en un paseo ó fiesta, en que hacía galas de su olvidado bullicio, donde las alegrías de su antiguo carácter renacían como el Fénix de la historia, con harta extrañeza de sus compañeros, que recurrían á esta frase para explicárselas: «hoy está loco».

Ernesto, de la noche á la mañana, con esa facilidad de la natura que en pocas horas, tras de un tiempo apacible y hermoso, nos presenta una violenta borrasca, había visto desvanecidas todas sus esperanzas, nacidas como los celajes de una alborada del mes de Octubre en los horizontes purísimos de un cielo claro, con idéntica presteza que se desmoronan las montaña arena del Sahara al terrible soplo del *simún;* y

lo mismo, quería embriagarse en el bullicio, enloquecerse en los placeres; corría tras de recursos que mantuvieran inquieta su imaginación, buscaba medios de mantenerla vivamente agitada, á fin de aturdirse, — ya que en la soledad de su cuarto tenía que luchar contra las penas que embargaban su espíritu, espantando los recuerdos de tristeza, que semejante al cuervo moribundo, extendía sus negras alas en aquel ambiente, donde un libro, un cuadro, el tintero ó los sueltos papeles estirados en su mesa de labor, le traían á la mente memorias de alegrías, perdidas irremisiblemente para siempre.

Y no era raro verlo, en medio de la orgía, rodeado de amigos semi beodos, de mujeres provocativas, incitantes, con el vicio marcado en las violáceas manchas que formaban marco á sus abrillantados ojos que lanzaban miradas lascivas, sedientas de placeres, de febriles labios, donde mil otros habían sellado los más impuros besos, serio y triste, como hastiado de todos aquellos goces materiales; como si el alma desprendida de su cuerpo vagara muy lejos de allí; paseando su mirada sobre todos y sin fijarla en ninguno, como si buscase más allá, algo nuevo que agregar á la lista de aquellas satisfacciones carnales; en medio de una ardorosa discusión, en la que había sido una de las partes más fogosas, enmudecer repentinamente, rehuirse á proseguir el ataque ó la defensa, como si estuviera convencido de lo contrario que sos-
'a ó de la inutilidad de sus esfuerzos, para no inter-
ir más; en el teatro, donde de repente distraía su

atención del espectáculo, para dirigir su visual á un objeto indefinido, que él sólo pudiese ver, como aburrido de lo que se desarrollaba en la escena; en la imprenta, en la que á las veces quedábase quieto en la silla, echando la cabeza en el respaldar, frente á la mesa donde escribía, pareciendo mirar al techo, sin mover un solo músculo, sin cambiar de posición á la entrada de sus compañeros, y así durante largo rato, hasta que se levantaba impaciente, echando á caminar como para ahuyentar alguna preocupación,—y era que Ernesto, en la orgía y en el teatro, en el café y en la imprenta, donde quiera que se hallase, en todos momentos y por sobre todo, entreveía un pálido semblante, que le sonreía melancólicamente.

Ernesto había amado y amaba aún, sin que á nadie hubiese hecho confidente de su pasión.

La conocía desde niña, y desde niña la quiso, dedicándole un sentimiento templado en la más dulce de las amistades, que fué aumentándose como la distancia de una fecha, á medida que pasaba el tiempo; experimentando por ella todas las faces del verdadero amor, así que traspuso los umbrales de la niñez y vió extendida ante su vista, la extensa área del campo de su juventud.

La amó en silencio en un principio; su imagen, aquel rostro pálido, de ojos semi-obscuros como esas noches serenas de primavera, coronados por un dosel de pestañas y cejas de aterciopelado castaño; de fresco cutis, donde el rocío se entretenía en besar con... mente los colores, que la flor del socará y del ...

habían diluído en él; de labios purpurinos, que simulaban un broche de dos pétalos de una flor de ceibo, flotaba en sus ardientes sueños, como flota la mariposa en los verjeles, dejando allí donde se posa, una partícula del abrillantado de sus alas; contemplábalo en las claras ondas del sonoro arroyo, donde escuchaba su nombre modulado por el murmurio, y, cuántas veces de tarde, cuando los horizontes se van tiñendo de fuego y los pájaros tornan á lo umbrío del monte á buscar reposo, llenando el ambiente con miles de cantos distintos; en esas horas en que todo convida á pensar, los suspiros que exhalaba pasarían haciendo temblar las flores que ella eligiera para engalanar las espirales de su cabellera castaña, dejando caer un beso, que, voluptuoso, se escondía en sus corolas; cuántas veces, los recuerdos que le inspiraba, aletearían enfrente de su ventana, como sonrisas cuyas alas quisieran rozar su tersa frente con el suave calor de la primera luz del día!....

Más tarde confió á la pluma sus congojas y sus anhelos, y allá, entre las cuatro paredes de su cuarto, las cuerdas de la polvorosa lira vibraron temblorosas, como con rubores de niña púdica, tañendo con una dulce melancolía sus pesares y sus deseos; — el poeta tradujo en sus finos acordes de rítmicas cadencias, ese lenguaje misterioso é infinito que la inspiración ha modelado con la aroma de la flora, con el frescor de la aperlada gota de la helada, con las bellezas y los colo- e la aurora y suavidades de céfiro en la fantasía, le como la hoja del caicobé, á la que agosta el

más leve rayo de sol y se repliega estremecida á la sensible ondulación del aura.

Entonces su pensamiento vagaba en la distancia con la pureza del agua cristalina de una fuente, extasiándose en recordar aquella imagen querida, seme jando una aureola de polvo de oro, de donde resaltaba, como las facciones de la Inmaculada en un disco de luz, su rostro pálido, de ojos semi-obscuros como una de esas noches serenas de primavera....

Todas las tardes iba á contemplarla, y allí, en una muda adoración, pasaba las horas frente á su balcón, donde unas veces ella se apoyaba en la balaustrada y otras, tras los vidrios de la ventana; ó la sentía oculta por las celosías de la persiana; recogiendo con avaricia sus miradas y considerándose feliz y excesivamente pagado de sus infinitas incertidumbres sólo con eso.

Aquel amor hacía fuerte á Ernesto; llenaba la medida de su ambición y estimulábale con nuevos vigores que encontraba en cada una de las pequeñas manifestaciones de cariño que ella le brindaba, como regala su aroma la flor al seno que la cobija. Conceptuábase un titán, y los esfuerzos que verificaba para arrancarse de la penumbra, los proyectos que ideaba, la lucha sin tregua en que se empeñara para conquistarse un puesto que le alzase en la masa, los triunfos á que aspiraba, el nombre que perseguía con incansable afán, todo corría á resumirse, como las agu[illegible]e una vertiente, en un solo sentimiento: por mi a[illegible] y para mi amor....

Recoger los laureles que conquistase en sus victorias, los que enlazados á su nombre haría rodar á sus pies, para decirle: te amo; todo esto que he ido adquiriendo con lágrimas y sonrisas, obra de mis derrotas y de mis triunfos, te pertenece, y quiero saber si me he hecho digno de tu cariño....

Hablarla, — eso era lo que quería, — y la sola vez que pudo hacerlo, la sola vez que deslizó en sus oídos una declaración de amor, fué para que sus ilusiones se agigantaran, como acrece la luz cuando el sol resurge tras los rojos celajes de las nubes, al soplo de las promesas que salieron de aquellos labios, imaginándole la aurora que al teñir horizontes claros y prístinos, fuese derramando haces de rosácea luz en un cielo que bien pudiera ser de eterna y purísima nitidez.

III

La felicidad dura poco en casa del pobre, y ella derramó sus deliciosos néctares en el corazón de Ernesto, como si sólo hubiera querido darle una idea de su poder en las andanzas de la vida. Duró el tiempo que el pampero « sucio » nos deja para apreciar la belleza del firmamento, mientras va descorriendo por su azul, las plomizas nubes de un amenazante nublado.

No sé quién, nunca lo supo Ernesto, pero sin duda quiera de esos seres egoístas que nacen como raros arbustos entre la flora humana; un malvado

de esos que, como el áspid, arrastran su asqueroso vientre por el suelo y muerden traidoramente; un envidioso, de los que está lleno el mundo, y no pueden observar la dicha á su lado sin rozarla con su baba inmunda; espíritus brutales que se aglomeran en la sociedad como los hongos en pantanoso terreno, averiguó los amores de Ernesto, y arrastrado en la estrechez de sus ideas por un sentimiento de venganza ó persiguiendo un rato de solaz, se encargó de desvanecer aquel ensueño, perjudicando al joven con unas cartas dirigidas á ella y á miembros de su familia, en las que se daba á simular que fueran escritas por Ernesto,—y por cierto que el miserable que las hizo, se despachó bien y pudo gozar de las proyecciones de su mezquina obra!

Y no faltó también uno que, acaso la misma persona de las cartas, insinuase la perversa idea de que Ernesto era muy joven... ¡como si el amor no pudiera brindar sus exquisiteces sino á los viejos!—un escritorzuelo cualquiera, incapaz de una seriedad; infeliz trasnochador, calavera, sin bienes de fortuna, y acaso sin porvenir, porque era un perdido!... y ante tal cúmulo de mentiras, ante tal obstáculo de infamias calumniosas, la familia de la joven tomó las medidas del caso y comenzó á luchar contra aquel cariño de tan negras facetas que amenazaba su felicidad.

Ernesto todo lo supo, y apuró aquella copa de acíbar, con el mismo silencio que había apurado la [illegible] felicidad, y *ella*, combatida en todo tiempo y d[illegible] modos, quizás dando crédito á lo que á sus in[illegible]

oídos llegaba, derramando lágrimas de verdadera rabia, fué abandonándose lentamente á la decepción, sumiendo á Ernesto, que en vano bregaba, en un mar de tristeza, desesperándose al observar que aquel amor que había tenido las grandezas de un día estival, moría, como fenece una de esas tristes tardes del inclemente invierno.

Luchaba efímeramente, casi con rudeza salvaje; escribía incesantemente, espolvoreando en cada uno de sus escritos un pedazo de su alma atribulada; no podía creer en tanta perversidad, no quería convencerse de la fuerza brutal que tienen los golpes de la infausta suerte, hasta que al fin se dió por vencido, comprendiendo que sus esfuerzos rotaban en el vacío; que sus intentos chocaban contra lo duro de acantilada roca; que sus ilusiones y sus esperanzas se perdían en el infinito, como el perfume de tantas flores, que los cascos de los caballos aplastan entre la gramilla que las encubre.

Ella tentó un rompimiento; *ella* quiso buscar un olvido, y una noche pasó á su lado sin contestar su saludo, sin mirarle tan siquiera.

Desde ese día, Ernesto fué otro. Decepcionado, hizo desprecio de todo; despechado, quiso huir de aquella imagen que le perseguía; pretendió destrozarla en los turbiones de su alma, pero como la palma que levanta su abanico de hojas más orgullosa aún á cada embate del pampero, *ella* surgía más soberana, más poderosa, ·tiéndose más altiva; viéndola en todas partes, ɔ al vidrio, que al hacerlo mil añicos contra el suelo, todos lados se le mira brillar.

Tentó mil locuras; nos extrañó á todos los amigos, y terminó por abandonarnos, arrastrado por la ola de la revolución del 97. En las filas de aquel ejército, lo encontré, triste siempre, el primero en los combates y el último en salir de ellos, haciendo lujo de una indiferencia que helaba la sangre, como quien está acostumbrado con la muerte, ó parece buscarla como á una amiga cariñosa que ha de calmar por fin todos los dolores del cuerpo y del espíritu.

Y esa noche en que me contó su historia, presumió que la tenía cerca, y al terminarla lo hizo con estas palabras:

—Quiero, Pablo, que si vuelves allá donde tengo el presentimiento de no tornar jamás; donde mi espíritu sólo podrá estar con ustedes, — si es cierto que el alma no muere y se desprende de la materia, — destilando gotas de amargura que ustedes no verán; — quiero, te repito, que le digas que sólo he muerto por ella, y que para ella ha sido mi postrer pensamiento; que si por mi culpa alguna vez derramó lágrimas de dolor, que me perdone, sólo sea en holocausto del inmenso cariño que le brindé...............................

....

Á la mañana siguiente, Ernesto, al mando de su guerrilla, montado imprudentemente en un caballo, recibía un balazo en su noble pecho, regando con su generosa sangre las abruptas sierras de *Aceguá,* que abrieron su vientre para recibir aquel cuerpo joven, que desaparecía para siempre entre su rojo pedregu

Y cuando sobre sus pálidas manos cruzadas, fu

colocar una botella que contenía un papel escrito con su nombre y la fecha de su muerte, noté que sus labios esbozaban una sonrisa: sin duda en el último momento de su vida, en el postrer estertor de su agonía había entrevisto aquel rostro pálido, de ojos semiobscuros, como esas noches serenas de primavera, que se inclinaba para imprimir en ellos, un beso de eterna despedida.................................

....

Ese era el misterio de Ernesto.

Preveo que tú vas á responderme:

—«Pero esa historia no es verdad y sí una sombra de *El tiesto de rosas,* de Dicenta.»

Mas, si es cierto que ahí me he inspirado, como el laureado autor de *Juan José* interrogaba también, yo, á mi vez, he de preguntarte:

Pero, ¿no es verdad que podría serlo?

MISTERIO!

MISTERIO!

I

Todos, «por puro lujo», tenemos un ápice más ó menos pronunciado de escepticismo. A qué negarlo, si ello nos parece un aderezo más, que hermosea nuestra idiosincrasia? *E pur si muove*, se atrevió á manifestar Galileo contra las aseveraciones bíblicas, y más que la esfera terráquea, su doliente humanidad, decimos nosotros, que no es afirmar cosa nueva, más hoy, que no hay temor á las parrillas.

A los veinte años, la primavera de la vida hace una centuria, y en las últimas convulsiones del siglo de las luces, son muchos los que tan prematuramente comienzan á «pintar» canas, á las que una vez transpuestos los umbrales de la edad rosada, se *pintan*, contraste lógico y natural que emana sin esfuerzos del grado de progreso y de civilización á que ha alcanzado la sociedad... Por eso, en apartados países donde aún el ambiente no ha sido saturado con el hálito *civilizador* que respiramos en estas regiones, el

duelo en la familia se significa con una investidura blanca. Por acá, tiene que ser negra...

Nuestros abuelos vivían en Babia, aunque no por eso habitemos nosotros Jauja. Estamos situados en un término medio,—como el ahorcado... entre el cielo y la tierra, con la soga al cuello y tanteando con la punta de los pies una alfombra de flores.

En la época del miriñaque y del furor por el *gato*, Fausto se salvó por las gavias de ser achicharrado en una pira inquisitorial. Cierto es que en su trasmutación intervino Luzbel; hoy no habría que recurrir á tamaña aventura. El arte ha desalojado al espíritu maligno de sus posiciones olientes á azufre, y se encarga de transformar al que anhela repetir el caso del enamorado de Margarita. Hoy hay muchos Faustos, é innumerable cantidad de Margaritas... rojas, blancas y violetas que esmaltan el verde gramillal de nuestras hermosas cuchillas...

Pero vamos al grano, pues la paja se la lleva el viento,—que en las horas de la «yerra» debemos ser parcos en «floreos».—El escepticismo, la presunción, el amor propio excesivo que hace pensar y decir *naides ha de pisar ande yo pise*, y mil zarandajas por el estilo, con las que el destino nos echa á peregrinar por los caminos y sendas de la existencia, son otras tantas hojas de higuera mal colocadas, que hasta el quinto lustro, salvo error ú omisión, como dicen ciertas cuentas comerciales, nos acompañan en las volteretas de la suerte y de la desgracia; gajes tan famélic de nuestro diezmo, como afectas son las sanguijuel

á la sangre. Y hete que de aquí en adelante, preciso es matricularse en buena escuela y comulgar en muy sana doctrina, para que las hojas de higuera se arruguen, se sequen y se desprendan, ó como es mejor, para desterrar por siempre aquellos resabios juveniles, en la forma en que debe ararse un campo; esto es, dando vuelta á los terrones para que la gramilla se pudra por entero.

Después, tras de la borrasca, es infalible que se sucede cierto estado de agitación en las aguas que preparará el imperio de la bonanza, poniendo al mar como « un plato », — sólo resta el escepticismo hasta el día del amor, — el sol de la vida, — del mismo modo que luego de una regular helada y de una espesa cerrazón, quedan los vapores acuosos suspendidos de los cerros y rozando la tierra, cual humo desprendido de un cañaveral incendiado ó blanquizco tul deshilachado que se desprendiera del cielo, hasta que el astro rey, que todo descorre y vivifica, se encarga de recogerlo á las regiones etéreas.

II

Por lo mismo que marcho con la época ó con los adelantos del siglo que va dando los postreros « refucileos » ó ellos me pasan por encima dejándome lo ɔr, lo mismo que la creciente, que en su hinchada alancha córrese por arriba de todo, depositando

sobre el yuyal un lecho de «resaca» y barro, — padezco de todas sus enfermedades y vicios, y he sido y soy un tanto escéptico..., ateo según algunos, y, excepción hecha del Hacedor, raros eran y son los casos en que creo de cosas que no veo y de sucesos dentro de un límite sobrenatural, que no se desarrollen ó «caigan» en el radio de mi percepción.

Paréceme escuchar la voz de un buen católico, que dice, parodiando al gran Espronceda: que haya un tontuelo más, qué importa al mundo?

Y tal como si lo oyera, contesto: — Chito, chito, — amado lector religioso, «que el que se enoja no moja, ni fuma cigarro de hoja». *Piano, piano, si va lontano,* comienzo á creer. A las casas, se las empieza á edificar por los cimientos y no se obtiene harina si no se muele trigo....

Creo, y no te rías antes de tiempo, — en la *vencedura*... y esto ya es mucho para empezar á creer.

Había leído á Blixén, pero ¡qué diablos!, no le dí fe. Perdóneme el talentoso autor de *Estudios literarios contemporáneos.*

Es delito no creer?... Pues bien, tenía tan pocas apariencias de verdad el caso que narraba con muy hermosas descripciones, que juzgué su aserción más literaria que científica; más pintura que realidad, con idéntica desconfianza con que se mira en la platea, palcos y cazuela de los teatros á través de los vidrios de unos gemelos, ciertos rostros rosados como ciertos claveles, bonitos como la perfecta imagen que haya t zado el más renombrado artista y frescos como

suavidades de la brisa de una mañana de otoño... que resultan las más de las veces, pintarrajos al *fresco* observados de cerca...; y con el perdón de Blixén, afirmaré de nuevo que me permití «poner en cuarentena» su narración, como uno de tantos, que no era yo la sola golondrina, pues había muchas y casi otras tantas hay todavía, que no quieren anidar en lo más seguro del alero, y con las que se puede hacer un verano regular.

Hacíase precisa una prueba, y ahí tienes tú, caro lector, que ella viene cuando menos se piensa, inconcusa, terrible en el desarme, con la fuerza del inapelable fallo del tribunal supremo, desmoronando mis dudas en el campo de la realidad, helando en mis labios la sonrisa incrédula, proclamando que el autor de *Primavera* y de *Verano* no era más que el heraldo de la verdad, acusándome de tonto y extendiendo su acusación á todos aquellos que no consideran como un hecho real la *vencedura*.

Confesión de parte....

Y como no existe remedio, ni «niño muerto», y no se halla vericueto por donde huir, exclamo con el paisano, como única expansión de asombro, como sola explicación factible: ó creer, ó reventar!, — aunque la cura salga «rácula» por no rezarse durante la *operación* una Salve á San Silvestre, patrono de las víboras de cascabel, de coral y de la cruz, — una muy poco católica prole que Noé tuvo el gusto de conservar en su arca, desparramándola, luego que la paloma trájole la rama de ·o, por todos los ámbitos del globo ex inundado.

....

III

El « camino » estaba en su totalidad cercado paralelamente por el paisanaje que le « hacía calle » y que había « caido como chingolos al sebo », á las « pencas » que jugábanse áquella tarde en la casa de comercio de Anastasildo.

La agitación era enorme, semejante al vaivén de las olas y con los ruidos del ramaje de un monte batido por un viento fuerte. Cruzábanse múltiples apuestas, y las voces de « pago » confundidas en el « ruidaje » de recados nuevos, galopes, carcajadas y gritos, se oían por todas partes simultáneamente, prolongándose en las hileras de los jinetes, en un rumor que terminaba por hacerse incomprensible.

En confusión heterogénea, blancos é indios, mulatos y negros, todos tenían un lote en aquel maremágnum, parecido á una división de un ejército miliciano, restos del núcleo principal derrotado, apelotonada en el llano; los paisanos bien « enfletados », caracoleaban de una á otra punta á fin de « darse corte » en sus « pingos », perfectamente «tusados de clavija ó de cogotillo» y muchos de cola atada; luciendo grandes pañuelos de golilla, celestes ó colorados; haciendo sonar el « chapeao » de sus recados cubiertos de plata, que rechazaban los rayos de un sol canicular como si fueran espejos; saludándose los conocidos con el entusiasm

un día patrio y formando grupos donde se discutían las ventajas de tal ó cual animal; comentándose la excelencia poca ó mucha del « cuidador », que había tenido la tarea de prepararlo para las « californias ».

No era extraño oir frases como éstas, todas con una doble intención, que brotaban del tumulto, acompañadas de un coro de dicharachos:

—Pucha, lo qu'es el barroso de Chivico v'á comer una cola mesma que de bagual!....

—Doy luz con el barcino pecho colorao y pico blanco, el fenómeno de Rodríguez.... ¿Quién aguanta la parada?

—El chorreao de Pepe tá como pa cortarte esa luz que das al ñudo.... Lo bombeastes en la jaula como taba?

—Copá, ya que le tenés fe al chorreao, que se me hace va derecho como alambrao, chiflando pal carnero....

—No hay como la oveja, hermano; qué querés! es mi palpite.

—P'arriar en el terno, pueda ser!

—Tengo un peso contra dos riales, pal que me elijan contra el tordillo de don Cores!....

—V'á ser esto un «viva la patria», asigún las mentas; hay sentadores como güeyes pertigueros, metedores de patas como baguales alivianaos, y otros como de tiro, que cuando se acercan á la raya, ricién se apuran....

-Facilitesé no más y palpitaremos á más de uno, que se las pela.... Gatos pa ser güenos!

En la cabecera del camino, rodeados por una compacta concurrencia á pie, — cuyos caballos á los pocos metros triscaban con freno y maneados, — podían distinguirse en el suelo hasta siete cajones, arreglados á modo de « galleras », que encerraban respectivamente, cada uno un gato.

Esos eran los animales que iban á correr, y que traían tan animado al paisanaje del lugar y de varias leguas á la redonda, de quince días atrás.

En lo de Anastasildo, no era la primera vez que se corrían pencas de gatos, como se habían jugado también de toros y propuesto hacerlas con zorros « guachos ».

Los pequeños felinos iban á probar sus agilidades divididos en dos « ternos », uno de cuatro y otro de tres. Hábilmente amaestrados, cada uno con un collar de cuero en el pescuezo, esperaban enjaulados á sus dueños, para situarse en las respectivas « sendas », atados del collar á una argollita que se corría en el « andarivel » expresamente para cada animal y que los separaba unos de otros, en toda la longitud del « camino », entre fuertes y bien clavadas estacas.

No muy lejos se levantaban dos carpas, cuyas telas amarilleaban por lo viejas y con más remiendos que « bombacha e pobre »; dos quitanderas haciéndose la competencia, prometíanse un buen agosto, con café, te, mate, tortas fritas y los asados, cuya grasa casi apagaban las brasas de los fogones, que expenderían á precios de hotel montevideano, al paisano que no hubiera « enjuagao el gañote » y llenado con sólido, « estógamo ».

Á un costado del camino, « el mujerío, semejante á nido e cotorras » había hecho campamento, y más de un paisano se « arrimaba », como quien se acerca al « rodeo » con prevención, á fin de « desconocer » en el conjunto alguna « amiguita » á quien saludar, allí donde las había como « manzanas medio pasadas de maduras » y dulces como « fruta e quebracho ».

Más allá, la cuchilla, alta y extensa, reverberando á los rayos del sol que la bañaba y que devolvía en una especie de vapor, que de lejos parecía dar lustre al verde, que era sustituído en partes por el amarillo de oro de la flor del macachín.

De vez en cuando, por el camino departamental que « costeaba » á la cuchilla, aparecía un jinete retardado, que apuraba la cabalgadura, para reunirse pronto al grupo diseminado en el otro « camino », el de las pencas.

Alrededor de los cajones *enrejados* donde guardábanse los felinos, seguíanse los cálculos y las apuestas, las carcajadas y los dichos, en una infinita sucesión de ideas que surgían espontáneas, ricas en comparaciones, « como grano en espiga », á cada controversia, á una pueril contradicción, como algo, débilmente parecido á la ebullición del agua hirviendo en un tacho, con su ruido intermitente y prolongado, y sus miles de burbujas que saltan del líquido, en el fragor de leños chirriando, que caen consumidos y chispas que hacen explosión en el aire.

De pronto se produjo un movimiento en aquella lena humana que rodeaba las jaulas, en una de sus

partes rompióse un eslabón dejando un claro, por donde penetraron los dueños de los animales.

Se iba á correr el primer terno. La agitación aumentó más; hubo remolineos, jugáronse las últimas apuestas, y mientras los gatos eran aprestados en las pistas, el vocerío, como la tormenta desarrollándose de pronto, se hizo imponente; menudearon los chascarrillos, como agua que mana por todas partes, hasta el grito de «ya clavaron la uña», que se escuchó en el «partidero», pronunciado á la vez por diez ó doce voces.

Las dos banderas habían sido bien bajadas, y los cuatro gatos, sujetos á los «andariveles» por una argolla corrediza en éstos, que á su vez, como hemos dicho, iba enlazada al collar que rodeara el pescuezo de cada animal, á una simple seña de sus dueños, cruzaron por sus respectivas sendas como «almas que llevan los diablos».

La mayoría del paisanaje, torneando sus caballos, se echaron al trote y galope tras de los gatos, — lanzando voces, — para apreciar de cerca la «sentencia».

IV

Mientras sucedía esto, en una de las carpas, dos hombres seguidos de seis ú ocho más, conducían en una angarilla hecha con ramas, sobre cojinillos, el cuerpo de un muchacho arrebujado y cubierto t
mente con un poncho.

Los rostros de los conductores, pálidos, con ese color adquirido en plena cuchilla, «pastoreando», arrugados por la edad y por las noches al sereno, pasadas de claro en claro al «rondar» el ganado; serios, con esa expresión de gravedad paisana ante gente desconocida, nada dejaban comprender; en cambio, por las conversaciones en voz baja, como en velorio, de los acompañantes, podíase prejuzgar el motivo de aquel extraño grupo de á pie y en momentos como aquéllos.

—Es al cuete! —decía uno pasándose los dedos de la mano derecha por los ojos, como para sacar una lágrima fugitiva, —no curó ya con sisnape y cipó miló, y quieren vencerlo á los dos días cuasi, asina qu'el veneno lo está comiendo como la roña....

—Y ande jué? —preguntóle uno.

—Po allí, en el bañao, —y señalaba en la dirección contraria en que venían; —en la mano, al meterla en la cueva de una mulita. Mesmo que se sintió picao, la retiró sacándola prendida.

—De qu'era?

—De la cruz. Jué pa las casas, aquellas que se ven pa cá del monte; lo ligaron, le dieron á beber con cipó, lo lavaron... pero, diande! si esa cosa es lo mesmo que bagual con lazo pa dirse corriendo!... D'esto ha pasao día y medio, y hoy lo hemos trujido pa cá, porque doña Cleta vence, y anque le tengo fe....

-Dicen que pa esto, ella tiene más carpeta que zo'e pueblo!

—Asina dicen, que ha vencido hasta de perro rabioso... y que á tuitos los que han caido en sus manos, los ha levantao, jediendo y'á dijuntos... pero coceo que d'esta hecha, hay que agachar el lomo y conformarse; porque mire usté, esta mañanita los carpinteros ponían el grito en el cielo, y cuando gritan, es la disgracia que viene... Qué si ha de hacer, si estamos galdidos!... Me da que Juan se va com'oveja, zanj' abajo.

—Dios todo lo puede, amigo.

—Pobre Juan! Siempre se riyó de las bíboras y hay tá, qu'él que jué corsario pa esas sabandijas, de tanto galguear, ha cayido al fin como chimango al sebo, mesmito que dorao....

—Todo taba en no facilitar, dejuramente....

—Qué, amigo! á cada chancho le llega su San Martín y á cada yegua su potro... y de tanto jugar con pólvora, le reventó el cañuto... Juan siempr'en la mesma vida bieja, tenía de cair más tarde ó más temprano....

Llegados á la boca de la carpa, se depositó la carga en el suelo.

La dueña de aquélla, al responder á las «güenas tardes» y abarcar con una mirada la escena que á su vista se desarrollaba, no precisó más que una palabra: —Víbora!—para darse cuenta exacta de la situación y del motivo de la presencia de aquel grupo en su procura. Comprendió que venían á pedirle la salvación de un ser humano, por virtud de un poder q ella sola por aquellos pagos poseía, y con esa so

citud paisana, prestóse de inmediato para hacer la cura.

— Lo dejamos aquí, ó lo mudamos pa las casas de don Salustiano? — preguntó uno de los conductores.

— Aquí es lo mesmo, — respondió; — y con voces por un lado y órdenes por otro, fué preparando lo necesario para la *vencedura.*

Los más haraganes que « petizos mañosos », arrastrados por esa bondad innata de todo hombre de campo, por el noble sentimiento de fraternidad piadosa que siempre se encuentra hasta en los duros corazones de los más desalmados, andaban listos como « mancarrones vivos », juntando escaños y bancos á un lado, haciendo lugar, obedientes como « perros ovejeros » á las órdenes de la carpera, de cuyos labios salía un verdadero compendio de refranes y compadradas criollas, aprendidas en el trato bestial que hiciera en su vida errante, como tordo sin nido ó « taba'e chancho que rueda porque nunca se clava », según su misma expresión.

— Vos, ché, que sos tan cantor como el cuervo, — decía á uno que momentos antes, en una pequeña carpita lindera, donde estaba el fogón, había cantado acompañándose con la guitarra, — traete una copa con agu'hasta la mitá, y vos, — continuaba dirigiéndose á un semi-jorobado, — tan derecho como el anzuelo, levantá la cacunda y alcanz'aquel cuchillo... Vivos!... vivos! — Pucha, éstos son más pesaos que güeyes aradores... — Y vos, no pegués la sentada mesquindo la oreja, — siguió divisando á otro que conversaba con su « ayudanta ». — Dejate de garifoleos

con mi sobrina, que no le hacen caso los perros á la panza, y serví p'algo, anque más no sea pa espantar la gente que se ha juntao como moscas sobre porquería, — entendés? — Vamos, pues, cancha y á otro lao con chicharrones, que aquí sobra grasa....

Un ay del enfermo, hizo enmudecer á la charlatana carpera, que prometía seguir su jerga por largo rato.

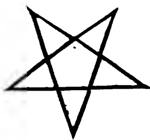
— Destapen ese coso, — ordenó refiriéndose al doliente.

Un comedido tiró de una punta del poncho y dejó al descubierto á un muchacho semi-vestido, cuya vista hizo retroceder á los que habíanse acercado para curiosear.

Todo su cuerpo y rostro estaban totalmente hinchados, como globo de goma que se infla hasta que parece que va á estallar. En sus facciones, desfiguradas horriblemente, como si allí hubieran picado centenas de avispas de camoatí, apenas si se distinguían los ojos que tenía abiertos, fijos y vidriosos; de sus narices, abultadas monstruosamente, brotaba una sangre negra y espesa; de su boca deformada de un modo espantoso por unos labios inmensos, pulposos y febricientes, salía en una respiración anhelosa, una espuma espesa y amarilla que se corría solidificándose en el mentón; grandes manchas negras y violáceas se extendían por toda la estirada piel de su cuerpo y miembros, y alrededor del sitio en que el áspid había hincado sus colmillos, observábase como un círculo colorante, ribeteado por una ancha som cárdena.

De vez en cuando experimentaba una violenta convulsión; su vientre se levantaba, y, al quejarse, salían de su boca como burbujas de pus en gran cantidad, y de sus narices dos hilos de sangre coagulada. Y nada más: no movía ninguno de los miembros; como una masa inerte permanecía extendido sobre los cojinillos de la improvisada camilla, y sus ojos vidriosos, seguían abiertos, fijos, como mirando á la cumbrera de la carpa.

La quitandera, provista de un cuchillo, salió á la puerta, y en el suelo, con la hoja, después de decir un vocablo incomprensible, hizo una estrella de esta forma:



Á su lado puso la copa, llena hasta la mitad de agua, y con el instrumento cortante fué sacando de las puntas de la estrella una porción de tierra que echaba en el vaso, y á medida que hacía esta operación, en cada uno de los cinco vértices de la dicha figura, pronunciaba estas palabras: «Jesús y San Bentos, bentos sea el nombre de Jesús.»

Terminado que hubo, levantó la copa hasta la altura de su vista, rezó una Salve, ininteligible, á San Sil-..re; llegóse hasta el enfermo, con la mano dere-... hízole unas cruces en la boca, narices, ojos y

orejas, pasó luego el dedo índice sobre el círculo cárdeno que rodeaba la herida, hizo otra cruz sobre ésta, todo mientras decía palabras incomprensibles, articuladas en voz baja, y luego, pasando su mano izquierda debajo de la cabeza del enfermo para levantársela, quiso darle á tomar el líquido que contenía la copa.

Pero no pudo. Los labios no iban á dejar pasar adentro ni una gota; temió derramar, y lanzado un:

—¡Es lo mesmo!—dió una orden, se acercó su sobrina, y ésta bebió el agua,—dejando el barro en el fondo del recipiente,—por el enfermo.

Y así que la muchacha tomaba el agua, la quitandera, con su mano derecha, hacía en el aire tres cruces encima del doliente, al mismo tiempo que rezaba esta oración: « Alí, Alá, va á lá. Elidiobá. Grande es el nombre de Jesús. Jesús, José y María. Jesús y San Bentos. Grande es el nombre de Jesús y San Bentos y del patriarca San José; bebé est'agua Juan Esteves, qu'en nombre de Jesús y de San Bentos y del patriarca San José, t'he dao pa sanar. »

La carpera hizo una última cruz sobre la herida del enfermo, diciendo: « por San Silvestre », — y mirando á la concurrencia, que silenciosa y triste había presenciado la anterior escena, — con aire de triunfo, mientras de sus ojos parecían brotar chispas, — exclamó:

—Ya'stá!... pueden llevárselo no más, qu'el veneno qu'estaba retobao como pelota 'e cancha, se ha ponido más manso que vaca tambera!....

....

Cuatro días después, Juan Esteves, el picado

víbora de la cruz, con la mano herida puesta en un pañuelo que le colgaba del cuello, delgado y pálido, tomaba mate en el fogón de la cocina de su rancho, como si antes, la muerte no hubiera hecho un esfuerzo desesperado para llevárselo.

Había salvado de sus garras y á la carpera debía la vida.

¿Por qué poder? ¡Misterio!

1900.

LÁSTIMA SIN RUMBO

LÁSTIMA SIN RUMBO

I

Don Pancho Rojas era uno de los más ricos hacendados de la sexta sección del departamento de Treinta y Tres.

Viejo, como esas palmas seculares que se encrestan sobre los erizados montes del Olimar; perezoso como el cálido soplo del norte cuando se levanta en verano á la hora de la siesta, con todas las indolencias de la mansa corriente de una laguna en un día canicular, sin viento, sin murmurios; deslizándose por la última etapa de la vida con la placidez filosófica del que cree no deber ya nada á sus semejantes, indiferente á todo lo que no cayera dentro del ancho círculo de sus recuerdos, no sabía ni el número de ovejas, ni el de cabezas de ganado que pastaban en su extenso campo, que se corría como una faja en casi todo el curso sur del « Olimar Grande ».

E-a alto y derecho como un tala, con las robuste- el viraró, criollo como el ñandubay y agreste como pina de corona, y como la flora casi virgen de los

bosques olimareños, con exceso de espumajosa, ardiente y engordada savia,—genitora de los más extraños desarrollos, capaz de impulsar á la mayor de las sensibilidades y á la más fuerte de las energías.

Allá, en su turbulenta mocedad, cuando con el lazo en la mano derecha, penetraba en el corral en un redomón, y enlazaba la res más gorda «largándole los rollos y haciéndole clavar los cuartos al primer chicotazo del sobeo», sin que pudiera el caballo, encabritado á veces y en otras «abalanzándosele», abanicarlo del recado, donde parecía estar como «poste'e coronilla»; cuando trotaba y galopaba quince leguas ó más sin descanso para concurrir á unas pencas ó visitar á una «china»; cuando se levantaba con el lucero y él mismo encendía fuego y era bueno para «un fregao igual que pa un barrido», su cuerpo era «flexible como sarandí en la corriente»; su brazo incansable «como mancarrón trotador», y fuerte «como tronco'e ñandubay»; su guapeza «como bravura 'e toro que se viene sobr'el lazo», pues en muchas de «á pie, ande lo habían echao al medio como banco pa probarlo, había sido más agalludo que un dorao»; su vista «como de carancho»; sus pasiones «como creciente de arroyo traicionero», y en «sus canchas, no había encontrao pareja que le pisara el poncho». Lo mismo en lo de «empinar el codo» y «hacer punta en una farra».

Á la sazón, él mismo lo proclamaba con marcados síntomas de tristeza: «lo había voltiao el petizo 'el tiempo, dejándolo hundido pa tuita la siega»; and[illegible] «cortao de toditas aquellas remesones que ser[illegible]

cuando le caracoleaba el gusto por el corazón al vistear un palmito »; no servía más que « p'asustar con la postura »; se le podía « dar chico á grande », porque « se vía pechando contrito al alambrao de la sepoltura, como si juese bagual tuerto »; que, « con ochent'añares, bien cumplidos, diba preludiando l'último estilo en la senda'e la vida », por « ande se le hacía que trotiaba como perro'e todas bodas », cuando no, « rodando como piedra'e bola, barranc'abajo; flaco, igualito á pollo'e invierno, y de sobra com'ocho en los naipes ».

Pero según su capataz, que era « de la mesma lechigada », y le conocía desde niño, juntos habían crecido y juntos vivían, — « aquello » no era más que « fanfurria, gastar saliv'al ñudo y esconder las uñas », porque en su creencia, « no podía ser güena calle la que nunca tuvo bereda, y mal gaúcho, quien jué taura y no había respetao pelo ni marca »; — y á las razones de Rojas, que escuchaba, contrariando unas veces y afirmándolas en otras, en las largas veladas de invierno, cuando se traían á colación los devaneos de antaño, el anciano capataz oponía estas otras:

— No arisquee, don Pancho, escondiendo la leche, que no tiene c... la garrapata... El zorro cambia'e pelo, pero no de mañas; usté quier'engañar y engañarse pasando por potro, y es caballo biejo p'hacers'el zonzo!, — qu'en poniendoselé, entoabía, si se le hiciera la olada, correría una penca d'amor, como quien corre una obeja campo ajuera!... no embrome!....que des se achica cuando la flor es grande y el envido ular... de juro!....

Los ojillos del viejo Rojas brillaban de lujuria debajo de un verdadero chilcal de cejas blanquecinas, al oir estas palabras, que á medias lo convencían de que aún « podía llevar la medi'arroba sin contar mentiras », á más de uno; se contraía su rostro con una mueca de satisfacción, y sus labios, ocultos tras un hirsuto pastizal de pelos, amarillos por el humo del cigarro, dejaban escapar una risa infantil, retozona, á la vez que se restregaba las manos, y como final, premiaba con una copa de caña aquella salida de su capataz.

Pero poco le duraba este regocijo, si su compañero había hablado delante de la « patrona ».

— Que v'á correr, que v'á correr!, — saltaba entonces ésta, una parda vieja, — si encima no más, le toman el tiempo á este biejo, que es tuito bordoneo, y llegao el caso no es más que la partida y hay que sacarlo en ancas!... más sucio que bajera, ja, ja! apenitas, ni como la obeja se anima á rumbiar pal lao del biento, y que no es capaz de limpiarse... las manos ni conmigo, qu'es l'única que pué hacerle caso!....

Y era verdad. Pancho Rojas, mientras fué joven, había tenido muchas aventuras; pero en aquella ocasión, los ochenta años que decía tener, apenas si lo dejaban montar sin ayuda, su caballo, « maceta » ya por la edad.

En una de las incontables orgías de muchos años atrás, cuando aún el bigote no le « punteaba », con una peona de la estancia había tenido un hijo, que criado lejos, durante el tiempo en que vivieron padres.

Más tarde se casó, murieron sus progenitores seguidamente y la peona « se alzó » con uno que le « supo arrastrar bien el ala », dejándole el hijo, que comenzó á rodar en los campos vecinos como « bola sin manija », hasta que lo trajo á la casa, sin que nadie supusiera, á excepción del capataz, que « el recogido », como lo llamaron, fuese de su sangre.

De su matrimonio, tormentoso como una de las más ingratas noches del invierno, tuvo una niña, que fué desarrollándose al lado del « recogido ».

Y entre aventuras y salidas misteriosas de Rojas, y ausencias que duraban dos y tres meses, siempre pretextando « andar metido en la política », pero que, según los peones, obedecían al hecho de tener « muchos gallineros ande cacariar », falleció su mujer y transcurrieron diez y seis años.

Por esta época, Clotilde, — que así se llamaba su hija, — hecha ya una rolliza moza, comenzó á herir la atención de todos, con desmayos repentinos; desgastamientos de fuerzas, inopinados; cambios de colores rápidos y descomposiciones de estómago extrañas.

Más tarde se fué notando que el vientre de la joven se abultaba cada vez más, que iba sensiblemente engrosando, perdiendo en cambio sus formas elegantes de niña, enflaqueciendo extraordinariamente de rostro y haciéndose pesada; las murmuraciones estallaron, hasta que un día, en un desvanecimiento, saliendo del comedor, dió á luz un infante.

Se indagó, se amenazó, y don Pancho supo con ho-, que meses antes, « el recogido », — su hijo, — ha-

bía tumbado á Clotilde en el matorral, violándola cobardemente.

De esta repugnante unión, surgió á la vida *Lástima sin rumbo,* el idiota que vagaba, como perro « cimarrón », — siendo la befa de todo el mundo, — por las casas de don Pancho.

El autor de aquel « bodrio » había sido remitido á un cuartel en Montevideo y no se volvió á saber nunca más de él.

Clotilde consiguió casarse con un gaúcho poco escrupuloso, interesado por la « ponchada de pesos » que al fallecer dejaría el estanciero; el cual fuése á poblar un puesto, abandonando al « guacho » en las casas.

Don Pancho quedó solo; pero pronto tuvo compañera, una china amulatada, con la que concluyó por vivir en maridaje, y que « habiéndole ganao el lado e los ranchos », soñaba quedarse con todo lo del viejo, dándose maña para domeñar por completo su carácter, asimilándosele como yerba « e pajarito » á las ramas de los árboles y minándolo como el agua á una piedra.

Para ello tenía un soberbio documento: lo acusaba de ser padre de una hija de diez y siete años, que vivía con ellos, desde una noche de borrachera y bacanal asquerosa.

El viejo Pancho, débil, raquítico ante la mulata, á pesar de su corpulencia de viraró, admitía todo y terminaba por obedecer hasta el menor capricho de su « patrona ». Estaba chocheando.

II

Juana era una preciosa criolla, una linda y sensible flor silvestre, transportada á aquel invernadero de elevada temperatura, que prestábale más alicientes, más medios para hermosear; y libre, rodeada de mimos, viviendo una existencia indómita, tenía las costumbres de una cabra criada en los más altos picachos de una sierra.

Regordeta, de formas llenas y redondas, blandas, « carne blanca », — en lo que salía al padre postizo, — tenía los ojos grandes, rasgados, negros é incendiarios de la madre, de la que heredaba el temperamento; y su cutis, fino, delicado como el pétalo de una margarita, tenía las suaves palideces de la flor del tarumán. Su cabello era negro como es el azabache, crenchoso, brillante y sedoso como el « hilo de la virgen », lo mismo que sus cejas enarcadas, pequeñas y marrones, y sus pestañas obscuras y largas, que le caían, como un luciente tul que templara el resplandor de sus miradas. Su nariz, de grandes ventanillas, respingada un tanto hacia arriba, y sus labios finos, echados para adelante, de un matiz rosáceo obscuro, semejando la fruta abierta y en sazón del mismo tarumán, hermoseaban más aún, su rostro casi redondo, apanado como la flor del ceibo.

Su cuerpo esbelto se cimbraba con cadencia, de

uno á otro lado, al caminar, en el balance rítmico de la larga hoja del butiá; y sus lindos piececitos, calzados con pequeños zapatos, producían una música halagadora al oído de Eusebio, cuando taconeaban ligeros, como nerviosos, en el suelo.

Éste era un apuesto gauchito, peón de la estancia, que la había pedido una tarde en matrimonio á don Pancho, con el sombrero en la mano, dándolo vueltas, la vista baja, como indeciso y avergonzado, y al que el viejo estanciero, á sus primeras palabras, había detenido, para decirle con toda su ruda franqueza paisana, y brutalmente:

— Pero, amigo, no embrome!... cómo voy á darle á Juana, si no sé yo de usté qué yegua lo habrá parido, ni qué cojudo será su padre?... — pero al momento, recapacitando inmediatamente ante la eterna idea de que aquélla no era su hija, calmó la ansiedad del joven, concluyendo con un:

— Güeno; pero espere... que si á ella le gusta la pierna... no he de ser yo que la deje pa vestir santos!

Pero la madre mostróse enojada, y Juana, á su vez, lo rechazó, porque no lo quería.

Ésta se había declarado protectora de *Lástima sin rumbo*, — el fruto criminal de los hijos de don Pancho, — y que era en la estancia como « cuero de ande salieron tuitos los maniadores ».

Por de pronto, la « patrona », — como llamaban á la vieja mulata, — era su más encarnizada enemiga, y á su lado lo espantaba de continuo, como « pollo ap

tao, á quien no se le retuerce el pescuezo de asco y se le tira con lo primero que llegue á mano ».

El mismo don Pancho, su abuelo, le había cobrado fastidio, y las energías de la juventud, que tanto le ponderaba su capataz y que olvidaba utilizar en la « patrona », que al decir de Eusebio y los demás peones, — « aún le hacía, con ser vieja y todo, tamañas como güevos de ñandú, como quien habla de güeyes perdidos. . . y qu'él no vía, con ser más desconfiao que bicho tuerto; porqu'ella, capaz de saltar en pelo un potro, era lo mesmo que overo y petizo, que cuando no volte'al muchacho, ruemp' el barril; entonces pa qué venía el « compadre » de don Pancho tan á menudo, sino porque bien podría ser el padre de Juana, por la circunstancia de qu'el mancarrón ajeno es el mordedor en la tropilla y los perros de ajuera se atreven siempre con la carne, más que los de adentro?. . . »

Todas sus energías, repetimos, las empleaba contra el infeliz desvalido, que no tenía más desdicha que la de ser idiota y aporreado por todo bicho viviente.

No respondía á nombre de pila, pues no le habían bautizado, y sólo se le conocía y llamaba por el triste mote de *Lástima sin rumbo.*

III

Y la verdad que era una lástima sin rumbo, hasta que Juana se interesó por él.

Antes de este entonces, la peor manta, la más rota, la más mugrienta, había sido la que lo cubría en las noches de frío, en un rincón de la cocina, sin más colchón que un cojinillo de oveja sin curtir; las sobras de los asados, casi siempre « el redondel de contra el asador », de un gusto harto desagradable, ó los huesos pelados de un « espinazo », con los restos de un arroz hecho harina por el mucho cocimiento, con sabores de almidón, eran sus comidas; las más sangrientas bromas á él se las daban; los más fuertes pescozones él se los llevaba; los trabajos más ingratos él los hacía, —y *Lástima sin rumbo,* gimoteando siempre, temblando al menor mandato ordenado con aspereza, obedecía sumiso como perro, y como éste, corría á refugiarse al fondo del galpón, tirándose encima de los recados, así que lo castigaban ó le habían hecho víctima de una broma de bestial entretenimiento.

Pero desde el día en que Juana, la linda morocha que trajera entusiasmado y rencoroso al desdeñado Eusebio, que era el que más se ensañaba con *Lástima sin rumbo,* comenzó á « cuidarlo como parejero », —como así decían los de las casas, —el desgraciado pı declararse feliz en medio de su idiotismo, y sólo de

che en noche, al retirarse á dormir ó cuando estaba lejos de la muchacha, á quien todos querían y respetaban, entonces caía del transitorio Olimpo, para ser motivo de un infierno de «judiadas».

Pero el idiota «tenía Dios aparte», según las envidias.

La misma madre de Juana permitió á ésta que lo tuviera á su lado, que jugasen juntos, y poco á poco la libertad fué ilimitada: comenzaron por huir de las casas y pasear por las chilcas casi todas las siestas, jugar en el monte, hasta que al fin esto se convirtió en costumbre, y *Lástima sin rumbo* pudo ser más dichoso que Eusebio.

Primero por piedad, por un sentimiento de consideración; luego por el hábito de estar con él y compartir todas sus diversiones, Juana le tomó cariño, y gradualmente, como se aumenta el líquido de un estanque con el continuado chorro de agua del caño, sin que ella lo comprendiera, se fué enamorando del negado, hasta el extremo de celarlo y de no querer separarse de su presencia ni de noche.

Lástima sin rumbo, por esa circunstancia, vino á dormir á las casas, y todas las tardes, al oscurecer, abría el catre que le compraran, y en el comedor tendía su cama.

Las facciones del muchacho no eran groseras, y aunque sus formas fueran larguiruchas y sus ojos no tenían resplandores de vida, y en sus labios vagaba siempre una mueca estúpida y sólo se le escuchaba hablar responder de vez en cuando, inspiraba simpatías sde el primer momento que se le viera.

Juana había avanzado más. Lo quería y lo deseaba!

En sus correteos por las angostas y bifurcadas abras del monte, que se levantaba á dos cuadras de las casas, rasgándose las ropas y las manos con las filosas uñas del ñapindá; comiendo pitangas y butiás; escalando los árboles para robar los huevos ó los pichoncitos de los nidos; persiguiendo lucientes mariposas; restregándose juntos en las siestas, sobre el blando pastizal; bañándose muchas veces en la misma laguna; empujándose y volteándose como dos cuzcos, más de una vez habíase sentido poseída de una emoción sorprendente de violencia, de un loco frenesí de estrujarlo entre sus brazos, de ser golpeada furiosamente por él, martirizada como había visto hacerlo con las lagartijas que sacaba de abajo de las piedras, sin que se preocupara en pensar sobre las causas y dejándose llevar por aquellos arrebatos repentinos, como ave que extiende las alas y cruza el vacío, impelida por el viento huracanado; por ciertos calores interiores que la consumían, como llamas que se corren por dentro de un tronco haciéndolo crujir y secando sus jugos; ardiendo sus carnes, en repetidas ocasiones lo había abrazado con vehemencia, estrujándolo contra un árbol; en el suelo, donde se revolcaba con meneos de enferma, besándolo frenéticamente y sin conseguir que el idiota contestara á sus desvaríos.

Y eso le sucedía á menudo, en las estivales tardes de verano; en el chilcal, espeso, elevado, que crecía entre las casas y el monte; ya en éste, atontada por el lor, por los perfumes, por la fatiga, — y ponía su

bios, febriles y húmedos, en los de *Lástima sin rumbo*, chupando en ellos con la misma fruición que sentía cuando los acercaba á los codiciados pedazos de un « camoatí » lleno de miel.

Pero el idiota pronto se zafaba de la cadena de sus torneados y pálidos brazos, enojado muchas veces, para correr afanoso un lagarto, para bajar un nido que había visto ó para dormir.

Juana entonces sentía como una congoja que la oprimía el pecho; su garganta se secaba; mirábalo tristemente, con los párpados semi-caídos, y más de una vez, después de una de esas expansiones, sus senos se elevaron empujando un suspiro, y sintió humedecer sus negros y bellos ojos por una lágrima de despecho.

IV

Fué en una tarde de Mayo, templada como si fuera de primavera, y con un cielo de purísimo azul de verano. Un soplo ligero, suave y con las frescuras de una mañana de Octubre, agitaba perezosamente la frondescencia; en el campo, bañado en su totalidad por los rayos del sol, se escuchaba de vez en cuando el grito del terutero y el canto de la lechuza, mezclado con el chillar de las cigarras y de los grillos. En el monte, entre las ramas enlazadas y el follaje, en las .tas y en las flores, se percibía el zumbido de mi-las de insectos, el arrullo quejumbroso de la torcaz,

el hiriente canto del venteveo, las alegres carcajadas del hornero, el repiqueteo del carpintero, las cadenciosas notas del zorzal, la baraúnda de las cotorras y de mil alados más, trinos discordantes, importunos, desagradables al oído, prolongándose en el monte indefinidamente con las decadencias del eco.

El otoño iba entregando, una á una, todas sus galas al invierno, que se encargaba de deslustrarlas, quitarles sus vivos colores y envolverlas en un manto de pobreza y de fealdad. El llano y la cuchilla presentaban grandes manchones amarillos, de la flechilla seca, al lado de anchas franjas verdes, y extensiones tapizadas por la dorada flor del macachín, junto á otras cubiertas por un gramillal sin vigores, quemado por las prematuras heladas. El monte se desnudaba poco á poco de su esmeraldino ropaje, ofreciendo densos claros en el ramaje, donde se divisaba un enjambre de ramas peladas y marrones, sosteniendo las « barbas de palo », semejantes á cenicientos y afiligranados cendales puestos á secar al sol; y de los árboles, sólo uno que otro socará y raro chalchal, echaban las últimas flores, y los demás volteaban las primeras hojas, alfombrando la tierra donde se alimentaban, con una hojarasca seca, rugosa y amarillenta, por virtud de los postreros calores con que se despedía la estación y los fríos embates del invierno.

Esa tarde, Juana invitó á *Lástima sin rumbo* para ir al « albardón ande hacía barra l'arroyo con el cañadón del medio », — un claro del monte junto á u zanja, que en tiempo lluvioso iba allí á verter las agı

del campo inundado, y « aonde sabía s'encontraba un camoatí más gordo que capincho sebao con maiz ».

El idiota se procuró un « sobeo », y juntos los dos, como canoras calandrias ó pintadas mariposas, jugueteando y revolcándose por la grama, fueron al sitio indicado, dispuestos á apoderarse de la miel á todo trance. Pero sufrieron un contratiempo.

Los pequeños habitantes del « camoatí » construído en la rama de un ñangapiré, que se extendía sobre la barranca del arroyo, amenazaban envolver á los « cazadores » al primer ataque que llevasen, pues los rayos solares, dando de lleno sobre él, habían hecho salir fuera á centenares de avispas. Así es que las primeras tentativas resultaron otras tantas vergonzosas derrotas para los jóvenes, que apelaban á la fuga para librarse de los menudos enemigos que se lanzaban tras ellos, zumbantes y bravíos.

Decidieron entonces, como recurso propiciatorio, prender fuego debajo, para atontar y dispersar con el humo á los insectos; hecho lo cual, después de los consiguientes sustos y descalabros, *Lástima sin rumbo* hizo una « armada » con el « sobeo », enlazando al « camoatí », que quedó de ese modo á disposición de los muchachos.

Prendiéronse del lazo y los dos comenzaron á tirar con todas las fuerzas de sus años; pero la rama era gruesa y ofrecía resistencia á sus esfuerzos, y entonces, *Lástima sin rumbo* decidió descolgarse por la barranca, --ido de la cuerda, mientras Juana, situada en el ılbardón », uniría sus fuerzas al peso del idiota.

— Tené cuidao, negro, — dijo ella con afecto, — que pué quiebrarse la rama y romperte algo....

— Cuidao tené vos, — respondió el aludido mirando para arriba, — qu'estás ai mal y podés benir pa' bajo... — y luego, riéndose, continuó brevemente: — Ví! te veo las piernas!

— Sí? — contestó Juana sonriéndose; — no li hace, porque sos mesmo que caballo biejo que no relincha al ber yeguas!... — terminó zafadamente, sin moverse del sitio en que se hallaba.

La barranca era de una altura de dos metros, y para el idiota no existía peligro alguno, que por poco que bajase la rama, habría de tocar el suelo con los pies.

— Hacé juerzas, — asina que llegue á tres, — advirtió la joven; — no vayás'aflojar, negro.

— Güeno, — respondió el muchacho.

Y Juana, preparándose, comenzó á tirar paulatinamente, así que anunciaba:

— Á una!... á dos!... ura, á tres!, — gritó, pegando entonces un violento tirón.

Se escuchó un crujido, y Juana, al sentirlo, colgóse á su vez del «maneador», la rama cedió más, y desentretejiendo sus ramillas de las de los otros árboles circunvecinos, apenas sujeta al tronco del ñangapiré, por la filamentosa corteza vino pesadamente á tierra, mientras la muchacha, con suma habilidad, se descorría por la trenzada correa, para deslizarse entre los largos brazos de su «negro», que oprimió sus senos, por debajo de los sobacos, á fin de que no cayera espaldas.

La joven, agitada por las fuerzas que había agotado, temblorosa aún por el temor de haber caído en el equilibrio que hiciera, trabajada sin duda por la idea que la había sugerido *Lástima sin rumbo,* cuando con una risa estúpida denuncióle «que le veía las piernas», al ser objeto de aquella brutal opresión, y al rozamiento de sus senos contra el pecho del muchacho, experimentó como un vahido, la sangre le pareció arder en sus venas, el corazón le latió más violentamente, su cerebro sufrió un mareo, sintió un dolor en la frente, y sin saber lo que hacía, le tomó la cabeza entre las manos y estampó un cálido beso en su boca.

Lástima sin rumbo la miró atontado, diciéndole solamente, al soltarla:

—Boba!... no soy mujé pa que me beses!....

Juana hizo un mohín de disgusto, como de niña mimada que recibe un desaire en su pedido, y reponiéndose en seguida, le dijo:

— Güeno, güeno, vení; vamo á sacar el camoatí....

Y allí, sobre la húmeda grama del monte que despedía emanaciones agrestes y fuertes que obraban sobre los nervios y desgastaban un tanto sus fuerzas, inclinándola á la laxitud; embriagada por las aromas de las flores silvestres; calenturienta y febril por el ambiente cargado de vapores y cierto malestar interno que la incomodaba; aturdida por el rumor, igual siempre, monótono, pesado, del ramaje; por los miles de ·los y cantos distintos, excitada por la acción de la l de las pequeñas celdillas del descascarado ca-ıtí, que chupaba y le embadurnaban la boca, linda

como para no despegar más de ella unos labios sedientos de amor, el deseo manifestóse por segunda vez en Juana mirando el pálido rostro de su «negro»; volvió á circular aceleradamente su sangre, produciéndole cosquilleos que la mantenían inquieta; sus ojos, empañados cristalinamente, se entornaban con suavidad al clavar las miradas en su compañero; ardían sus mejillas como si tuviera fiebre; sus finos labios, trémulos, entreabiertos, tentaban decir algo que no sabía expresar, pedir algo que no podía explicarse; su pecho se levantaba á impulsos de una respiración anhelosa, como si hubiera corrido mucho; y temblaba todo su cuerpo, cuando por casualidad frotábase con *Lástima sin rumbo,* que, ajeno á todo, sin percepción, sin inteligencia, sin instinto casi, continuaba mascando tranquilamente los pedazos del destrozado «camoatí», que echaba de la boca, una vez que les había chupado su azucarado licor.

Juana optó por tenderse en el suelo, y así que su «negro» no pudo encontrar más miel en las células, invitólo á acostarse á su lado, «pa dormir una siest'antes de tomar agua».

Y como viera que el muchacho se echaba de cara al suelo, como era su costumbre, lejos de ella, experimentó un acceso de rabia, incorporóse con presteza, y tomándolo por las espaldas, lo atrajo con violencia, volteándolo encima de sus carnes, que se estremecieron al choque, produciéndole como un desvanecimiento de fuerzas, desde el pecho hasta los pies, sin que pudiera levantar ninguno de éstos.

—Aquí, bobo, asin'á mi lao... No te gustá dormir juntito conmigo?—díjole entrecortadamente, respirando como fatigada.

V

Y teniéndolo sentado sobre el vientre, que de vez en cuando sufría depresiones ó se dilataba de pronto, cual si corriesen ríos de vapor cálido por adentro, y como las lavas ascuosas de un volcán trataran de buscar salida, le pasó la mano derecha sobre la frente, echándole hacia atrás los negros rizos que le caían sobre los ojos, preguntándole con una voz que parecía ser silbido al principio, para modificarse al final en cariñosa, suplicante, casi ahogada por la emoción:

—Negro... decí... me querés?

Lástima sin rumbo sonreía, dejándola hacer, mirándola y mirando á los chingolos que se acercaban saltando por el follaje á curiosear, con tentaciones de atrapar alguno.

—Llorarías, mi negrito, si yo muriera?....

Á esta otra pregunta, el idiota repuso:

—Jé... como lloré cuando mataron á *Tapió*.

Tapió era un perro, el único amigo que en su infancia había tenido.

ıana hizo un gesto de fastidio, porque no esperaba contestación; pero siguió:

— Y por qué no me abrazás entonces, y no me besás cuando jugamos?

— Salí, no siás boba, — replicó *Lástima sin rumbo*, semi-huraño y desviando su visual de los ojos fascinadores de Juana.

— Bobo sos tú, negro, — díjole ella, exasperada, atrayendo hacia sí al muchacho; y apretándolo contra su cuerpo, lo besaba por segunda vez en ese día, temblorosa y lasciva, como para intentar de aquel modo una reciprocidad á que se consideraba merecedora.

Pero el bruto sentía correr sangre de hielo por las azuladas venas de sus linfáticas carnes.

El idiota, al que las lujurias no conseguían despertar sus instintos de macho, sin que el corazón acelerase sus latidos al calor del cuerpo de Juana, que se removía como el de una culebra silbando por hambre, y el organismo procurara saciar el deseo, al roce embrutecedor de aquellas pulpas que hervían, de aquel aliento que quemaba, se zafó de los brazos de la muchacha, y con un:

— Que sos boba!, dejame siestiar! — se recostó á su lado cuan largo era; mientras Juana, colérica, dándose vuelta para no mirarlo, apenas podía reprimir un sollozo de despecho....

Esa misma tarde, de vuelta los dos jóvenes á las casas, Eusebio notó algo de particular en Juana le llamó la atención hiriéndole su intuitiva.

La muchacha estaba silenciosa y triste, cosa desusada en ella, como cavilosa, y muy pálida; había arrimado el sillón de la «patrona» á una de las ventanas del comedor, y en él pasó sentada hasta el obscurecer, hamacándose nerviosamente á ratos, como poseída de un sinsabor de enojo, y quedándose quieta en otros, como debilitada y meditabunda.

Eusebio, que había pasado tres ó cuatro veces muy cerca de ella, por el lado de afuera, creyó notar, al ser mirado por Juana, algo de insólito en sus ojos, como una fugitiva llamarada que los encendía y que á su vez lo impresionó, y la circunstancia de observar que la joven, como acostumbraba, no tenía á su lado á *Lástima sin rumbo*, estimulándole con su viveza natural, hízole vislumbrar, sino la verdad, detalles que se le asemejaban.

Él, en más de una ocasión, había sospechado mal del interés que Juana demostraba por el idiota, y en aquellos momentos se echó en cara su poca habilidad al no habérsele ocurrido la idea de espiarlos en sus paseos por el monte.

Y para salir de la incertidumbre, recurrió inmediatamente á *Lástima sin rumbo*, quien, no habiendo sido llamado por su protectora, habíase retirado á la cocina, donde era juguete de los peones, que no se cansaban de abrumarlo con sus ocurrencias brutales.

— Ché, vení p'acá, que te llama Juana, — díjole Eusebio para hacerlo salir.

El idiota obedeció, pero Eusebio lo condujo al gal-
y una vez allí lo interpeló bruscamente.

— Voy á contarle tuito á la patrona, sarnoso....

— Qué?...— dijo el idiota temblando y asustado.

— Lo de hoy del monte, que ví, canalla....

— Los besos?...— preguntó *Lástima sin rumbo*, creyendo que se refería á ellos.

— Sí, los besos; tuito se lo voy á contar á la patrona, — respondió Eusebio, satisfecho al comprender que había tenido razón en sospechar « algo bueno para él », y éxito en la estratagema, á fin de saberlo todo.

— Sebio... ju'ella quien me los dió, — dijo el idiota gimoteando.

— Y tú, qué hicistes?

— Me dormí....

— Nada más?— preguntó el gauchito con interés.

— Po esta, — contestó el otro, — cruzando los dos índices de las manos y besándolos.

— Sos un animal! — replicó Eusebio, convencido de la imbecilidad de su interlocutor.

Y respondiendo á un pensamiento repentino y lúcido, siguió inmediatamente:

— Mirá, tú debés hacer esto, — y comenzó á explicarle mil y una veces la forma en que *Lástima sin rumbo* debía producirse, así que la joven comenzara á darle besos.

Por su mente había cruzado una idea criminal y presentía en el idiota un medio expedito, viable, excelente para llegar al fin.

— Y es lindo? — preguntó el discípulo, cuando el maestro dejó la palabra.

— Lindo como pitanga!

— Y no me pegarán?....

— Al contrario, bobo, te darán pasteles!...

Eusebio, al día siguiente, seguiría á los jóvenes, aprovechándose luego de la situación que preparaba á la muchacha.

Juana, á saberlo, podía estar segura de salir plenamente satisfecha....

— Que me achuren, si mañana mesmo no la consigo! — decía para sí cínicamente Eusebio, al retirarse al galpón á dormir, después de haber cruzado su mirada con la de Juana, en el comedor, y donde había creído ver la misma fosforescencia que extrañara en ella por la tarde.

Esa noche Juana tuvo sueños tristísimos. Eusebio se figuró vivir en una de aquellas casas donde decían que habitaban muchas mujeres « dedicadas á la vida », como único gallo en gallinero; y *Lástima sin rumbo* despertó dos ó tres veces llorando, creyendo que lo azotaban, agazapado en un rincón de la cocina, á donde lo había mandado su protectora en penitencia....

VI

Por dos días seguidos llovió copiosamente, llenándose el campo hasta « chapaliar » en él, y el arroyo por las barrancas, por cuyo motivo el plan de Eusebio, no pudo realizarse.

Pero así que al tercero, el cielo abrió con toda su

pureza, arrebatando el pampero de su azul, las plomizas nubes que lo habían puesto feo, con harta extrañeza de Juana, á la hora de la «siesta», su «negro» la invitó para ir al monte á cazar los tatuses, que la creciente debía haber echado fuera de sus cuevas.

Era la primera vez en su vida, que de él partía una invitación igual.

Es cierto que Eusebio habíale hablado antes, pero enmendando la lección:

—Dale besos no más, porque l'otro dicen qu'es malo y mata....

—Sí?—interrogó con miedo el idiota.

—Lo mesmo que veneno,—había afirmado Eusebio, seguro de que el otro no haría más.

Los dos muchachos salieron de las casas como siempre, correteándose como gatos juguetones, escondiéndose tras de las chilcas, rozándose y volteándose, como dos horneros que saltan de poste en poste, y huyéndose en medio de alegres aleteos y bulliciosos cantos,—Juana pensando, sin saber porqué, en la escena del «camoatí», preocupada con la rara invitación é inquieta sin adivinar el motivo.

—Vamos pal albardón, que no está mojao,—dijo de pronto *Lástima sin rumbo*, observando que la joven tomaba otra dirección.

Y Juana lo siguió, siempre sorprendida y agitada por una desazón que no se explicaba, pero que la ponía contenta y temerosa al mismo tiempo.

Eusebio había salido detrás de ellos y lejos, con

un felino que se va deslizando cautelosamente hacia el ratón que no lo siente, llegó al límite de los árboles, cuando los dos jóvenes entraban al «playo», quedándose á dos ó tres metros de distancia, oculto por los troncos y el ramaje, desde donde todo lo podía observar para poder aparecer á tiempo.

Y desde allí vió que *Lástima sin rumbo*, siguiendo sus pérfidas indicaciones, se tiraba en el suelo, pretextando estar cansado, al borde de la barranca, donde, tres días antes, el idiota se había descolgado por el maneador, y que ahora estaba llena hasta la orilla por las aguas del arroyo crecido, — y que Juana, mirándolo fijamente, se había estremecido como gacela que olfatea en el aire la aproximación del peligro, — como así era, — y al cual la muchacha se prestó gustosa, con todos los impulsos de su sangre mezclada y ardorosa; con toda el ansia de sus instintos carnales; con todas las lujurias de su potente juventud, lúbrica, sin temores, con plétora de deseo, — echándose palpitante, erótica y ruborosa como una virgen, al lado de su compañero, que tonta y curiosamente, miraba los remolinos de la corriente, agitada, tumultuosa, murmurante y brava, como la sensualidad de Juana.

— Que sos malo!... l'otro día me hiciste dar una rabieta!... bobo! — le dijo reconviniéndole; — echate ese pelo p'atrás, sonso, — continuó, mientras pasaba la mano por él y le daba una palmada amistosa en el ro y acercaba á éste el suyo, colorado por el r que experimentaba y tembloroso por la excita-

ción, y sus ojos, semi-velados por sus negras pestañas, brillaban, pareciendo salir de ellos todo el ardor que corría por sus venas.

Y tomando como la otra vez, la cabeza de *Lástima sin rumbo* entre sus regordetas manos, la atrajo y le dió un beso, que fué contestado por otro y un fuerte abrazo....

Todo el cuerpo de Juana se estremeció, como se estremece la presa sorprendida, como junco batido por el viento, como si le hubieran acercado una pila eléctrica, y besó más lúbricamente la boca de su « negro », y tendiéndose en tierra, pasando sus mórbidos brazos por las espaldas del idiota, que repetía sus repugnantes ósculos por rostro y cuello, lo estrechó violentamente, hasta que el otro, cansado y sudoroso, dijo:

— Güeno, basta, boba; á siestiar ahora... — y zamarreándose, se echó á un lado, como piedra que cae de una lomada, para no moverse hasta que otro sacudimiento la arranque del nuevo sitio.

Eusebio,—que no había querido sorprender á los jóvenes, deteniéndose á duras penas, — rompió entonces por el ramaje antes de que Juana se repusiese, presentándose en el « albardón », con el rostro congestionado por el deseo, brutal casi, y pronunciando, con un sonido gutural, que más parecía rugido, estas palabras:

—No se ha'e'ecir que son de ajuera los perros que descuelgan la carne de los ganchos... Si no te dejás, Juana, tuito se lo cuento á la patrona... oís?..

La interpelada, reponiéndose, volvió la cabeza. *Lá*

tima sin rumbo no vió ni oyó nada; continuaba echado boca abajo.

El gauchito se equivocaba si había pensado encontrar resistencia.

Su aparición repentina y en aquellos momentos, no la conmovió en lo más mínimo; no movió tan siquiera un brazo, ni palidecieron sus encendidos colores, ni se contrajo un solo músculo de su rostro, que pareciese significar una sorpresa... Cualquiera hubiese creído que lo esperaba....

A la ex abrupta interpelación, que bordaba el deseo del bruto encelado, significativa, apremiante, sin género de dudas hacia el propósito exigido, al fin que le proponían imperiosamente, no contestó con una sola palabra.

Pero sus ojos lo dijeron todo. Echó una visual que traducía profundo desdén, verdadero desprecio á *Lástima sin rumbo,* que seguía á su lado sin hacer tan sólo un movimiento, con la cara sobre los brazos en cruz, entregado quién sabe á qué pensamientos ó quizás dormitando, y luego, dando vigor á su mirada, donde chispearon los fuegos que le quemaban las entrañas, fijóla provocativa, ardiente y húmeda en Eusebio; sus formas, llenas y voluptuosas, se agitaron debajo de las ropas, como se ven estremecer las de la hembra que se siente oprimida por el macho; empujó hacia adelante los febriles é incitantes labios, aspirando fuertemente; tembló su rostro rojo de sensualidad, y mientras su entre se agitaba en una convulsión, cerró los párpas como si sufriera un desvanecimiento....

Después, quedóse quieta, extendida boca arriba.

Eusebio, con las facciones ardiendo, sudorosa la frente y seca la boca, los ojos bien abiertos y batiéndole las mandíbulas, no precisó más, y dejando escapar un ronquido de su temblorosa garganta, se lanzó sobre la joven, como un áspid que se descolgara de un árbol encima de la incauta avecilla.

Juana abrió de nuevo los ojos, extendió los brazos en un espasmo y lo apretó contra su pecho con fuerza casi brutal, buscando con los suyos, — morados y mojosos como la flor del arrayán en la madrugada, — los labios de Eusebio, juntándolos con alientos de bestia, en un beso prolongado, sonoro, como si con él saliera un borbollón de lava líquida.

— No me hagás mucho mal... querido!... — fué lo único que barbotó.

Al ruido de ósculos y suspiros bulliciosos y de hojarasca que se desparrama, recién se dió cuenta *Lástima sin rumbo* del cambio verificado y del nuevo compañero que compartía las caricias de Juana.

Se levantó ofendido y semi-celoso, miró con cara estúpida, sorprendida, la escena que se desarrollaba á sus pies, y quiso protestar, á cuyo efecto, inclinándose, propúsose apartar á Eusebio de Juana.

Pero un puño del gauchito fué á dar en el estómago del idiota, y éste, dando un grito de rabia, rodó por el suelo.

Se puso en pie de nuevo, pálido, con los ojos inyectados en sangre, quizás comprendiendo entonces precipitóse iracundo, con fierezas de toro, sobre

enemigo, sin darle tiempo para responder al ataque; envolvió su cuerpo con sus débiles brazos y clavó ferozmente sus dientes en la nuca de Eusebio.

Éste lanzó un ay! de dolor, forcejeó para desasirse, desprendiéndose á su vez de Juana; apretó más aquél, en un paroxismo de furor, y dando gritos de coraje; rodaron por el suelo, hasta llegar á los bordes de la barranca, desde donde los dos, en apretada masa, faltándoles tierra, cayeron al agua, sumiéndose en el hondo y ancho caudal del arroyo.

Y en tanto el uno pretendía zafarse de su enfurecido contrario á fin de ganar la orilla, y el otro en su ferocidad y con su pánico apretaba más los dientes en el pescuezo y ceñía más el collar de sus brazos alrededor del cuerpo de Eusebio, y se hundían y reaparecían los dos sin desprenderse, corriente abajo, Juana se había levantado asustada, y mientras limpiaba sus desordenadas ropas de la hojarasca que las cubría, iba huyendo despavorida en dirección á las casas....

FIN

FE DE ERRATAS

La circunstancia de residir el autor en lejanos lugares y de su adsoluta ausencia, obligada por sus ocupaciones en el campo, ha sido causa de que no haya podido dedicarse, con el deseo que hubiera querido, á la corrección de HOJARASCA, en donde la persona encargada de tal labor, á pesar de sus empeños, ha dejado escapar algunos errores de dicción que sabrá salvar la percepción del lector y otros, en lo que buenamente podremos llamar lenguaje criollo, — de los que deseamos consignar los más notables, como p. ej. en la:

Pág	7	línea	16	dice «cuando sobre *ellos*. — debe decir «cuando sobre ella...
»	7	»	31	«Como las evocaciones y *vaticinio*... — debe leerse «como las evocaciones y vaticinios...
»	13	»	9	«en aversión terminada casi *su* monomania, en vez de: «su aversión, terminada casi en monomanía...
»	88	»	14	«y *sin*... en lugar de: «y sí...
»	108	»	29	«que *jugaba*»... por «que jugaban...
»	113	»	3	«Si tiene *carníz*»..., sustituyendo á «Si tiene carniza...
»	113	»	4	«Yo creiba que *se*..., por «Yo creiba que me...
»	123	»	3	«como el *tirotero*»..., en vez de «como el terotero...
»	208	»	6	«Dice «Ví... en lugar de: ¡Uf!
»	208	»	19	«*Ura*, á tres..., — por: «aura, á tres...

Y otros más, que, como antes consignamos, salvará la bondad del buen lector.

ÍNDICE

